







# HISTORIA

DE LA

# CONQUISTA

DEL REINO DE NAVARRA

POR EL

DUQUE DE ALBA.



PAMPLONA:

Imprenta de Longás y Ripa.

1843.

# HISTORIA

DE LA

# CONQUISTA DEL REINO DE NAVARRA

POR EL

# DUQUE DE ALBA,

general del ejército del rey Fernando el Católico, en el año de 1512, escrita por Luis Correa, é ilustrada con notas, y con un prologo y breve compendio de la historia de dicho reino.

POR

DON JOSE YANGUAS Y MIRANDA,

secretario de la diputacion provincial de Navarra, é individuo de varios cuerpos literarios.



PAMPLONA:

Imprenta de Longás y Ripa.

1843.

# PRÓLOGO DE YANGUAS.

Luis Correa escribió la historia de la conquista de Navarra, como testigo presencial, segun él mismo dice en su proemio; la escribió por complacer á D. Gutierre de Padilla comendador mayor de la órden y caballeria de Calatrava tio del duque de *Alba*, que, como capitan general, acaudilló al ejército conquistador; la dedicó al mismo D. Gutierre, y se acabó de imprimir en Toledo en 1.º de noviembre de 1513. Parece que el autor era hombre de letras, y que no manejaba las armas, á lo menos en toda su historia no se ven señales de haber sido guerrero. Parece tambien que en el poco tiempo que medió desde diciembre de 1512, en que acabó la campaña el duque de Alba, hasta 1.º de noviembre del siguiente año, en que se imprimió la obra, no pudo darla toda la perfeccion necesaria, pues se ven en sus lineas algunos vacíos, dejados exprofeso, de nombres de personas, y de pueblos, que no tuvo presente cuando escribia, y que se propuso llenar despues.

Es verosimil que en este estado vino á parar el manuscrito á manos de un impresor poco inteligente, y que lo dió á luz sin conocimiento del

autor, añadiendo los errores de la imprenta á los defectos del original. Asi se ve el ejemplar que existe en el archivo de las córtes de Navarra, que me ha servido de texto, y que parece haber pertenecido en otro tiempo á la biblioteca de cierto cardenal; pues en su frontispicio se ve escrito en caractéres impresos, pero mucho mas modernos que los de la obra, lo que sigue: *Ex. Bibl. Jos. Ren. Card. Imperialis.* En la presente edicion he procurado esplicar, por medio de notas, lo que tiene de oscuro el original, y lo que puede interesar la curiosidad de los lectores, corrigiendo al mismo tiempo los yerros de la imprenta y su desarreglada ortografía; pero sin alterar el texto ni aun en el lenguage, que, apesar de ser anticuado, es suficientemente comprensible.

La historia de Luis Correa es la única completa que se ha escrito sobre la conquista de Navarra: este autor manifiesta una erudiccion poco comun en su siglo; y, en medio de su conocida aficion á las glorias de Castilla, y á las de su general el duque de Alba, héroe de la misma historia, se descubre cierta sinceridad que facilita á la sana crítica el ejercicio de sus derechos para aproximarse á la verdad, distinguiendo lo que pueda ser producto de la pasion en el juicio del autor, ó de su demasiada credulidad en los hechos que no presenció.

La circunstanciada relacion de las ocurrencias

de la guerra, la forma en que marchaban los batallones, los nombres, trages y caractéres de sus capitanes, célebres, muchos de ellos, en campañas anteriores: el espíritu que entonces animaba á los navarros y particularmente á los pamploneses, y la prevision guerrera, á la par que política, del duque de Alba, para ganar la voluntad de los pueblos, y facilitar su conquista, son partes interesantes de esta historia. Zurita tomó de ella cási todo lo que escribió en los anales de Aragon sobre la materia: D. García de Góngora dice que Luis Correa es el historiador que mas largamente escribió acerca de aquel acaecimiento: Mariana concuerda sustancialmente, en los principales sucesos, con la misma historia; y los anales de Navarra tampoco discrepan en lo sustancial.

La conquista de ese reino hace la época mas célebre de sus vicisitudes y es una parte esencial de la vida de Fernando el Católico, monarca el mas afortunado de su siglo. Por lo cual, para hacer mas comprensible á los lectores menos inteligentes en la historia de Navarra, la de Luis Correa, he creido oportuno presentar un resumen histórico del nacimiento, progresos y vicisitudes, de la monarquía de aquel reino y de las causas de su decadencia hasta la guerra á que se refiere la misma historia de Correa, añadiendo las cuestiones que se suscitaron, á consecuencia de la conquista, y el

estado político en que Navarra quedó despues de este acaecimiento.

Los moros, pasando del Africa, habian subyugado á la España á principios del siglo octavo, derramándose, como un torrente impetuoso, por toda la Península, hasta las faldas de los Pirineos de Navarra, y de las montañas de Asturias, en cuyos habitantes encontraron la misma resistencia que en otros tiempos habian esperimentado los romanos y los godos. Favorecidos de la escabrosidad del pais se burlaban de las huestes enemigas y disputaban, con feroz pertinacia, su independencia, aunque con varias alternativas en una guerra que llegó á ser permanente.

Los asturianos elijieron por su caudillo á D. Pelayo, y los navarros establecieron tambien su monarquía. Entró luego la division entre los moros: de cada provincia, y aun de cada ciudad, se hizo un reino independiente, y los cristianos supieron aprovecharse de estas circunstancias. Descendieron poco á poco á la tierra llana, y llegaron á estender los estrechos límites de sus monarquías hasta mas allá del Ebro y á las llanuras de Castilla. Tambien se hicieron la guerra los cristianos entre sí, y Navarra y las Asturias sufrieron muchas variaciones en sus límites respectivos; pero siempre avanzando y constriñiendo al imperio mahometano.

Catorce monarcas contaba ya Navarra en el año

1035, segun la opinion de Moret, hasta D. Sancho el Mayor, quien, parte por conquista y parte por herencia, llegó á reunir en su corona Asturias, Leon, Castilla y las montañas de Aragon; pero este rey, despues de haber formado en vida una monarquía con las Asturias, Leon y Castilla, para su hijo Fernando, estableció otra al tiempo de su muerte con las montañas de Aragon para contentar á otro hijo (1), y dejó para el primojénito la de Navarra, señalando sus límites desde el Pirineo á Moncayo hasta cerca de Soria, y confluencia del rio Tera en el Duero, comprendiendo las tres provincias vascongadas y Nágera con toda la Rioja hasta montes de Oca.

Bien pronto se vieron los funestos efectos de esta division: la envidia armó á unos monarcas contra otros aunque hermanos: D. García Sanchez rey de Navarra, hijo de D. Sancho el Mayor, perdió la vida peleando contra su hermano D. Fernando el de Castilla (2); y su hijo D. Sancho de Peñalen, que heredó el trono ensangrentado de su

---

(1) Este hijo no era lejítimo; llamábase D. Ramiro. No se hace mencion de la monarquía de Sobrarbe, fundada tambien por D. Sancho el Mayor para su hijo D. Gonzalo, porque duró poco habiéndose reunido luego á la de Aragon.

(2) Año 1054.

padre, fué asesinado despues por su hermano D. Ramon (1).

Entonces los dos reyes, D. Alonso de Castilla, hijo de D. Fernando, y D. Sancho de Aragon su primo, aprovechando el momento de confusion, en que se vieron los navarros, invadieron el reino: el primero se apoderó de todas las tierras que confinaban con sus estados hasta el Ebro, y de una parte de Vizcaya, y el segundo consiguió hacerse dueño de lo restante ciñendo las dos coronas de Navarra y Aragon á pesar de que existían dos hijos (2) de D. Sancho de Peñalen, y un hermano llamado D. Ramiro.

Siguió unido el reino de Navarra al de Aragon en D. Pedro Sanchez y D. Alonso el Batallador, hijos ambos de D. Sancho el usurpador, aumentando considerablemente sus estados con las conquistas hechas á los moros, hasta que murió el último sin sucesion. En su testamento dejaba el reino á los caballeros templarios: los navarros y aragoneses, aunque uniformes en despreciar esta disposicion del monarca, fundados en que, faltando heredero del trono, correspondia á la nacion elejir su rey, no estaban tan acordes en cuanto á la persona: los aragoneses pusieron los ojos en Fr. Ramiro monje

(1) Año 1076.
(2) Estos dos hijos eran muy niños y murieron sin sucesion.

profeso en el monasterio de San Ponce en Tomeras de Francia y hermano del rey difunto; pero los navarros, acordándose de su primitiva independencia y de que, en la línea masculina de D. Ramiro, hermano de D. Sancho de Peñalen, tenian al lejítimo sucesor de la corona, la pusieron en las sienes de D. García Ramirez, nieto de D. Ramiro. (1)

Esta separacion fue un semillero de guerras, porque el nuevo monarca aragonés no reconocia derecho en los navarros para ella; pero D. García, mas guerrero que el Monge, lo defendió hasta que éste, disgustado del cetro, despues de haber contraido matrimonio y tenido una hija, que casó con D. Ramon Berenguer conde de Barcelona, se retiró á la iglesia de San Pedro de Huesca, dejando el gobierno del reino á su yerno D. Ramon.

El conde insistió en el derecho que alegaba su suegro á la corona de Navarra, y, decidido á valerse de las armas, logró interesar en la empresa á su cuñado D. Alonso 7.° de Castilla: esto produjo una guerra permanente, que solo se interrumpia cuando era indispensable acudir á las de los moros por el peligro comun de los reyes cristianos; pero la muerte de D. Alonso de Castilla (2), y el repartimiento de sus estados entre sus dos hijos, libra-

(1) Año 1134.
(2) Año 1157.

ron á Navarra de un enemigo poderoso: siguióse á esto una suspension de armas con el aragonés, y finalmente la paz que se firmó en el año 1159; por D. Sancho el Sábio de Navarra, hijo de Don García.

Poco tiempo despues, desembarazado D. Sancho de la guerra de Aragon y aprovechándose de las disensiones interiores en que se hallaba envuelta Castilla, á causa de la muerte de D. Sancho 3.º su rey, y de la menor edad de D. Alonso 8.º su hijo, emprendió la conquista de lo que habian usurpado á Navarra los castellanos cuando murió D. Sancho de Peñalen, y en efecto se apoderó de casi todas las tierras hácia montes de Oca (1).

Comenzó desde entonces Navarra á disfrutar de la paz; porque á la debilidad de Castilla se siguió la muerte del conde de Barcelona rey de Aragon, que dejó tambien en tutela á su hijo y sucesor D. Alonso; pero ambos Alonsos, castellano y aragonés, luego que llegaron á la edad de manejar la espada, renovaron sus tentativas contra Navarra, bajo pactos que precedieron para partirsela. El castellano consiguió recobrar todas sus tierras desde montes de Oca hasta Logroño, negó al aragonés la parte que le correspondia en esta conquista y la aseguró para sí, haciendo pactos con Navarra y señalando los

(1) Año 1160.

límites de ambos reinos para lo sucesivo (1).

Sucedió á D. Sancho el Sabio su hijo D. Sancho el Fuerte (2) á tiempo que Castilla se veia amenazada del poder de los africanos que se reunian en forma de cruzada á guerra de religion. Toledo habia sido presa de los moros, y el rey de Navarra, acordándose de los agravios recibidos de Castilla, intentó recuperar las tierras que le pertenecian segun el repartimiento de D. Sancho el Mayor; pero no solamente no lo consiguió sino que algunos años despues, aprovechando Castilla la ausencia de D. Sancho de Navarra al Africa, adonde habia pasado á pedir socorro, segun dicen unos, y segun otros á negociar su casamiento con la hija del Miramamolin Abu Jacob, se coligó con Aragon é invadió á Navarra. En esta guerra el rey de Castilla se apoderó para siempre de las provincias de Alava y Guipúzcoa, quedando desde entonces reducida aquella monarquía al estado de hoy (3) y sin esperanzas de adelantar en sus conquistas, á diferencia de las de Castilla y Aragon, demasiado poderosas ya para conservar

---

(1) Año 1179.
(2) Año 1194.
(3) Año 1200. Tambien poseyó Navarra, hasta el tiempo de Don Juan 2.°, los pueblos de Labraza, Laguardia, San Vicente de la Sonsierra y otros. La Navarra la baja ó francesa fue igualmente parte de esta monarquía hasta que el emperador Carlos 5.° la abandonó por los años 1530.

sus dominios y en disposicion de engrandecerse por su confinamiento con las tierras de los moros: asi se verificó sin que por eso dejase de concurrir Navarra, segun el espíritu de aquellos siglos, á las guerras de cruzada que continuamente se tenian con los mahometanos, como lo hizo en la célebre batalla de las Navas de Tolosa en 1212; pero en estas empresas los navarros se contentaban con la gloria de vencer á los enemigos de la religion.

La independencia de Navarra comenzó desde entonces á ser precaria: hasta la paz la era ya peligrosa, porque en ella se enervaba el valor de sus guerreros. D. Sancho el Fuerte disfrutó de esta paz todo el resto de su vida, enfermo y encerrado en el castillo de Tudela, porque los aragoneses y castellanos estuvieron ocupados en disensiones interiores; los primeros por la muerte de su rey D. Pedro 2.° y pretension, á la corona, de sus hermanos contra D. Jaime 1.° que quedó en tutela y suponian nó ser hijo de legítimo matrimonio; y los segundos por la tutela de D. Enrique 1.° en la muerte de su padre Alonso 8.°

D. Jaime 1.° se aseguró en el trono de Aragon; y su amistad con D. Sancho el Fuerte fué tan estrecha que llegaron á prohijarse, declarándose recíprocamente por sucesores en la corona: D. Sancho no tenia hijos y estaba disgustado de su sobrino D. Teobaldo conde de Champaña, hijo de su

hermana Doña Blanca; pero D. Jaime perjudicaba á su hijo D. Alonso, aunque la probabilidad de heredar estaba por D. Jaime, jóven todavia, y D. Sancho viejo y achacoso. Varios ricoshombres, y algunas de las principales ciudades de ambos reinos, se obligaron á mantener este pacto; mas era demasiado injusto y violento para que pudiese subsistir: los dos monarcas se arrepintieron bien pronto, y D. Teobaldo 1.° fué llamado por los navarros á ocupar el trono luego que murió su tio (1).

Con la venida de este monarca, la existencia de Navarra recibió un auxilio por la union de los estados que poseia en Francia y por sus relaciones con ese reino. Ademas D. Teobaldo era sábio y político, y supo hacerse amar de sus vasallos y conservar la paz con Castilla y Aragon. Tambien asistió á las cruzadas de la tierra Santa, que tanto agitaban en aquel siglo los espíritus de los príncipes cristianos.

Muerto D. Teobaldo 1.° le sucedió su hijo D. Teobaldo 2.° en la menor edad (2); y á D. Alonso el Sábio de Castilla le ocurrió entonces el proyecto de apoderarse de Navarra; pero los navarros encontraron un apoyo en la antigua amistad de D. Jaime de Aragon, enemigo ya de D. Alonso porque

(1) Año 1234.
(2) Año 1253.

habia repudiado á Doña Violante hija del primero: ambos se prepararon para la guerra, y estaban ya á punto de batirse los ejércitos cuando las armas de los moros, amenazando á todos, obligaron á los tres reyes cristianos á firmar la paz (1). El aragones y el castellano estuvieron despues ocupados en guerras interiores contra sus hijos, hermanos y vasallos, y ademas D. Teobaldo, al mismo tiempo que respetaba los tratados con sus vecinos, habia estrechado su amistad con la Francia tomando por mujer á Isabela, hija del rey San Luis, á cuyo monarca acompañó á la guerra contra infieles y murió en Sicilia á su vuelta de la desgraciada espedicion de Tunez (2).

No dejó hijos D. Teobaldo 2.°, y su hermano D. Enrique, casado ya con Doña Blanca sobrina de San Luis, ocupó el trono. El poderoso influjo de la Francia aseguraba entonces la tranquilidad de Navarra; por otra parte Castilla seguia envuelta en guerras civiles, y Alonso el Sabio, y sus enemigos, mendigaban la alianza de D. Enrique; pero este monarca solo reinó cuatro años, y murió sin dejar mas sucesion que una hija en la lactancia (3).

Ahora D. Alonso de Castilla, algo desembarazado de los cuidados de su casa, volvió la vista há-

(1) Año 1257.
(2) Año 1270.
(3) Año 1274.

cia Navarra, al mismo tiempo que D. Jaime de Aragon intentaba resucitar el derecho de la adopcion de D. Sancho el Fuerte, é intrigaba con la nobleza de aquel reino para que su pupila reina Doña Juana, hija de D. Enrique, casase con el infante D. Alonso primojénito de D. Pedro heredero de Aragon. El castellano deseaba tambien apoderarse de la niña para casarla á su placer; y los navarros llegaron á dividirse por las sujestiones de los dos monarcas. Un partido poderoso propendia por el casamiento con el aragonés; y en estas circunstancias, la reina viuda Doña Blanca, se acojió á la proteccion de su primo Felipe rey de Francia hijo de San Luis, y huyó secretamente con su hija á la corte de aquel monarca.

Abandonadas las facciones á su propio impulso, se manifestaron mas abiertamente, y el ejército de Castilla pasó las fronteras de Navarra. La ciudad de Pamplona se dividió tambien, y el rey de Francia comenzó á desplegar su autoridad protectriz poniendo gobernador de su mano y de su nacion en Navarra. Esta medida acabó de exasperar á la faccion amiga de Castilla haciéndola enemiga de la reina; y la que propendia por Aragon se adhirió á los castellanos, ya porque habia perdido las esperanzas de salir con su intento y ya por el agravio de que gobernase un estrangero; pero el gobierno de la reina tenia tambien sus partidarios.

La capital del reino, constituida desde lo antiguo en tres barrios ó poblaciones diferentes, y con distintas fortificaciones, hizo tremolar sobre sus muros dos banderas enemigas: hiciéronse la guerra unos vecinos contra otros, cometiéronse crímenes execrables, y un ejército francés entró en Navarra, al mismo tiempo que los castellanos llegaron con el suyo hasta las alturas del Perdon cerca de Pamplona. La faccion enemiga de la reina fué vencida, y Castilla desistió por entonces de sus proyectos ambiciosos (1).

Pero la independencia de Navarra estaba ya puesta entre dos escollos y vino á caer bajo el dominio de la Francia; porque aquel monarca dispuso las cosas á su voluntad, de modo que la reina Doña Juana casó con su primojénito D. Felipe el Hermoso, que reinó reuniendo en su cabeza ambas coronas (2); y sucesivamente reinaron de la misma manera los tres hijos de aquel matrimonio, Luis Hutin, Felipe el Luengo y Carlos el Hermoso, ó el Calvo como le llamaron los navarros; pero estos dos últimos ilejítimamente y en perjuicio de Doña Juana hija de Luis Hutin; porque habiéndose suscitado entonces, por primera vez, la célebre cuestion de la ley Sálica se hizo valer tambien con respecto á la corona de Navarra.

(1) Año 1277.
(1) Año 1286.

Con la muerte de Carlos el Hermoso sin sucesion varonil se alegó de nuevo la ley Sálica, y los franceses eligieron por rey á Felipe de Valois, hijo de Carlos hermano de Felipe el Hermoso (1); pero entonces los navarros, inquietos ya desde la segunda usurpacion del derecho de Doña Juana hija de Luis Hutin, se sublevaron, reunieron córtes, desecharon la ley Sálica como contraria al fuero de Navarra y proclamaron á Doña Juana casada ya con Felipe conde de Evreux, quienes recibieron la corona y se la aseguraron transigiendo con el frances á quien cedieron el derecho que podian tener á la corona de Francia y tambien los condados de Champaña y Bria, en cambio de los ducados de Angulema, Mortain y Longavilla; aunque el de Angulema ó no lo recibieron los reyes de Navarra ó la Francia tardó poco en apropiárselo.

Reconquistó Navarra, con esta separacion de Francia, su antigua independencia; pero vino á incurrir en el inconveniente de su propia debilidad, por la preponderancia de sus vecinos y por la dependencia que Felipe de Evreux tenia del frances, por los estados que poseia en aquel reino; y, al paso que los navarros comenzaron á disfrutar de una monarquía menos espuesta á los abusos del poder de su gobierno, se vieron en la precision de evitar

(1) Año 1328.

las asechanzas de sus vecinos, mendigando alternativamente la amistad de Castilla, Aragon y Francia, segun las circunstancias lo exijian.

D. Carlos 2.° el Malo, sucedió á sus padres Don Felipe de Evreux y Doña Juana (1). Lo primero que hizo fue procurarse la amistad de la Francia, casando con Juana hija de su rey Juan 2.° (2); pero esta amistad se rompió bien pronto por las ambiciosas é indiscretas pretensiones de D. Carlos: solicitó anular con su suegro la cesion hecha por sus padres de los condados de Champaña y Bria, que pertenecieron á su madre, y tambien que se le diese el de Angulema que decia pertenecerle por su padre; y como se negase á esto el rey de Francia, el de Navarra estendió sus miras al ducado de Borgoña y aun á la corona de aquel reino, alegando la injusta esclusion de su madre por la ley Sálica. Hizo asesinar al condestable del mismo reino porque se oponia á sus ideas; excitó á la Inglaterra y al Aragon contra la Francia, y de tal manera se atrajo la indignacion de su suegro que le obligó á ocuparle á viva fuerza la mayor parte de los estados que en Francia poseia.

Los ingleses, enemigos antiguos de la Francia, renovaron la guerra y el rey D. Carlos de Navarra

(1) Año 1349.
(2) Año 1353.

se embarcó, al mismo tiempo, con diez mil hombres y pasó á hacérsela tambien á su suegro por la Normandía. Sublevó á los descontentos en Francia contra su rey y fomentó una guerra civil, que puso en consternacion á ese reino: separó al Delfin de la amistad de su padre y no parára hasta acabar con todos sus enemigos si su ardiente espíritu hubiera sido secundado por la fortuna; pero, sorprendido por su suegro, enmedio de un festin, fue encerrado en un castillo donde permaneció hasta que algunos navarros, fieles á su rey, le sacaron de la prision.

Entonces el rey D. Carlos aprovechándose del descontento general, que habia en Francia contra el gobierno de su suegro, se puso á la cabeza de los revolucionarios, abrió las cárceles para aumentar su número, y rodeado de ellos, se presentó en Paris donde fue recibido en triunfo porque ostentaba querer libertar á la Francia de la tiranía de su soberano. Envenenó al Delfin, ya reconciliado con su padre, y no cesó de hacer la guerra á ambos hasta la paz con Inglaterra, en que fue comprendido tambien el rey de Navarra, restituyéndole las plazas que le habian sido ocupadas en sus estados (1); pero sin dejar por esto de ser enemigo de la Francia.

En Castilla habia comenzado aquella célebre y

(1) Año 1361.

fratricida cuestion de D. Pedro el Cruel con D. Enrique su hermano, y el rey de Aragon era enemigo del primero. El navarro se aliaba alternativamente, ó de una vez, con unos y con otros, segun los intereses del momento dirigidos por el espíritu de conquistas, y de usurpacion, que dominaba en aquel siglo; y en estas circunstancias murió el rey de Francia y le sucedió su hijo Carlos 5.° (1), quien, conociendo lo que debia temer del carácter inquieto y temerario de su cuñado, se adelantó en sus intenciones tomándole las mejores plazas que poseia en el condado de Evreux en la Normandía. Esta guerra esperimentó diferentes alternativas: hubo suspension de hostilidades, restituciones de plazas y tratados de paz, á que obligaba la necesidad; pero nunca una reconciliacion sincéra. Enmedio de estas paces no faltaron sospechas de que el rey navarro trató de envenenar segunda vez al francés, y este se vengó despojándole para siempre de los pueblos que poseia en el condado de Evreux, incitando, al mismo tiempo, á D. Enrique de Castilla para que que le hiciese la guerra, bien que este monarca no necesitase de muchos estímulos siendo ya enemigo del navarro por haber favorecido mas abiertamente, tal vez por simpatía de carácter, la causa de D. Pedro el Cruel.

(1) Año 1364.

Las tropas castellanas invadieron, en efecto, á Navarra; en esta guerra fueron saqueados muchos pueblos hasta la Cuenca de Pamplona, y se concluyó firmando una paz dictada por el castellano y oprobiosa para el navarro (1). Finalmente este terrible monarca acabó sus dias sin amigos, atormentado de la lepra, rodeado de sediciones interiores y con las mejores fortalezas del reino en poder de Castilla, en rehenes del cumplimiento de la paz (2).

Su hijo D. Carlos el Noble, revés del padre, se habia hecho amable, de cuantos le conocian, por la nobleza de su carácter, y tuvo la habilidad de restablecer la amistad con sus vecinos, única que podia asegurar la existencia política de Navarra en aquella sazon. Ademas habia tomado por mujer á Doña Leonor, hermana del rey D. Juan 1.° de Castilla, de cuyo monarca consiguió la restitucion de las plazas, que le ocupaban en rehenes de la última paz, antes de concluirse el término señalado. Consiguió tambien amistosamente que Carlos 6.° de Francia le diese el condado de Nemurs ó Nemours con título de duque y par de Francia, y una indemnizacion en dinero por los condados de Champaña y Bria, de que su padre habia sido despojado por Carlos 5.° (3).

(1) Año 1379.
(2) Año 1387.
(3) Año 1404.

Ocurrió mas adelante el casamiento de Doña Blanca, primojénita y heredera del rey D. Carlos, con D. Juan, hermano inmediato de D. Alonso 5.º de Aragon (1), que tambien poseia la corona de Sicilia y despues la de Nápoles. Este matrimonio, y las sangrientas y largas turbaciones que acontecieron luego en Castilla en tiempo de su rey D. Juan 2.º, acabaron de asegurar, por entonces, la tranquilidad esterior de Navarra; porque no tenia enemigos que la combatiesen. Asi es que el rey D. Carlos disfrutó de la paz hasta su muerte verificada en 1425; á cuya consecuencia Doña Blanca heredó el trono de Navarra, y su marido el rey D. Juan tomó las riendas del gobierno. De este matrimonio nació el desgraciado D. Carlos príncipe de Viana; la muerte de su madre Doña Blanca (3) fue el origen de las desventuras del hijo, y la que preparó la pérdida de la dinastía de los navarros.

Su padre, acostumbrado á reinar, se resistió constantemente á dejar á D. Carlos la corona, apesar de lo pactado en el contrato matrimonial con Doña Blanca; y el nuevo matrimonio que contrajo con Doña Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla, y su tenaz empeño en manejar el cetro de Navarra, en perjuicio de su hijo, produjeron un des-

(1) Año 1419.
(2) Año 1442.

contento general en el Reino, por la injusticia que se hacia á su príncipe. Sin embargo, la prevision de D. Juan habia sabido formarse un partido entre los pueblos y la nobleza; y entonces tuvieron principio en Navarra aquellas dos célebres y encarnizadas parcialidades de Agramontéses y Beaumontéses. D. Felipe de Navarra, mariscal del reino, fue la primera cabeza del bando Agramontés parcial del rey, y el condestable D. Luis de Beaumont del Beaumontés, defensor de los derechos del Príncipe; á quienes seguian respectivamente sus amigos y los pueblos de su devocion. Unos y otros tomaron las armas (1) y el mismo príncipe de Viana se vió arrastrado por las gentes de su partido, y por su honor, á empuñar la espada contra la injusticia de su padre. Llenóse el Reino de crímenes horrorosos con una guerra larga y desastrosa; pero el Príncipe, sucumbiendo á la adversidad, abondonó el Reino y se acogió al amparo de su tio D. Alonso 5.° de Aragon que se hallaba en Nápoles.

Cuando este monarca trabajaba para arreglar las diferencias entre su hermano, y su sobrino, le cogió la muerte (2): el rey D. Juan reunió en su cabeza las coronas de Aragon y de Sicilia á la de Na-

---

(1) Año 1452.
(2) Año 1458.

varra (1), y el príncipe D. Carlos perdió en su tio el mejor protector de su causa, y quedó entregado del todo á las astutas y ambiciosas sujestiones de la reina su madrastra, que ya era madre de Fernando el Católico, y para cuya elevacion servia de obstáculo la existencia del Príncipe, que, como primojénito, debia suceder en las tres coronas.

Con el aumento del poder del rey D. Juan el partido Agramontés se hizo mas insolente y atrevido, sin que por eso el Beaumontés depusiese jamas las armas ni renunciase de los derechos de su Príncipe; pero D. Carlos vino á parar al encierro de un castillo. Sublevóse la Cataluña en su favor; la política de Enrique 4.° de Castilla favorecia tambien su causa, los Beaumonteses redoblaban sus esfuerzos; y, amedrentado el padre del descontento general y del imponente armamento de los sublevados, que amenazaban á su tiranía, dió libertad al hijo, y lo entregó á los catalanes para que fuesen testigos de su muerte: un veneno le devoraba ya lentamente las entrañas, y acabó sus dias á poco tiempo, cuando, ajustado su matrimonio con Doña Isabel la Católica, las monarquías españolas debian reunirse, para bien de la Península, en una sola cabeza. Fernando el Católico lo heredó todo,

(1) El rey D. Alonso no tuvo hijos de lejítimo matrimonio; pero dispuso de la corona de Nápoles en favor de su hijo natural D. Fernando, duque de Calabria.

fundando su ventura sobre las desgracias de su hermano (1).

Todavia, despues de muerto el Príncipe, se sublevó de nuevo la Cataluña, creyendo el vulgo que la alma del difunto andaba de noche por las calles de Barcelona pidiendo venganza contra su madrastra, y el rey de Castilla se unió tambien esta vez á la causa de los descontentos contra el rey D. Juan; pero el carácter y la autoridad de aquel monarca eran demasiado débiles para sostener la lucha. Entabláronse negociaciones, y se acordó arreglarlo todo por una sentencia compromisal.

Luis 11 de Francia fue elejido por compromisario: lo particular es, que lo gravoso de la senténcia recayó contra Navarra que tenia menos parte en la cuestion. Declaró el rey Luis que cesase la guerra de Cataluña, y que, en recompensa de los gastos que habia tenido el de Castilla, se le entregase la merindad de Estella; y en efecto se apoderó luego de los pueblos de los Arcos y su partido; pero todos los navarros, Agramontéses y Beaumontéses, irritados de semejante injusticia, se opusieron con rebelion abierta, apoyada secretamente por el rey D. Juan, á la entrega de los otros pueblos, y no llegó á completarse tan torpe condicion (2).

---

(1) Año 1461.
(2) Año 1463.

Por la muerte del príncipe de Viana debia suceder en la corona de Navarra su hermana mayor Doña Blanca, heredera de todas sus desventuras. Habia estado casada con Enrique 4.° de Castilla, cuyo matrimonio se disolvió por impotencia del marido, quien sin embargo casó segunda vez. El padre de Doña Blanca la aborrecia porque amaba, y habia sido amada de su hermano el príncipe D. Carlos: era tambien aborrecida de su hermana menor Doña Leonor, mujer del conde D. Gaston de Fox, señor de Bearne, por que deseaba heredarla. Ademas otro D. Gaston, hijo de Doña Leonor, habia casado con Magdalena de Francia, hermana de Luis 11, bajo el pacto de que Doña Blanca fuese entregada, como se verificó, al conde de Fox para impedir que contrajese nuevo matrimonio en perjuicio de la sucesion de aquel. Todos estos inconvenientes se reunian á la mala voluntad del rey D. Juan para que Doña Blanca ocupase el trono.

Pero los catalanes, agraviados tambien de la sentencia de Luis 11, no dejaron las armas de la mano, y, separándose de la obediencia de su rey, habian ofrecido la corona á D. Pedro condestable de Portugal: el rey de Castilla favorecia siempre la insurreccion por la falta de cumplimiento de la sentencia compromisal. Para salir de estos embarazos el rey D. Juan engañó al de Castilla, le atrajo á la paz, bajo la promesa de que se llevaria á efecto la

sentencia, y le dió en rehenes el castillo de Monjardin, el pueblo de Dicastillo y algunos otros de dentro y fuera de Navarra.

Hecho esto, engañó tambien al partido Beaumontés, que no cesaba de pedir por la libertad de su reina Doña Blanca. Contentó á D. Luis de Beaumont, y á los demas caballeros que le seguian, restituyéndoles los castillos y empleos de que estaban desposeidos, y les prometió que Doña Blanca se pondria en Navarra á disposicion de las córtes, en las cuales se trataria acerca de su libertad y de la sucesion al trono (1). Pero la feroz Doña Leonor, atenta á los peligros que la amenazaban, quiso libertarse de ellos de una vez, y Doña Blanca murió luego de veneno, como D. Carlos, en el castillo de Ortés en Francia donde la tenian encerrada sus enemigos. En medio de la desesperacion que la ocasionaron sus desgracias, hizo testamento llamando por sucesor á la corona de Navarra á Enrique 4.º; mas los navarros atenidos á su fuero de sucesion, despreciaban siempre estas disposiciones de sus reyes, nacidas del capricho ó de la violencia.

Muerta Doña Blanca, el conde de Fox y Doña Leonor aspiraron al trono; pero se estrellaron, como sus hermanos, en la ambicion y en el poder

---

(1) Año 1464.

del padre que no les concedió sino el título de gobernadores (1), á pesar de que los Beaumontéses volvieron á tomar las armas contra el rey.

Despues de esto las facciones, que hacía mucho tiempo agitaban á los castellanos, pusieron á su monarca Enrique 4.° en un estado de desprecio y de nulidad absoluta. La única hija Doña Juana, del segundo matrimonio, estaba reputada y declarada por adulterina, D. Enrique por impotente, y Doña Isabel su hermana aclamada por sucesora en el trono. Ya queda dicho que ésta princesa estuvo prometida para esposa del príncipe de Viana: ahora su padre el rey D. Juan negoció, y consiguió de los castellanos, que lo fuese de su segundo hijo D. Fernando el Católico (2); y cinco años despues, en que murió Enrique 4.°, Fernando é Isabel ciñeron la corona de Castilla (3).

Declaróse contra esto el rey de Portugal, porque estaba desposado con la princeea desheredada Doña Juana, y el rey de Francia Luis 11 favorecia la causa del portugués. Fernando el Católico, temiendo el mal que podian hacerle los Beaumontéses de Navarra, que tantos agravios habian recibido de su padre, se puso de acuerdo con éste para contentar-

(1) Año 1465.
(2) Año 1469.
(3) Año 1474.

los y reconciliarlos con los Agramontéses; pero se limitaron ambos monarcas á declarar que la sucesion en el reino de Navarra pertenecia á Doña Leonor ya viuda, y despues de ella al conde de Fox D. Francisco Febo su nieto; porque su hijo Don Gaston, casado con la hermana de Luis 11, era tambien muerto. Al mismo tiempo dispusieron, padre é hijo, que se entregase á éste en empeño la merindad de Estella por los gastos que Castilla habia hecho antes en las guerras de Perpiñan y de Navarra (1).

En vista de esta injusticia los dos partidos Agramontés y Beaumontés, en quienes el espíritu nacional no se habia apagado, se llenaron de indignacion por los ataques al honor y á la integridad de su patria. Seguian entonces, y siguieron despues, el partido Beaumontés, Pamplona y su merindad, Viana, Puente la Reina, Huarte-Araquil, Lumbier, Torralba, Zúñiga, Artajona, Lerin, Larraga, Mendavia, Andosilla y otros comarcanos; y el Agramontés, Tudela, Estella, Sangüesa, Olite, Tafalla y otros pueblos de sus merindades; y los dos monarcas, aragonés y castellano, conociendo la inoportunidad de sus tentativas, para la desmembracion del reino, desistieron de ellas; pero Fernando llegó á conocer, sin duda, que la discordia

(1) Año 1476.

de los navarros seria en adelante el flanco por donde deberia dirijir sus ataques; lo cierto es que desde entonces, se declaró por amigo y protector de los Beaumontéses, y su padre por el contrario, fomentando ambos de esta manera la enemiga de los dos partidos.

En estas circunstancias la guerra civil no podia cesar. La princesa Doña Leonor, que seguia en el gobierno del reino enteramente reconciliada con su padre, tenia entonces á su favor á los Agramontéses amigos de éste, y el ódio de las dos parcialidades llegó á ser personal; de manera que la pasion de la venganza ahogaba ya los nobles sentimientos del interés de la patria. Habíase acordado una tregua de ocho meses; pero se concluyó sin llegar el caso de arreglar las diferencias, y el conde de Lerin, á la cabeza de los Beaumontéses, comenzó la guerra apoderándose de algunos pueblos. A esto se siguió que la Princesa, convenida con su padre, despojó al Conde, por sentencia pública, de todos sus estados, haciéndole su enemigo irreconciliable (1).

En este tiempo murió el rey D. Juan (2). La princesa Doña Leonor comenzó á titularse reina; pero su gozo pasó como un relámpago, y murió á los quince dias de ocupar el trono: ¡triste recom-

---

(1) Año 1477.
(2) Año 1479.

pensa de los afanes de su ambicion y de su fratricidio!

D. Francisco Febo su nieto, que heredó el reino, era todavia niño, y no vivió lo necesario para acabar con las facciones. Ni la sagacidad é influencia de Luis 11 su tio, hermano de su madre, fueron capaces de conciliar á los partidos. Fernando el Católico, gran maestro en disimular, como dice Mariana (1), manifestaba buenos deseos en público, y atizaba la tea de la discordia en secreto, y la falaz política de Luis 11 no obraba con mejores intenciones.

Ademas la situacion de la monarquía de Navarra se habia complicado desde la reunion de los estados de Fox y de Bearne, que poseia al otro lado de los Pirineos, cuyo dominio peligraba siendo enemiga de la Francia. Asi es que, habiéndose presentado la ocasion de que el jóven monarca tomase por mujer á Doña Juana, hija del rey Católico, que des-

(3) Libro 30: cap. 14. En otra parte se espresa, en cuanto al carácter de Fernando, de esta manera: «Los es»traños le achacan de hombre astuto y que, á veces, fal»taba á la palabra si le venia mas á cuento. No quiero tra»tar si esto fué verdad, ó si invencion en ódio de nuestra »nacion: solo advierto que la malicia de los hombres acos»tumbra á las virtudes verdaderas poner nombre de los »vicios que le son semejables; como tambien al contrario »engañar y ser alabados los vicios que semejan á las vir»tudes; ademas que se acomodaba al tiempo, al lenguaje, »al trato y mañas que entonces se usaban: lib. 25, cap. 18.»

pues fue madre de Carlos 5.°, lo impidieron los intereses de Luis 11 enemigo de Castilla, y á quien la reina madre estaba tambien unida por las íntimas relaciones de familia; y en estas difíciles circunstancias murió de veneno el rey D. Francisco Febo en Pau (1).

Sucedióle su hermana Doña Catalina, de edad de trece años, á quien el rey Católico intentó casar con el príncipe D. Juan heredero de Castilla. El partido Beaumontés, y muchos Agramontéses de buena intencion, que creian cimentar la paz con el poderoso arrimo del castellano, secundaban las miras de Fernando, padre del Príncipe; pero este proyecto se estrelló tambien en la política de la Francia, al mismo tiempo que D. Juan de Fox, señor de Narbona, hijo segundo de la reina Doña Leonor, alegaba derecho á la corona de Navarra por la ley Sálica que, como queda dicho, escluia á las hembras.

Entre tanto la guerra civil habia llegado ya á producir una anarquía general: nadie podia caminar en el reino sin escolta. El condestable D. Luis de Beaumont habia quitado la vida á lanzadas al mariscal D. Felipe, cabeza del bando Agramontés: sospechábase tambien que el mismo condestable fue quien dispuso el envenenamiento del rey Febo: y los Agramontéses se preparaban á la venganza.

---

(1) Año 1483.

La reina madre Doña Magdalena, viendo el trono de su hija rodeado de tantos peligros, trató de casarla para poner el cetro en manos de un hombre que lo dirijiese con firmeza, y elijió desgraciadamente, contra el voto general de los navarros, á D. Juan de Labrit señor el mas poderoso de la Guiena (1). De esta manera se disiparon las esperanzas de acabar con las disensiones interiores, por la poca influencia que el nuevo monarca tenia sobre los ánimos de sus vasallos; ni se aseguraba la tranquilidad esterior, porque su poder no era capaz de contrabalancear el de sus vecinos. Sin embargo, en fuerza de gracias y prodigalidades, se consiguió desarmar por el pronto á los Agramontéses, y Beaumontéses, y restablecer la paz por algun tiempo, aunque con menoscabo del prestigio de la corona.

Pero desde que Carlos 7.º de Francia habia logrado echar á los ingleses de la Guiena, y Luis 11 su hijo habia consolidado la monarquía, poniendo raya al poder de los señores feudales, la Francia no podia dar otra garantia de moderacion que la de la justicia de sus monarcas. Por otro lado Fernando el Católico, con la muerte de su padre D. Juan, habia reunido todas las monarquías de España en su cabeza y tardó poco en arrojar de la Península el resto de los africanos con la conquista de

(1) Año 1486.

Granada (1); ya no quedaba sino Navarra por blanco de su ambicion.

Aunque no la habia conquistado, influia poderosamente en su gobierno: la sola voluntad de Fernando el Católico fue bastante para introducir la terrible Inquisicion en este reino, valiéndose unas veces de amenazas de guerra, y otras de las censuras eclesiásticas, que hacía fulminar contra los pueblos. Ya en el año 1486 fue requerida la ciudad de Tudela con una carta de Fernando é Isabel (2) porque, fundada en sus fueros, daba asilo y protegia á los herejes huidos de Aragon, y porque perseguia y amenazaba con echar al rio á los alguaciles del tribunal que se presentaban en aquel pueblo á ejercer su jurisdiccion inquisitorial; y la decian que entregase los reos, ó los espeliese de la ciudad, y de lo contrario la harian la guerra y perseguirian á sus vecinos. La constancia de Tudela en sostener sus derechos contra un príncipe estraño, á quien no debia obediencia, produjo las censuras fulminadas por los inquisidores de Zaragoza, y una sentencia en que se mezclaba la entrega de bienes de los herejes refugiados. Y atemorizadas las católicas conciencias de los habitantes de Tudela, por la excomunion, se sometieron en 1488 (3) en cuanto á

(1) Año 1492.
(2) Archivo de Tudela.
(3) Archivo de Tudela.

la absolucion y penitencia, aunque protestando formalmente, á la faz de los reyes castellanos, que ésta sumision no se estendiese á los procesos hechos sobre los bienes de los herejes, sino en cuanto á lo espiritual. Desde aquel tiempo la Inquisicion no encontró en Navarra ostáculo á su autoridad: es verdad que no fue recibida de una manera legal: pero fue sancionada al principio por el terror, luego por el silencio, y finalmente por la costumbre de venerarla como baluarte de la religion. Influia tambien poderosamente en los negocios políticos de la Europa, en aquel tiempo, la córte de Roma, cuya disolucion, segun dice Mariana (1), *era tan grande, que daba lugar á todo desorden, y ocasion, á los que tenian celo, de pensar y aun de hablar mal.*

En esta situacion sucedieron las guerras de Italia. Luis 11 habia muerto en 1484, y á Carlos 8.º su hijo le ocurrió emprender la conquista de Nápoles de acuerdo con Fernando el Católico: siguiéronse sangrientas guerras en que intervino el Papa, ya favoreciendo al francés, ya al español, segun sus intereses temporales adornados con el celo de la religion. Pero es muy singular que, cuando todavia Navarra no habia dado el menor disgusto á ninguno de aquellos monarcas, se tratase formalmente de su perdicion en el convenio que hicieron para

(1) Libro 27, cap. 2.

el repartimiento de Nápoles; en el cual se estipuló que la Calabria, que deberia quedar para Fernando, la entregaria al francés cuando éste le diese en cambio el reino de Navarra y 30,000 ducados cada año (1).

En efecto se verificó la conquista y reparticion del reino de Nápoles; pero bien pronto se desavinieron los conquistadores aspirando cada uno al todo; y una guerra la mas encarnizada estaba decidiendo la cuestion. Luis 12 de Francia habia sucedido á Carlos 8.°, y la muerte de Isabel la Católica, que ocurrió en medio de estos acontecimientos (2), puso al rey Fernando en un embarazo peligroso; porque Felipe archiduque de Austria, marido de Juana, hija y heredera de Fernando é Isabel, pretendia tomar las riendas del gobierno de Castilla que Fernando no tenia ánimo de soltar.

Para disipar esta tempestad el rey Católico, sin embargo de que habia prometido con juramento á Doña Isabel que no se volveria á casar á fin de que le dejase la administracion de los reinos, como lo hizo, tomó por mujer á Doña Germana de Fox sobrina de Luis 12, hija de D. Juan de Fox y nieta de Doña Leonor de Navarra. Para esto precedieron pactos con Luis 12, y uno de ellos fue que

(1) Año 1497, Mariana lib. 27, cap. 2.
(2) Año 1504.

éste monarca ayudaria al castellano á la conquista de Navarra para dársela á D. Gaston de Fox hermano de la novia (1). Asi jugaba la fortuna con esta desgraciada monarquía. El rey D. Juan, aunque veia el peligro no podia hacer otra cosa sino procurar la amistad de Luis y de Fernando. Tambien se tentó el medio de que el príncipe de Viana, D. Enrique, casase con una hija del archiduque D. Felipe, pero no tuvo efecto, y las causas se ignoran.

No habiendo podido el rey Católico resistir á la fuerza de las circunstancias, dejó el gobierno de Castilla en manos del archiduque su yerno (2). Este monarca menos ambicioso, mostraba respetar los derechos de Navarra, y sus reyes comenzaban á respirar, cuando la muerte lo arrebató, disipándose con la vuelta de Fernando, al trono de Castilla, todas las esperanzas de los navarros.

El condestable D. Luis de Beaumont comenzó de nuevo la guerra: el terrible César Borja, cuñado del rey de Navarra, escapado de la prision en que lo tenia el rey Católico, acaudilló las tropas del rey D. Juan contra el Condestable. En esta guerra César perdió la vida, y el Condestable todo lo que tenia en Navarra, y se refugió en Castilla al amparo

(1) Año 1505: Mariana lib. 28, cap. 14, refiriéndose á Guiciardino.
(2) Año 1506.

de su cuñado el rey Fernando, quien amenazó al rey de Navarra con la guerra sino restituia al Condestable en sus estados (1). Muerto éste á poco tiempo, su hijo D. Luis prosiguió en la córte de Castilla las pretensiones de su padre; y el rey Católico mandaba secretamente á sus generales, en la frontera de Navarra, que ayudasen á D. Luis á la conquista de sus estados.

Por otra parte Luis 12 no desistia de lo tratado antes acerca de colocar en el trono de Navarra á D. Gaston de Fox, célebre general de sus ejércitos en Italia; y entre tanto el rey de Castilla despojó á los de Navarra del vizcondado de Castelvó y la baronía de Castellon de Farfaña, que poseian en Cataluña, para darlos á D. Luis de Beaumont.

Siguióse á esto la nueva guerra de Italia, fomentada por el papa Julio 2.°, que, despues de haber solicitado, y favorecido, las empresas de los franceses en aquel pais, con el objeto de que le ayudasen á someter al imperio temporal de la iglesia á los venecianos, trataba de echar á los franceses. Valióse para ello del rey Católico, lisongeandole con la investidura que le dió del reino de Nápoles; y este monarca, que, conocia mejor que ningun otro el teatro de la política, se hizo dueño de todo, manejando diestramente la amistad de Julio y su in-

(1) Año 1508.

dole, á pesar de que era hombre, en todos sus hechos, avieso, terrible, de condicion intolerable (1) y que manejaba mejor la espada de San Pablo que las llaves de San Pedro.

El rey de Francia, despues de haber cedido al Católico el Rosellon y la Cerdeña, porque no se opusiese á la conquista de Nápoles, se vió en la necesidad de hacer la guerra al papa: Julio 2.° lo escomulgó y á todos sus aliados: un concilio, reunido bajo la influencia de Luis 12, trataba de deponer al papa suponiendo que habia pruebas de haber conseguido la tiara por simonía; pero las armas debian decidir esta cuestion escandalosa; y el rey de España, la república de Venecia, y los suizos, formaron con la Iglesia una liga que se llamó *Santísima* para hacer la guerra á los franceses. El rey Enrique 8.° de Inglaterra, yerno del Católico, entró tambien en ella con las esperanzas que le dió su suegro de recobrar la Guiena; y un navio de Su Santidad cargado de buenos vinos, y de todo género de regalos, sirvió para dar vigor á los espíritus de los ingleses y reanimar el ódio contra la Francia.

Luis 12 no pudo resistir á tantas fuerzas: sus ejércitos fueron arrojados de Italia con muerte de su mejor general D. Gaston de Fox (2), al tiempo

(1) Zurita lib. 9, cap. 47.
(2) Año 1512.

que el parlamento de Tolosa, en Francia, acababa de declarar, bajo la influencia de aquel monarca, que el señorío de Bearne, propio de los reyes de Navarra, era feudo de la corona francesa. Sin embargo, en esta situacion, Luis 12 trató de atraer á su amistad al rey de Navarra.

Veíase D. Juan de Labrit entre dos enemigos á cual mas temible, y no podia hacerse amigo del uno sin aumentar la enemistad del otro: sus estados de Francia debian ser presa de Luis si se declaraba por Fernando, y en el otro caso perdia el Reino: tampoco se admitia neutralidad. Los navarros conocieron el peligro, y reunidos en Córtes prometian todos los ausilios que estaban en su poder para conservar la independencia nacional; pero el Reino, despues de 60 años de una guerra civil, necesitaba de descanso: los espíritus estaban todavia divididos, y entre ellos no faltaba un partido prudente que no veia otro medio de cimentar la paz, para siempre, que el de someterse á la dominacion del rey Católico con los fueros del Reino. Ademas el rey D. Juan carecia de lo que se llamaba virtud en un siglo de conquistadores, porque era tan dado á las cosas de placer, como flojo en las de la guerra (1). No obstante se entablaron negociaciones con la Francia, al mismo tiempo que se ratificaba con Cas-

(1) Avalos de la Piscina.

tilla la paz ajustada en tiempo de la reina Doña Isabel; mas el rey Católico no se satisfacía con esto; y Navarra, entregada del todo á la voluntad de dos enemigos poderosos y conquistadores, vino á ser presa del mas afortunado.

El rey Fernando se puso de acuerdo con los ingleses para la prometida conquista de la Guiena en Francia, ó acaso tomó por pretesto esta empresa para arrimar sus ejércitos á Navarra sin dar recelos de lo que meditaba en los secretos de su política: tras esto pretestó tambien la necesidad de que el rey navarro le permitiese el paso por su territorio por ser la tierra mas llana (1), y se lo pidió en efecto, añadiendo á ésta exijencia la de que le diese garantías de la seguridad del tránsito de las tropas castellanas entregándole las plazas fuertes, ó bien al príncipe D. Enrique su hijo en rehenes. El rey de Navarra, contestando á esto, ofrecia seguridad en cuanto á su reino; pero decia que no le era posible hacer otro tanto por los estados de Francia sin perderlos; porque todos, escepto el Bearne, que estaba en pleito, eran feudos de aquella corona.

El rey Fernando, mostrando en la apariencia que estaba satisfecho (2), puso un ejército en Vitoria al

(1) Luego el rey pensó facer este viaje por Navarra, porque era la tierra mas llana. *Correa*

(2) El rey de Castilla finjió que no se le daba nada, y dió á entender que iba su armada á Bayona: *Avalos de la Piscina.*

6

mando del duque de Alba, ostentando, como queda dicho, que se dirijia á la Guiena, para cuya guerra habian desembarcado ya los ingleses y le esperaban en Pasajes con arreglo á lo tratado. Mas, en lugar de seguir el camino recto, tomó repentinamente, y sin prévia declaracion de guerra, el de Navarra acompañado del conde de Lerin, que contaba con el ausilio del partido Beaumontés, particularmente en Pamplona, y se puso al frente de esta plaza. Al mismo tiempo hacía publicar que los reyes de Navarra estaban escomulgados y que el papa habia adjudicado el reino al de Castilla, dándole facultad para que lo conquistase. En efecto los navarros se sometieron al rigor de las circunstancias, y capitularon con el duque de Alba, que recibirian por rey á Fernando conservándoles sus fueros.

Todo lo demas que ocurrió en aquella guerra lo dice Correa; pero nos resta hacer algunas observaciones relativas al derecho de la escomunion, en que el rey de Castilla fundaba su conquista, esponiendo ademas, en compendio, las razones que, en pro y en contra, se han alegado y añadido posteriormente por los autores que han escrito sobre la materia.

Queda dicho que el rey de Francia habia sido escomulgado, asi como los de su partido; pero faltaba, al parecer, una bula en que espresamente estuviese nombrado el rey de Navarra, que obligase á los navarros á ser infieles á los juramentos hechos

á su monarca, y que aplicase el Reino al primer conquistador que lo tomase. A todo esto supieron atender la política de Fernando y sus amaños con la curia romana, haciendo que se forjase una bula con aquellas circunstancias para atemorizar á los espíritus religiosos, debilitar la lealtad debida al Soberano y fundar la lejitimidad de la conquista.

Dícese que esta bula es de fecha 18 de febrero de 1512 y que existe en el archivo de Simancas, cuando consta, en otros documentos, que, mucho tiempo despues, los reyes de Navarra eran amigos del papa y enemigos del de Francia; ademas de que varios autores, y, entre ellos, todos los italianos que vieron los archivos de Roma, la dan por supositicia con graves fundamentos (1); ni la historia de Correa lo espresa con la claridad que corresponde, siendo asi que hace mencion particular y circunstanciada de la bula de escomunion del rey de Francia y sus aliados.

Sea como quiera, la conquista del reino de Navarra ha dado larga materia á los historiadores y publicistas, naturales y estrangeros, exagerando unos las razones de Fernando y otros su ambicion y su injusticia. Los primeros cargan terriblemente sus argumentos sobre la conducta de D. Juan de Labrit,

---

(1) Anales de Navarra. Historia compendiada de id. por Yanguas.

tratándole de cismático y herege, ingrato al rey Católico su tio, falaz en sus tratos, amigo impertérrito de la Francia, como buen frances, y enemigo é indócil á la voluntad del monarca castellano; añadiendo, que el rey Fernando tenia derecho á pasar sus ejércitos por Navarra para hacer la guerra á la Francia; y ha habido autor que, ignorando que las tropas castellanas tenian otro camino, ha dicho: ¿pues qué acaso habian de ir por el aire? (1)

Esta cuestion llegó á hacerse de puro derecho, por el que la casa francesa, despues de la elevacion de Enrique 4.° al trono, pretendia al reino de Navarra, como herencia de ese monarca por su abuelo materno Enrique príncipe de Viana, hijo de los reyes destronados. Los franceses, mirando con desprecio el derecho de conquista, fundado en la escomunion del papa, han procurado destruir de un golpe todas las razones de los españoles, añadiendo que aun dado caso que aquel acto arbitrario de la Santa Sede tuviera la fuerza que se le quiera dar, no podia comprender á la reina Doña Catalina, muger de D. Juan de Labrit, propietaria del reino, y mucho menos á su inocente hijo D. Enrique, heredero del trono, que solo tenia diez años al tiempo de la escomunion y de la conquista.

Los españoles de los siglos posteriores, que han

---

(1) Ortiz; compendio de la historia de España.

conocido la dificultad, sin desistir del derecho del papa al destronamiento de los monarcas, segun el uso de aquellos tiempos, han añadido razones que jamas ocurrieron al rey Católico, resucitando derechos antiguos de la casa de Aragon á la de Navarra por su separacion al tiempo de la muerte de Alonso el Batallador, y por los de la adopcion de D. Sancho el Fuerte en D. Jaime 1.º; queriendo tambien hacer valer, con respecto á Castilla, los derechos de Enrique 4.º como heredero de su primera mujer Doña Blanca, hermana de D. Carlos príncipe de Viana. Lo singular es que en nuestros tiempos se aleguen y se escriban todavia estas razones, abandonando ya la de la escomunion, porque no es de moda y está desacreditada de todo punto entre los publicistas. Cualquiera creería que este pleito estaba á punto de decidirse en algun tribunal de justicia, y que se trataba de despojar á los reyes de Castilla de sus derechos despues de 300 años de una posesion sancionada mil veces por la voluntad espresa de los mismos navarros, sin que pueda darse ya mayor fuerza á la lejitimidad. Todo lo que sea separarse de este sendero es internarse en un laberinto de dificultades peligrosas. ¡Cuántas ilejitimidades se encontrarían en el discurso de los tiempos pasados! Estoy seguro de que el mismo Fernando el Católico no se atrevería á defender su causa de esta manera. En su siglo de fanatismo, éste mo-

narca solo se apoyó en la escomunion, y así lo dijo cuando nombró por heredera de Navarra á su hija Doña Juana, á pesar de que ninguno mejor que él conocia sus propios derechos.

Quienes menos interés parece haber manifestado, en esta célebre controversia, han sido los navarros. Desde muy antiguo ellos mas han cuidado de hacer que de escribir. En las cuestiones de todos tiempos, sobre la sucesion de sus monarcas, han obrado por si; pues que no han reconocido facultad en ningun estraño para mezclarse en sus negocios interiores: han dado la corona á quien han creido pertenecer, segun sus fueros; porque cuando faltaba sucesor, los *Señores y el pueblo de Navarra debian elegir rey*.

Lo que mas que todo contribuyó á consolidar el dominio de los reyes de Castilla, en Navarra, fué la conducta del Católico, que parece haber llegado á penetrar, con profunda política, la índole de los navarros y la manera de domeñar su belicoso é indomable espíritu: no solo les juró la observancia de los fueros, segun lo capitulado con el duque de Alba, sino que añadió la halagüeña circunstancia de que tendria á Navarra como reino separado, no obstante su incorporacion con el de Castilla: fué fiel en la observancia de sus tratados, y generoso, aun con sus mismos enemigos y perjuros despues de la conquista, preparando de esta manera los ánimos

al olvido de la antigua independencia nacional. Y aunque el noble orgullo de los navarros pugnaba sin cesar por ella, el poder colosal de Carlos 5.°, que sucedió cuatro años despues á Fernando el Católico, pudo contenerlo, imitando la política de su abuelo. Con lo cual los navarros llegaron á olvidar su lejítima dinastía, y á enagenarse de ella, para siempre, desde que Juana de Labrit, hija de Enrique y nieta del rey Juan, se hizo protestante: entonces Navarra se hizo tambien del todo española, sin dejar de ser Navarra; y ha seguido constantemente adherida al espíritu religioso y nacional de la Península, mas, como su aliada, que como parte integrante de la monarquía.

Las relaciones políticas de los navarros se han limitado siempre á la persona del rey de los castellanos, como rey tambien de los primeros; porque no hicieron mas que cambiar de dinastía cuando se sometieron al rey Católico; ni los monarcas castellanos podian disponer de la corona de Navarra sino segun su fuero, con voluntad y consentimiento de sus Córtes: la abdicacion hecha por Carlos 5.° en Felipe su hijo, fué protestada por aquellas y el rey consintió en que no se trajese en consecuencia para en adelante, ni perjudicase al Reino (1). Las nece-

(1) Córtes de Navarra. Novísima Recop. lib. 1, tít. 2, ley 54.

sidades del Estado se examinaban tambien por las córtes, y ellas acordaban espontáneamente los subsidios que habian de concederse al monarca: legislacion peculiar, dimanada de las mismas córtes con el rey, tribunales particulares, y todo cuanto existia, cuando Fernando el Católico ocupó á Navarra, ha seguido hasta Fernando 3.º (1), jurando su observancia todos los reyes á los congresos nacionales que debian celebrarse cada tres años, y se celebraron hasta el de 1829, á pesar de los continuos ataques y de los abusos del poder absoluto, á cuyo yugo habian sido uncidos, desde el siglo 16, los castellanos y aragoneses: yugo fatal que los tenia anonadados y envilecidos hasta el punto de hacerles desear y contribuir, con placer, á la destruccion del único resto de la antigua y originaria libertad española, que se conservaba entre las breñas de los Pirineos.

(1) 7.º de Castilla, porque los navarros nombraban á sus reyes segun su particular cronología; y asi se ve en sus monedas hasta el año 1832.

# LA CONQUISTA

DEL REINO DE NAVARRA, DIRIJIDA AL ILUSTRE Y MUY MAGNIFICO SEÑOR DON GUTIERRE DE PADILLA, COMENDADOR MAYOR DE LA ORDEN Y CABALLERIA DE CALATRAVA, PRESIDENTE DE LAS ORDENES DE SANTIAGO, CALATRAVA Y ALCÁNTARA, DEL CONSEJO SECRETO DE LA REINA NUESTRA SEÑORA. HECHA POR LUIS CORREA.

## PROEMIO.

Dice el Filósofo en el primero de la Metafísica, Ilustre é muy magnífico Señor, que todo hombre naturalmente desea saber; é á mi ver, cuanto mas generoso es el corazon del hombre, tanto mayores deseos é mas altos pensamientos tiene; é ningun deseo hay, en esta vida mortal, mayor que saber, é con toda diligencia inquirir, las vidas de tantos emperadores, reyes, duques, capitanes que en diversas partes del mundo resplandecieron, cuyos notables fechos viven entre nosotros, ellos muriendo: estos se deben escudriñar para que, mirándose en ellos, como en un claro espejo, se imiten sus obras

si tales son, é sino desechallas como desnudas de toda virtud.

Muchos ejemplos podria traer de la Sagrada escritura, para dar autoridad á mi propósito, de hombres, que, conociendo sus obras ser imperfectas, siguieron la vida de los perfectos é justos varones: buenos testigos son desto los montes de Egipto, é las inhabitables solitudines de Scithia, é de muchos filósofos peripatéticos, académicos, estoicos, que, la mayor parte de su vida, gastaron en saber en qué estado de nuestro vivir está la bienaventuranza.

Mas, dejado esto, como vida contemplativa, é disciplina filosófica, vengamos á la militar, cuya es mi intencion de escribir: este deseo hizo al grande Alejandro, en tan tiernos años, empezar á seguir la milicia, donde, llegado en Epiro con deseo de ver la estatua de Archiles; de quien tantas é tan fuertes cosas se escriben, é vista, ornó su cabeza de una rica corona, diciéndole *¡Oh bienaventurado adolescentulo, que mereciste tener por pregonero de tus virtudes al gran poeta Homero!* Este mismo deseo fizo lacrimar á Julio César viendo la estatua deste Alejandro; é, preguntado la causa, respondió; *porque éste, de tan tierna edad, era Señor del mundo, é yo no tengo fecho cosa digna.*

¡Cuantas espensas, é tiempo, gastaron muchos reyes asiáticos, egipcios, persianos, con deseo de saber el oríjen ó nacimiento del rio Nilo! Pasemos de los

antiguos é vengamos á los modernos ¡qué solicitud puso el rey D. Enrique el tercero, el Doliente, en saber las vidas de los reyes moros é soldanes, é la del Tamurbeque (1), é del Preste Juan señor de las Indias, é de otros príncipes cristianos! ¡que trabajo tomó el infante D. Pedro de Portugal en buscar las partes del mundo, fasta donde las divide la tórrida zona, solo por ver é saber las vidas é costumbres de los reyes!

E como vuestra Señoría se remirase en los magníficos fechos de vuestros pasados, deseando saber si en vuestra Señoría reinava tal corazon que á los suyos pudiese igualar, desde el principio de la cuarta edad, vuestra Señoría empezó á ejercer la guerra del reino de Granada, residiendo en ella todo el tiempo que duró; é os encargastes de la tenencia de Alhama, donde, estando de continuo puesto en armas, despues de haber ganado á Zalia (2), con cuya pérdida los moros de Granada perdieron la mayor parte de su esfuerzo, vuestra Señoría hizo otros señalados hechos, poniendo en ellos igualmente el trabajo del cuerpo é del ánimo, despendiendo tan magníficamente en todo el tiempo que la duró, que, con las espensas alli hechas, se podria otra vez conquistar Granada;

---

(1) Tamerlán.
(2) Zaléa.

é que ésto sea verdad díganlo los caballeros é hijosdalgo que de continuo, de vuestra abundante mesa, como de un potente rio, eran abastados; de do ha venido que los fechos de vuestros mayores están olvidados.

Pues volviendo á mi propósito, deseando vuestra Señoría saber las cosas fechas en la conquista del reino de Navarra por el señor D. Fadrique de Toledo, duque de Alba, marques de Coria, conde de Salvatierra, señor de Valdecorneja, capitan general de España, en la dicha conquista, vuestro sobrino, asi con el rey della como con Mosior Dangulema dalfin de Francia, é Mosior de Longavila gobernador de Guiana, é contra Mosior de la Paliza, valientes capitanes é osados en guerra, mandóme vuestra Señoría, como á servidor, que pues en ella me fallaba, que della escribiese. Yo por cumplir el mandamiento de vuestra Señoría, é aun el precepto divino, que dice, lo que es de César &c., quise tomar este trabajo.

Sin duda, Señor, procede de grandeza de corazon, como dicho tengo, querer saber los ilustres fechos de los hombres notables é sus vidas; é porque á muchos es inocto qué fue la causa de mover al rey de España á tomar el reino de Navarra, siendo el mas justo, é mas católico príncipe, que en las Españas haya sido, puse aqui brevemente la causa della. Suplico á vuestra Señoría que mi voluntad é deseo

mire; é si bien algo de esta obra le pareciere, en pago de mi trabajo, solo quiero que le dé autoridad, que con ella será ilustrada.

## LA CONQUISTA DE NAVARRA.

### Como el rey Luis de Francia puso cisma en la Iglesia contra el Papa Julio segundo; y de como venció la grand batalla de Ravena; y de como se le rebeló Italia, y de los tractos del rey de España, y del rey de Navarra.

El rey Luis de Francia, no contento con las posesiones reales que de sus predecesores habia heredado; ni contento de tener el ducado de Milan y á Génova, y otras provincias y cibdades de Italia, con el corazon ensaciable, se movió contra la Madre Santa Iglesia á querella desposeer, no solo de sus patrimonios temporales, mas aun de los divinales. E, para mejor hacer ésto, juntó concilio en París contra el papa Julio segundo, dividiendo, con cisma, la unidad de la Iglesia, donde probó con muchas razones sofisticias que el Sumo Pontífice no era para rejir el báculo pastoral; y con promesas pudo atraer al duque de Ferrara á su voluntad; y desque el tiempo hobo oportuno puso ejército en

Italia, y luego pudo ocupar algunas cibdades é villas de la Iglesia.

Esto visto por el Papa, como buen pastor queriendo poner su ánima por sus obejas, juntas algunas gentes, se metió en Boloña, donde fué cercado del ejército francés y puesto en todo el estremo de miseria, no solo de ver las muertes, que de cada dia veia á los suyos padecer, mas viéndose denostado de las lenguas sobervias de los franceses; lo cual, el santo viejo, con paciente ánimo sufria, rogando á Dios por el estado de la Iglesia, y que aquellas gentes se convertiesen á la razon.

Otros nuevos cuidados al santo varon le vinieron, porque fué avisado que los Ventivollas, gran parte en aquella cibdad, corrompidos por dádivas, tenian tratado con el rey de Francia de le dar la cibdad; ni aun por esto el Papa quiso desamparalla; antes con mayor diligencia la defendía; y siendo agravado de enfermedad, y de vejez, en unas andas á los reparos se facía llevar, y con gran vigilancia entendia en fortalecer lo que el artillería derribava. A la fin, con el mucho trabajo del velar y otras molestias, que los cercados suelen sostener, se paró su cuerpo tan débil que de la cama no se podia mover.

Esto visto se embió á quejar, por su legado, al Católico rey de España, el cual hallado en Madrid propuso sus quejas, suplicándole que con aquella gran-

deza de ánimo, y con aquella gran justicia, que siempre usó, volviese sus ojos á la Iglesia su madre que estaba opresa de infinitos trabajos; y que aquella que solia ser princesa de las gentes, agora se hallaba, ansi como viuda, que solamente tenia ya su esperanza en su poderoso brazo, en la fortaleza del cual le suplicaba, como á príncipe, y requeria como á fijo, é muy amado della, le ayudase á defender que no viniese en manos de sus enemigos.

Con estas y con otras muchas razones, de gran piedad, el legado acabó su fabla. No pudo el real corazon encubrir el sentimiento, que de tales nuevas sintió, que manifiestas señales sus ojos no diesen; y apenas, pudiendo esplicar palabra alguna, respondió que haria lo que el Papa mandaba; que si por una pequeña villa los reyes eran obligados á poner su estado por cobralla, cuanto mas se debia hacer por restituir á la Iglesia en su libertad; la cual respuesta, del legado fué tenida en soberana merced.

Desde alli el rey embió á su embajador Mosen Cabanillas, que en Francia estaba, una creencia para el rey de Francia, y que de su parte le rogase que no molestase la Iglesia, pues que él, mas que otro príncipe, la debia sostener; y que esto haciendo, de mas de hacer lo que cristianissimo rey debia, le echaria en mucha obligacion. Cuyas razones el rey de Francia no quiso oir, y comportaba de mal ánimo los amonestamientos del rey de España.

Y luego escribió á su capitan general, Mosior de Fox, que el cerco de Boloña mas apretase. En este tiempo la cibdad se entregó por gran traicion de los Ventivollas; y el papa, siendo primero avisado, la dejó.

Esto sabido por el rey de España, que á la sazon estaba en Sevilla, y tenia junta mucha gente para pasar en Africa á facer guerra á los moros, teniendo intencion de todo punto rematar esta seta, fué forzado de desistir de lo comenzado por socorrer á la Iglesia, y envió gente de caballo é infantería con Caravajal, señor de Xodar (1), para socorrer al papa. Esta gente llegó tarde por algunas fortunas que en la mar los sobrevinieron; y puestos en tierra se juntaron con la gente del papa y las de los venecianos, é fueron á socorrer á Ravena que por la Iglesia estaba.

Los franceses, fallándose poderosos, deseaban la batalla; é creyendo que del cerco de Ravena nasceria materia para ella, determinaron de la ir á cercar. El rey de España escribió á D. Remon de Cardona su capitan general, é visorey en Nápoles, que en ninguna manera viniese á las manos con los franceses, asi porque su ejército no estaba tan pujante, que igualase con la potencia de los enemigos, como por escusar las muertes de tantos como

(1) Jodar, pueblo del reino de Jaen.

alli moririan si la batalla se diese. Mas, no pudiéndose mas hacer, la batalla se dió sin pensallo ambas partes; la cual duró ocho horas: fué tan porfiada que muchas veces estubo dubdosa; porque rotos los alemanes, de los infantes españoles, su artillería quedó en poder de los nuestros, é á los que ya vencedores eran les vinieron á decir que las esçuadras de gentes de armas eran vencidas é desbaratadas. Esto sabido por Zamudio, coronel de los infantes españoles, no por eso perdió punto de su esfuerzo, antes, animados los suyos, se aparejó á esperar á los franceses quejándose que asi la vitoria de las manos les era quitada; é aunque vió sus infantes fatigados del trabajo pasado, é muchos dellos heridos, é los otros desmayados en saber las nuevas ya dichas, puso en órden su escuadron, poniendo en la delantera los mas escogidos hombres de toda la infantería; é luego avisó al conde Don Pedro Navarro, que, en seguimiento de los vascones era ido, las nuevas del vencimiento de los franceses.

Vuelto el Conde del alcance, contentóse de la órden y esfuerzo del coronel Zamudio, é, fecha una habla, á todos los puso en grande esperanza; é tomando cabe si á Zamudio, é otros valientes capitanes, se puso en la delantera. Vuelto Mosior de Fox, del seguimiento de la gente de caballo de España, fué avisado que la infantería de España, no solo no

era vencida, mas antes estaban vencedores de los infantes alemanes é gascones, é que en su poder estaba el artillería francesa: á la hora Mosior de Fox, encendido en desigual ira, se vino con toda la gente contra el conde D. Pedro Navarro, que á la batalla le esperaba, el cual ansi los cometió, que, siendo pocos, é muchos heridos, los venció (1), é, nombrándose en la batalla valiente, peleando murió (2), quedando vencedores los suyos; é Mosior de Fox, asi como Codro, por dar la vitoria á los suyos, noblemente murió; é los franceses fueron del todo vencedores, mas no sin gran pérdida: murieron de los españoles fasta cinco mil, y, entre ellos, el prior de Mecina, é Albarado, dos valientes capitanes, é Diego de Quiñones, el cual, como lo hobiese levado un tiro la mitad de la pierna, antes que las batallas rompiesen, é requerido que de la batalla á curar se fuese, elijió morir, antes que vivir para ver vencidos los españoles. Murió asi mismo Zamudio, á cuyas manos se afirma murió Mosior de Fox. Fueron presos el Próspero Culupna (3) y el conde D. Pedro Navarro, é otros muchos hom-

(1) A los españoles.
(2) Mosior de Fox.
(3) Esto es Próspero Colona; pero el verdadero prisionero fué Fabricio Colona, general del ejército aliado contra Francia, y primo de Próspero.

bres de estado. De los franceses murieron quince mil hombres, é el conde de Monteleon, y Espinosa teniente de capitan de Pero Lopez de Padilla, despues de haber muerto á Mosen Alegre teniendo compañía á Mosior de Fox, su capitan general, asi en la muerte como en la vida. Fué perdida el artillería de España; é los franceses, como señores del campo, le cojieron é robaron á Ravéna. A la fin los españoles padecieron todas aquellas persecuciones que los vencidos suelen sostener.

Estas nuevas no mudaron el intento del rey de España; porque aquello creia que de Dios venia por tentarle si perseveraría en su real propósito; é de nuevo mandó juntar gentes, é armar grande armada, con gran presteza, para de nuevo emprender la guerra contra el rey de Francia, mandando al Gran Capitan que, con esta armada, pasase en Italia, siendo cierto que, con su llegada, todas las cosas se mudarian por los notables hechos en Italia, é, prósperamente, por él acabados.

En este medio tiempo al rey de Francia le vinieron nuevas muy contrarias de su pensamiento; por que, habiendo vencido esta memorable batalla, con la cual no solo de Italia, como él se tenia, mas del mundo pensaba ser señor, que toda Italia se era contra él rebellada, tomando la voz de la Iglesia. De la novedad incojitada el rey de Francia fué muy alterado; bien como era razon se condolía, porque,

muertas las mas é mejores de sus gentes, él, siendo vencedor, se veia lanzado de Italia, amenazándole la fortuna que á defender su reino se dispusiese; porque ya tenia nuevas de la pasada del Gran Capitan en aquellas partes.

Fue cosa de grande admiracion que en poco mas de un mes se levantó Bolóña, é Ravéna, é Veróna é Pavía é Cremóna, con toda la Romanía é Milan é Génova; lo cual todo lo mas se entregó al papa, é el duque de Ferrara, mortal enemigo de la Iglesia, se reconcilió con ella, dejando al rey de Francia. Todas estas cosas no tuvieron fuerza de abajar la sobervia del rey de Francia á demandar misericordia á la Iglesia; pues veia el poco reposo de las cosas é como nunca permanesce en su estado nada en esta vida; antes, endurecido en su pertinacia, nuevos escándalos en la Iglesia buscaba, tornando á juntar su malvado concilio; al cual el papa tornó á requerir que se quisiese reconciliar con su madre la Iglesia, que él estaba esperando á que se confesase.

Bien quisiera el rey de España que el rey de Francia se llegára á la razon, él estando en medio para conformalle con el papa; mas no pudo tanto facer que de su propósito le mudasen, el cual era que el papa dejase la tiara y báculo pastoral, é que otro á su querer se elijese. A esto el papa, llegándose á la paz, era contento de convocar concilio,

é que si, por sus deméritos, él mereciese ser depuesto, que él dejaria el pontificado; y que éste concilio él le juntaria con autoridad de los príncipes cristianos; mas que él no debia, ni tenia, por qué juntar concilio sin su voluntad. Tanto estaba endurecido el rey de Francia, por la pérdida de Italia, que ningun lugar tenia la razon en su voluntad.

El rey de España, vista tanta sobervia, acordó de proseguir contra él lo comenzado, é viendo que ya Italia estaba pacífica, acordó de pasar la guerra en estas partes del ducado de Guiana; porque no sin tan grandes despensas se podia facer, é que tan duro enemigo, ya envejecido en Italia, por alguna manera se habia de lanzar del todo punto della. Y para esto tractó con el rey de Inglaterra su hijo (1), que, si quisiese embiar gente, él le faria cobrar á Bayona, cabeza del ducado de Guiana, que antiguamente de la corona de Inglaterra solia ser. El rey de Inglaterra alegremente á la empresa se ofresció; el cual, al tiempo asignado por el rey de España, puso en tierra ocho mil ingleses en fin de mayo, los cuales desembarcaron en Fuenterrabía con su capitan general el marques Dorset. Luego el rey, como prometido lo habia, le dió gente por mar é por tierra, é embió á D. Fadrique de Toledo duque de Alba, marques de Coria, conde de Salva-

(1) Era yerno del rey Fernando el Católico.

tierra, señor del Val de Corneja, en Vitoria para que alli recogiese toda la gente; y, queriendo ya el ejército mover, fue avisado el rey de España que la entrada á Bayona por Fuenterrabía era muy difícile, ansi para la gente de caballo, como para el artillería; porque ésta en ninguna manera podia sobir las altas sierras de Sanctedrian (1). Luego el rey pensó facer este viaje por Navarra, porque era la tierra mas llana, é para esto embió á rogar al rey D. Juan de Navarra que le diese paso por su tierra; pues la empresa que llevaba era tan santa é justa contra aquel que se era fecho enemigo de la Iglesia.

El rey D. Juan, vista la embajada, como él fuese frances hijo de Mosior de Labrit, usando de los engaños franceses, respondió con buena esperanza; é por otra parte hízolo saber al rey de Francia, el cual, demas de rendille grandes gracias le prometió, si paso no le diese, de le alzar é revocar todas las sentencias dadas contra él en el condado de Fox, é le faría otras mayores mercedes; é, mientra esto se tractaba, enfortaleció á Bayona, porque hobo nuevas que alli era la primera jornada, de muy fuertes reparos é fosados é palizadas. Basteciόla, asimismo, de mucha artillería é gente de guerra, mandando alzar los bastimentos é recoger los lu-

(1) San Adrian.

gares menudos á los grandes (1). El rey D. Juan, para mas detener al rey de España en tratos, le embió por embajador al Marichal de Navarra, hombre astuto é sagaz para toda cautela, el cual falló al Rey en Burgos. El Rey le pedia que para estar seguro, que su ejército pasaria seguro por Navarra, le entregase tres fortalezas, las cuales eran Estella, é Maya é Sant Juan del pie del Puerto; é que para mayor seguridad las tuviesen tres caballeros castellanos, é que mandase dar bastimentos al ejército por sus dineros. A esto el Marichal respondió que era contento, mas que las fortalezas estubiesen en poder de navarros. En esto pasaron algunos dias con gran disimulacion del Marichal mostrándose servidor del Rey.

En tanto el rey de Francia se daba muy gran priesa á enfortalecér á Bayona é á hacer gente en Alemania, é mandó venir esa que estaba en las fronteras de Italia, todavia prefiriendo al rey de Navarra mucho mas que entender cumplia. El rey de Navarra, vencido mas de las promesas galicas que de la honra de Dios, asi se lo prometió. Siendo desto avisado el rey de España despidió luego al Marichal, embajador del rey de Navarra, prometiéndole que él tomaria por fuerza lo que el no que-

(1) Que los habitantes de los pueblos chicos se recojiesen en los grandes.

ria dar de su voluntad. E luego despachó al duque de Alba su capitan general, que, con la mayor presteza que pudiese, entrase por Navarra, porque la entrada por Fuenterrabía era muy defícil. Asimismo embió á decir esto á los ingleses, que estubiesen quedos fasta que su ejército, pasada Navarra, se juntase con ellos; porque el artillería en ninguna manera, sino por alli, podia pasar. Los ingleses, aquello teniendo por bueno, alli se alojaron. Esta fue la orígen del reino de Navarra ser conquistado por armas.

## Como el duque de Alba movió con el ejército de Vitoria; é qué capitanes levaba, é como ganó la cibdad de Pamplona.

Ya todas las cosas para el camino eran aparejadas, cuando el duque de Alba, visto el mandamiento del Rey, movió con todo el ejército de Vitoria, lunes que se contaron quince calendas de agosto que son deciocho dias del mes de julio de mil é quinientos é doce años. Seis mill infantes en órden levaba puestos en dos escuadrones; del uno era coronel el comendador Villalva, hombre de grande esfuerzo é destreza. Del otro era Rengifo un caballero de Avila, no inferior en esfuerzo á ningun valiente hombre. Dos mil é quinientos eran todos los

de caballo; entre los cuales, mil hombres de armas se contaban, cuyos capitanes eran D. Albaro de Luna de los continuos del Rey, D. Pedro de la Cueba, D. Pedro Manrique, Sancho Martinez de Leiba, Pedro Roiz de Alarcon, Francisco de Cárdenas, D. Diego de Toledo. Todos estos eran capitanes de cada cien hombres de armas de los acostamientos (1). Asimismo iban las guardas que eran la compañía de D. Diego de Castilla y la de D. Diego de Rojas. Iban tambien la gente del duque del Infantazgo y la del duque de Alburquerque y la del duque de Bejar y cient lanzas del condestable de Castilla. Todos estos hombres de armas igualaban con el número ya dicho. Capitanes de ginetes eran D. Fernando de Sandobal teniente del marques de Denia, D. Juan de Acuña teniente del conde de Miranda, la capitanía del comendador de Leon, Ruiz Diaz de Rojas alcaide de Mazarquivir, Lope Sanchez de Valenzuela, el comendador Mendóza, el comendador Aguiléra, Juan Martinez de Prado: estos eran capitanes de los acostamientos. Demas de estos iban la gente del duque de Nájera y la del marques de Villena y la del conde de Benabente, y de otros señores y caballeros de Castilla, que serian todos

(1) Caballeros que mantenian á su costa caballos y armas, y estaban dispuestos para cuando fuesen llamados por el rey: en recompensa recibían cierto sueldo del erario. En Navarra duró esto hasta el siglo 17.

mil y quinientas lanzas como es dicho. Veinte piezas de artillería enfortalecian estas batallas, cuyo capitan era Diego de Vera, hombre de vivo ingenio y de mucha osadía.

E asi en esta órden, las banderas tendidas, entró por Navarra, y entrando en ella todos los lugares se le dieron, parte por miedo, parte por una vieja amistad que aquellos pueblos suelen tener con los condestables de Navarra que son la cabeza de los beaumontéses; y por esto el duque de Alba dió la delantera de las batallas á D. Luis de Beamon condestable de Navarra, y conde de Lerin, al cual tenia desposeido el rey D. Juan de Navarra de toda su tierra. El Duque mandó que ningun lugar de aquellos fuese maltractado de la gente de guerra, que fué causa de atraer asi en tan poco tiempo á toda Navarra; y no hallando en el camino resistencia ninguna en cinco aposentamientos (1), desde Vitoria, pervino en vista de Pamplona, donde, asentado real á dos leguas de la cibdad, en lugar de muchos pastos y aguas abundantes, salieron ciertos jurados de Pamplona á contratar con el Duque la salud de su cibdad é suya; los cuales, en su demanda, mas pedian que rogaban (2). Luengamen-

(1) Jornadas.
(2) Proponian la entrega, bajo condiciones que no acomodaban al Duque, quien contestó lo que dice el ana-

te, y en vano, despendieron gran parte del dia, pensando mover al Duque de su propósito. A la fin el Duque dióles licencia, la cibdad mandó que le entregasen (1), quedando ellos en sus posesiones y libertades y franquezas, ó que al cerco se aparejasen, prometiéndoles que, si la obediencia no traían, la cibdad seria metida á saco con toda crueldad: los jurados idos, sin ningun concierto, en su cibdad se fueron (2).

Otro dia sábado, el Duque mandó levantar el real y movió las vanderas enemigables contra la cibdad, en esta forma. Iban en la delantera los mariscales, que eran el comendador Mendóza, y el comendador Aguiléra, con docientos ginetes, descubriendo el campo; en cuya guarda iba el condestable de Navarra con él avanguarda, que eran cuatrocientas lanzas. Luego seguia el artillería, el lado derecho de la cual guardaban dos escuadras de hombres de armas. De la una era capitan Pero Lopez de Padilla, que, por su gran seso y esfuerzo, no solo la escuadra, mas todas las batallas pudiera rejir y gobernar. En esta escuadra iban quinientos hombres darmas muy señalados, asi en personas

---

lista de Navarra, esto es, *que los vencedores solian dar leyes á los vencidos, y no los vencidos á los vencedores* &c.

(1) Los despidió intimándoles que le entregasen la ciudad.

(2) Esto es, se retiraron sin haber acordado nada.

como en caballos y atavios; y tales que, para romper el Duque á su adversario, en esta ponia gran parte de su esperanza. En esta batalla iban los continuos, y la capitanía de D. Diego de Castilla, y la de D. Diego de Rojas y la de D. Diego de Toledo, hijo del Duque, y los que eran capitaneados de D. Pedro de la Cueba. Asimismo en esta batalla iban estos caballeros: D. Luis de Córdoba hijo del alcaide de los Donceles, Hernaad Albarez de Toledo, mayordomo mayor del Duque, Juan de Padilla hijo mayor de Pero Lopez de Padilla, Pedro de Acuña yerno del dicho Pero Lopez, D. Juan de Ulloa, D. Pedro de Acuña, y D. Fadrique de Acuña su hermano, hijos del conde de Buendia, Don Hernando de Ulloa, Diego de Mérlo, D. Jorge de Portugal, Diego Vaca, Diego Lopez Dávalos y Alonso Dávalos su hermano, Diego Lopez de Urrea, el comendador Zapata, Juan Rodriguez Manzino, Alonso Carrillo.

Todos estos caballeros iban bien parecientes, con los caballos ricamente encubertados de diversas sedas y brocados, é los sayos darmas de la misma manera, deseando, con mucha animosidad, verse con sus enemigos. Delante esta batalla iba la guardia del Duque que eran cien hombres armados de coseletes y alabardas, cuyo capitan era un caballero llamado Tapia. Asimismo iba aqui el guión del Duque; porque, aunque en todas las batallas se mos-

trase estar presente, en ésta se entiende él demitir (1). A esta batalla seguia otra, la cual era gobernada de D. Antonio de Acuña obispo de Zamora (2), que, por servir á Dios y á su rey, habia determinado de se poner á todo peligro y dar á conocer que las letras no empachan el ejercicio de la guerra; este, en un poderoso caballo, iba muy señalado con un sayón de carmesí raso sobre las armas: en esta escuadra iban cuatrocientos hombres darmas. La mano izquierda de la artillería guardaban dos batallas de ginetes, levando entrellos, y el artillería, los dos escuadrones de infantes, cuya delantera fue dada al coronel Villalva con las compañías viejas: el artillería seguia el carruaje, en cuya guarda venian los cien hombres darmas del condestable de Castilla. La retaguardia, ó rezaga de todo, traía Rui Dias de Rojas con docientos ginetes.

En esta forma por aquellos llanos, que á ello daban lugar, con grand estrépido de trompetas, y atabales, todos en buena ordenanza, capitaneados del Duque, el cual se mostraba sobre una haca blanca con una guarnicion de oro tirado, él armado de todo arnés y sobre las armas un sayon de

---

(1) Que encargó el mando á otro caballero, que parece ser Tapia.

(2) Que despues fué gefe de los *Comuneros* en el año 1521, y murió ajusticiado en la fortaleza de Simancas de órden del emperador Carlos 5.º

carmesí raso con unas medias nesgas de brocado pelo, levando doce caballos de diestro, maravillosamente aderezados, para socorrer á cualquiera caballero, que menester lo hobiese, movió hasta se poner en vista de Pamplona.

Nunca se lee en historias tan hermosa gente, ni tambien armada, todos de una voluntad; es á saber morir ó vencer, puestos al mandamiento de su capitan. Alli el sol, con el clarór de las armas, sus rayos hacía mas ilustres; allí las cubiertas ricas, los muy engallados penachos, parecía una muestra de una muy florida huerta, representaba: allí la orgulleza del corazon humano daba señal en los colorados rostros, tanto que solo con el aspecto ponian furor.

Pues veyendo los cibdadanos su peligro tan manifiesto, cuanto cerca los enemigos, é sin rey ni caudillo (1), desde los muros tendian las manos invocando la clemencia del Duque, cometiendo en sus manos su salud y la de su cibdad, y, á gran prisa, le tornaron á embiar los mismos jurados, los cuales, abajada su furia, se sometian só su proteccion. Y en este dia el Duque otorgándoles que si hasta el domingo á las diez horas no fuesen socorridos, que se le diesen, y que él les guardaria sus

(1) El rey D. Juan habia abandonado á Pamplona en 21 de julio de 1512.

fueros, previllegios y costumbres. Ellos, aceptado ó consintiendo el mandamiento, en su cibdad se metieron.

El Duque mandó asentar real junto con la cibdad, tomando en él á la Merced y á San Francisco (1), abrazando, ó ciñendo, la Taconera. Aquella noche el real fué guardado, no menos por algun engaño de los cibdadanos, que por guardar la militar disciplina. Otro dia domingo á las nueve, dia de señor Santiago, veinte y cinco de julio, los jurados salieron con la obediencia y se entregaron en nombre de su cibdad. El Duque, no interponiendo tardanza alguna, veyendo que Dios le hacía tanta merced, que sin sangre, ni robos, aquella cibdad se le habia dado, en la cual consistia el suceso de la guerra, como cabeza del reino de Navarra, quiso luego entrar dentro á dar gracias á Dios, y á su gloriosa madre; y ordenó su entrada en esta guisa. Despues de tomadas las puertas y y torres, y otras fuerzas de la cibdad, iba en la delantera Rengifo, el coronel, con quinientos infantes: tras él iban cien escuderos á pie, todos armados á

---

(1) El convento de San Francisco existió en la Taconera, cerca de la puerta de San Lorenzo, hasta el año 1523 en que de órden de Carlos 5.º se derribó y fabricó, á su costa, el convento actual donde estaban la torre de la cámara de Comptos, casa de moneda y juego de pelota.

la gineta: luego venían los continos, armados de arneses, salvo las cabezas y manos: luego venía la guarda del Duque, y, tras ella, los caballeros mancebos ya dichos, ricamente ataviados de diversas maneras de vestidos. Luego venia el Duque encima de una haca, él armado de un coselete y encima una ropa de brocado, cuyas espaldas guardaba el coronel Villalva con hasta mil hombres.

En esta manera, á las diez horas del dia, entró con grande estruendo de trompetas y atabales, y otros menestriles (1), y en la puerta primera le entregaron las llaves de la cibdad. Y en el nombre del rey de España les confirmó y juró de guardar sus privilegios (2), é alli, donde mas seguro, iba dando gracias á nuestro Señor, por haber asi aquistado una tan opulenta cibdad, entre sus amigos, y purpurados; y, segun se cree, diciendo *hec dies quæ fecit Dominus.* Dos caballeros, llamados el uno Pedro Dacuña, y D. Pedro Manrique, trabaron ciertas palabras, donde, puesta la mano en el espada D. Pedro Manrique, fué forzado al Duque de se apear y embiólos presos á sus posadas; y tornando á cabalgar, fué hasta la iglesia mayor, y á la puerta se apeó, donde estaba puesto un altar con una cruz de oro y en él un gran pedazo del Lig-

(1) *Ministril:* instrumento músico de boca.

(2) Véase la capitulacion en el Diccionario de antigüedades de Navarra: art. *Pamplona.*

num Crucis ✠, y alli le adoró con mucha efusion de lágrimas; é, oida la misa, recibió la bendicion de D. Bernaldo de Mesa obispo de Trinopoli, legado del Papa en el ejército. Esto acabado se fué á su posada á pie, donde, despues de haber comido, entendió en las cosas del Reino.

## Como el Duque habló con los cibdadanos: del estado del Reino y del Rey; y de las fortalezas y villas que dieron la obediencia.

Acabado de comer, que hubo el Duque, dada licencia á los caballeros que á reposar fuesen, él en una cámara, con ciertos cibdadanos, estubo hablando largamente, informándose del estado del Reino y donde se creia que el Rey estaba, pues en tan fortísima cibdad no habia esperado; los cuales le respondieron que el Reino no haria otra cosa que lo que Pamplona; porque ella era cabeza del Reino, y que de su lealtad podia usar sin temor ninguno; y que el Rey creian que estaba en Lumbiarr (1), lugar de su natural fuerte. Alli le dijeron como cinco ó seis dias antes, que él con el ejército llegase (2), el Rey les habia hecho una habla

(1) Lumbier.
(2) A Pamplona.

á los jurados é cibdadanos con el comun, notificándoles como el Rey su tio (1) le queria tomar el Reino y que él se le queria defender en aquella cibdad: que para esto le dijesen su parecer; y ellos le respondieron que estaban prestos á morir por su fidelidad como leales súbditos, que fasta comer sus hijos permanecerían en su fortuna. Él, despues de rendidas gracias, otro dia, les tornó á hablar como él quería ir á Francia y á Bearne por gentes; porque le parecia que la cibdad estaba desacompañada; que entre tanto, si acometidos fuesen, se defendiesen que el socorro presto se le traería y tal que en seguimiento suyo fuesen hasta en Castilla; y que á esto ellos le respondieron, que su presencia era á ellos causa de defender su cibdad y que, ésta faltando, en ellos no habia fuerza ni esfuerzo; pues él faltando faltaba el caudillo que los habia de gobernar. El Rey largamente porfió con ellos; mas otra cosa no les habia podido hacer prometér. A la fin el Rey á desamparar la cibdad se dispuso, el cual la habia dejado tres dias antes que el Duque allí llegase.

Esto acabado le trujeron (2) siete piezas de artilleria, dos cañones, y dos culebrinas y tres falconetes de maravillosa labor y fuerza. Luego el Du-

---

(1) Fernando el Católico.
(2) Al Duque.

que mandó despachar trompetas á todas las villas y castillos del Reino para que trujesen la obediencia. Los cuales vueltos, sin ningun despacho, el Duque determinó de ir sobre ellos, y, teniendo el ejército puesto en armas para mover, quiso no proceder contra ellos con rigor, mas, usando de mansedumbre, les tornó á requerir, que no quisiesen locamente perderse y que á su obediencia viniesen.

Queria el Duque atraer assi estos pueblos, que de su natural son feroces; mas por prudencia, y seso, que por armas, lo cual todo capitan debe hacer, porque, cuánto sean mejores las conquistas acabadas por prudencia que por fortaleza, súcias de sangre, muéstralo el Eclesiástico en el sexto diciendo: *melior est vir prudents quam fortis;* y demas del amor que las gentes con ellos toman, consérvanse los pueblos; otramente no podrian imperar sino sobre los edificios; y la antigüedad romana, que en punir y premiar los hechos de la milicia fueron singulares, á los capitanes prudentes, de ramas de lauro, y á los otros de roble coronaban.

Al segundo requerimiento las villas fueron obedientes, veyendo á Pamplona cuan amiglablemente era tratada de la gente de guerra, los cuales mas cibdadanos que conquistadores parecian. Y embiados procuradores Lumbier (1), y Sangüesa, y San Juan

(1) Véase la capitulacion de Lumbier en el Diccionario de antigüedades de Navarra: art. *Lumbier.*

del pie del Puerto, y Monreal, y Amaya (1) y Estella, salvo la fortaleza que á defenderse deliberó, y Olite, y Tafalla y Tudela (2), solos los roncaleses (3), y escuanos (4), no obedecieron, confiando en la fortaleza de su tierra. Estotros, procuradores cometieron á sí, y á sus cosas, en manos del Duque; él, recebidos en su guarda, dejándolos en sus libertades, les mandó que la fe guardasen: ellos, no descontentos de la benivolencia del Duque, se fueron.

## De como se engrosó el ejército; y de una fortuna que en el real vino; y de como fué preso el obispo de Zamora.

Estando el Duque aquí, proveyendo, en las cosas de la guerra, se engrosó el ejército; porque Manuel de Benavides, y D. Luis de la Cueva, trujeron trecientas lanzas, juntos todos, de muy buenos hombres y muy bien armados y encabalgados; y el condestable de Castilla embió seiscientos infantes, y el conde de Benavente embió cuatrocientos. Asimismo Guipuscoa, y Vizcaya y Alava, embiaron

(1) Maya.
(2) Tudela no se entregó hasta 9 de setiembre.
(3) Roncal capituló en 3 de setiembre: véase el Diccionario de antigüedades de Navarra: art. Roncál.
(4) Aezcoanos.

mil é quinientos infantes y ciento de caballo; y Risas, y Arnalte, capitanes, trajeron cuatrocientos infantes escogidos de Toledo.

Con estas compañías, acrecentado el real, el Duque deliberava de prevenir al rey D. Juan en cualquier lugar que estuviese; porque ya tenia nuevas como, desamparado Lumbierr, se era metido en los confines del reino en los términos de Biarrne á juntar gentes para facer la guerra. Mas, desconfiando de todo socorro, que el rey de Francia embiar le pudiese, era venido en desesperacion; y aquello, teniendo por suyo, que el vencedor dejar le quisiese, en Gascueña se redujo.

En estos dias el real fué oprimido de fuertes y arrebatados vientos, asi que las tiendas, ó pabellones y alfaneques, todos en tierra caidos, despedazados y rotos por muchos lugares, muchos de los cuales, quebrantadas las antenas, los masteles solos quedaban. El pretorio, ó tienda del Duque, mas que todos bien pareciente, en tierra roto cayó. Por la magnitud de los vientos, la gente menuda, amontonados en diversas partes de los reales, turbados estaban, conjeturando, ó pronosticando, ser señales advenideras. El Duque ni por esto el real desamparó, antes con templado ánimo la velocidad de los vientos en una pequeña tienda, de un su familiar, el restante del dia con la noche se tobo. Los otros caballeros y capitanes en la cibdad se metieron, don-

de no menos molestia, ó trabajo, que en el campo sostovieron; porque el aire, perseverando en su fuerza, las flacas casas, derribadas, igualaba con el suelo. A la fin al alba del dia la fuerza de los vientos cesó, no ya de todo punto.

A los cibdadanos de Pamplona el Duque asinó dia para que volviesen á sus casas y que sus personas, y haciendas, como de amigos serían tractadas, donde nó, que, hecha confiscacion de sus bienes, y traida nueva colonia de moradores, á estos se darían. Algunos pocos, vueltos, la fe se les guardó: los otros cerca de su rey en su fortuna permanecieron.

Queriendo pues el Duque seguir su viaje, á se juntar con los ingleses para el cerco de Bayona, fué avisado que el rey D. Juan se enfortalecía en el Val de Roncal y en el de Salazar, y que alli esperaba las compañías que el rey de Francia le embiaba. Esto, sabido por el Duque, le embió á D. Luis de Acuña, obispo de Zamora, para retenelle que no innovase causas donde perdiese aquello poco que le quedaba; y asimismo que le diese esperanza del reino si al rey de España quisiese seguir.

Sabida por el rey D. Juan la embajada que iba, antes que la viese, ni la oyese, el obispo fué preso, á mala verdad, y tratado con mucho desacato: esto no se sabe si fué por mandamiento del rey ó por liviandad de los bierneses (1), que, como hom-

(1) Bearneses.

bres de vil y bajo ánimo, ninguna fe acostumbran guardar con gentes forasteras, antes, con unas costumbres casi barbáricas, se suelen regir; mas, que fuese preso, por mandamiento del Rey, es indicio el no restituir al obispo en su libertad cuando por el Duque fué pedido, no solo el obispo, mas los quebrantadores de la fe que á los embajadores se suele guardar.

Sabida esta presion por el Duque, sintiéndose de la poca verdad de los enemigos, y mucho mas de la presion del obispo, quisiera luego mover con el ejército á castigar el insulto de los sacrilegios; mas fué retenido por cartas del rey de España hasta que toda Navarra se asegurase; porque Tudela, Olite y Tafalla, viendo al rey D. Juan puesto en armas, ellas, vacilando ó dudando, estaban esperando el fin de las cosas. Asimismo el castillo de Estella estaba en su pertinacia, creyendo, el alcaide, que mas que todos sería tenido por fuerte, si mas de las afruentas esperase. Mas el Duque, poco curándose desto, tenia por cierto que de su voluntad se daría el alcaide; con todo, por guarda de la villa, á D. Juan de Lacarra embió con ducientos infantes.

Queriendo pues el Duque hacer todo lo que prudente capitan debe, y dejar seguras las espaldas; asegurado que hubo á Tudela, é Olite y Tafalla, quiso tentar la voluntad de los cibdadanos por saber el intento de su fidelidad; y para esto embiólos á lla-

mar que se juntasen en Sant Francisco, estramuros de la cibdad, segun su costumbre, porque los querria hablar. Juntos pues todos en una capilla, y mandándoles que se asentasen, los ánimos dellos estaban suspensos, esperando el fin; y, puesto silencio entre ellos, el Duque los habló de tal manera.

## Oracion del Duque á los jurados y cibdadanos de Pamplona, sobre la jura de la fidelidad; é de su respuesta.

«De derecho divino y humano es obedescer á los »mayores; y ninguno hay en nuestros tiempos, en»tre los príncipes cristianos, y moros, á quien se deba »acatamiento y obediencia, como al Católico rey de »España mi señor; cuyos notables hechos, subidos »hasta las estrellas, escurecen los de los emperado»res; y, dejadas las virtudes teologales, que en su »real corazon resplandecen, ¿quién con tanta pru»dencia, fortaleza y justicia, gobernó asi y á sus »reinos? ¿quién con tanta clemencia, y mansedum»bre, trató á los vencidos? No con tanta humani»nidad la madre, y muger y hijos de Darío, fue»ron del grande Alejandro tractados cuanto los so»juzgados de éste Señor; y no es menestér que yo »lo diga: díganlo los reinos, y reyes, del vencidos; »dígalo España, que viniendo á ella, á recebir la »corona de los reinos de Castilla, y de Leon, los

»halló enagenados y usurpados del rey de Portu-»gal, al cual lanzó dellos, asi por batallas como por »cercos de cibdades y fortalezas, y los limpió de la »tiranía de algunos grandes dellos, que, pospuesta »su lealtad, habian ocupadas muchas villas y forta-»lezas; y domados, con blando yugo, asi los mantuvo »en justicia, que al mayor fizo igual con el mas »infimo labrador. Y, queriendo éste príncipe servir »á Dios, y crescer sus reinos, emprendió la guerra »contra Granada; y despendidos algunos años en »ella, con asaz trabajo de su real persona, porque le »convino en muchos lugares, no menos usar de ofi-»cio de emperador, que de un hombre de armas; »y en fin á su esfuerzo nunca los moros, no ven-»cidos hasta allí, pudieron resistir; ni aquella gran-»de y memorable cibdad de Granada se pudo de-»fender, que, por ochocientos años complidos, en »ella se habia honrada la suzia seta de Mahomat, »que á la fin no viniese á su obediencia. Donde, »limpiada de los rictos y cerimonias de los moros, pu-»so en ella, y en todo su reino, la preciosa cruz de »Jesucristo, y, consagradas sus mezquitas, se cele-»bra en ellas el culto divino; y levantando sus rea-»les pensamientos á Dios, despues de haber puesto »la Inquisicion, continuo azote de los hereges, de-»terminó echar los judios de todos sus reinos y se-»ñoríos, anteponiendo la fé á los grandes intereses »que dellos se le seguian, ó que se convertiesen les

»mandando: algunos dellos la crisma (1), los otros en »su pertinacia quedando, en Ultramar se pasaron. »¿Qué mas diré? que movido este Católico rey con »zelo de la fe, alumbrado por el Espíritu Santo, que»riendo, como San Pablo quiere, que toda criatu»ra confiese el nombre de Jesucristo, y de su glo»riosísima madre, mandó á los moros que lo mismo »ficiesen: muchos dellos la crisma y mercedes re»cibieron; los otros, dándoles navíos, á Fez y »Tunez se fueron. ¿Qué se puede decir mas de »este gran Constantino? que estando en su trono, »dando gracias á Dios por los beneficios que del »habia recebido, y gloriándose de ver en sus rei»nos una fe y un baptismo, y que en todas par»tes se confesaba y adoraba, y magnificaba, la »sanctísima Trinidad, y se predicaba la glorio»sa pasion y resureccion de Jesucristo con la lim»pieza de su bendita madre, queriendo Dios ten»tarle si aquel gran corazon, que en las prosperi»dades habia tenido, le quedaba para las adver»sidades, fué opreso de muchos trabajos, asi en su »real persona en la berida dada en Barcelona á trai»cion, donde mostró Su Alteza tan gran corazon, »que nunca quiso medicinar la llaga del cuerpo »fasta que el ánima fué curada, sufriendo con cons»tante vulto (2) el dolor de la herida. No menos

(1) Aqui parece que falta la palabra *recibieron*.
(2) Rostro.

»en la muerte del Príncipe su hijo, que con tanta »severidad la sufrió, que mas parescía consolador »que buscador de aquel; no con tanta modestia »aquel Paulo Emilio sufrió la muerte de sus dos hi- »jos. Luego tras esto la muerte de la princesa Doña »Isabel su hija reina de Portugal; y lo que mas le »afligió la muerte de la reina Doña Isabel su mu- »jer, otra segunda Semiramis. Mas por todo esto »nunca dijo, ni hizo, cosa indigna de su magestad, »antes diciendo con el paciente Job, *Dominus de- »dit, Dominus abstulit*, con ferviente y puro co- »razon, y fe, pues viendo este fortísimo príncipe »que muerta su mujer pretendia derecho á los rei- »nos su hija Doña Juana, la Reina nuestra Señora, »de su voluntad, ella venida con el rey D. Felipe »su marido, se los dejó é se pasó en Nápoles, don- »de, sabiendo la muerte del rey D. Felipe y los es- »cándalos que en estos reinos se seguian, sobre »ello, luego propuso de venir á la gobernacion »dellos, condoliéndose su real corazon de las misé- »rias de Castilla, que á la sazon estaba afligida de »hambre y guerra y pestilencia. Donde, llamado y »suplicado por los grandes destos reinos, fué reci- »bido con increible amor, de grandes y menores; »y de la gente menuda, con lágrimas piadosas, y »manos tendidas, fué suplicado que los remediase »con justicia y mansedumbre. El cual, con gran pru- »dencia, y clemencia, lo remedió todo; asi que

»por su virtud la pestilencia cesó y los cielos se »abrieron con muchedumbre de aguas, y la tierra »dió fruto ciento por uno; y los escándalos, y guer- »ras ceviles, asi los remató, que parecia otra Lace- »demonia en poder de Ligurgio (1). Y todos, de- »puestas las armas, togados concurrian á su justi- »ticia (2); y asi la supo distribuir, que ni á los ma- »los faltó punicion, ni á los buenos beneficios. »¿Pues para qué me deterné mas en contar como »su nombre, en todas las partes del mundo, es te- »mido? Y que ésto sea verdad son testigos los ára- »bes y las Indias, casi final término del mundo, que, »de su justicia, aquella gente silvestre es conser- »vada. Por cierto, por muchas razones, éste gran »señor debe ser obedecido, las cuales déjo, porque »á todos es manifiesto; que ni el grande Alejan- »dro en fortaleza, ni el monarca Octaviano en »justicia, ni Quinto Fabio Máximo en prudencia, »ni Julio César en clemencia, sele debe igualar. »Y viniendo á lo que quiero decir, honrados jura- »dos y cibdadanos, y ya habeis visto como al tiempo »que mas sin pensallo estavades, le ha querido dar »este reino, y esta cibdad fortísima se le ha humi-

(1) Licurgo.
(2) Esto es, que habiendo cesado la anarquía, y la violencia de las armas, los tribunales y las leyes habian recobrado su imperio.

»llado; y pues Dios os ha traido tan justos, para »que yo siga mi empresa contra Bayona y el du»cado de Guiana, por dejar seguro todo lo que de»tras de mi quedáre, os ruego, y encargo, que »jureis por vuestro rey y señor natural al Rey nues»tro Señor, y de le ser leales vasallos: esto ha»ciendo, de mas de facer lo que sois obligados, »hareis á Su Alteza servicio, y él guardaros ha »vuestras costumbres, buenos fueros y privilegios, »asi como yo vos lo he jurado. E, demas de las »mercedes particulares, crescerá, y ensanchará, los »patrimonios desta cibdad con términos y liberta»des y franquezas, y vosotros gozaréis de tiempo »seguro y sentirán vuestros patrimonios su justicia »y liberalidad, só la sombra de su brazo.»

Oida la fabla, de los jurados y cibdadanos, suplicaron al Duque les diese término de tres dias para responder, el cual les fué concedido. Venido el dia, á la respuesta asignado, uno dellos, mas antiguo, respondió, cuya respuesta contenia dos cosas; que ellos estaban prestos de le tomar por Rey é Señor, mas que rey natural no podian, en cuanto el otro era vivo, á quien tenian jurada naturaleza: la otra que ser súbditos estaban prestos para lo jurar; mas que vasallos no podian ni lo debian jurar; pues tenian previllegios de mucha antigüedad, de no ser llamados sino súbditos; y pues que él les habia confirmado sus franquezas,

que esta, que era la principal, no les traspasáse.

Sobre esto el licenciado Villafaña, alcalde en el ejército por el Rey, pasó con ellos muchas razones, y les probó, con testos, cómo podian de derecho jurar al rey de España por su rey natural, trayéndoles á la memoria como el rey D. Juan de Aragon fué rey pacífico de Navarra mas de sesenta años; y que ésto dejado, como cosa notoria, el papa Julio, por su bula, le daba, y vestía, en aquel reino de Navarra; pues que el rey D. Juan habia seguido la cisma del rey de Francia, é que, dándole por tal, su reino, que á la Iglesia venia, al rey de España, como bien mereciente del, y adquistado por guerra justa, se le daba. Y tanto dijo, y probó, que los regidores, vencidos por derecho, vinieron en ello; mas que suplicaban al Duque lo mirase cómo ellos no perdiesen sus franquezas y libertades. En esto el Duque vino, pues se lo habia jurado, y de nuevo se lo tornó á confirmar, con otras mercedes que le pidieron; lo cual todo, venido el rey á Logroño, se lo confimó.

## De como el Duque, antes que partiese de Pamplona, embió al coronel Villalva, con otros capitanes, adelante; y de lo que hicieron en este viaje.

El Duque, no dando lugar mas á la tardanza, porque el ócio, de la estada allí, no indujese alguna

molléza en los ánimos de la gente guerrera, y acordándosele que los deleites capuanos fueron causa á Anibal, despues de la famosa batalla de Canas, de sus trabajos, y de dejar á Italia, embió quinientos hombres con azadones y picos, y otros instrumentos, á abrir los caminos y allanallos para que la artillería pudiese, sin embargo, caminar; lo cual fué fecho con maravillosa presteza, allanando los riscos en igual de lo llano; é aquellas rocas y peñas, que la natura habia fecho feroces en las alturas de los montes Perineos, y indomables á todo otro género, con los dolobres, ó picos, fueron quebrantadas, amollentándolas primero con fuego y vinagre; así que cualquiera carro fácilmente podia sobre ellas pasar: este camino hasta San Juan del pie del Puerto fué abierto, en cuya guarda estaba un capitan de infantes llamado . . . . . . . . . . . (1) con doscientos hombres.

En este tiempo el Marichal de Navarra, gran señor en ella, se vino al Duque ofreciéndose á su servicio, finjiendo venir por conservacion de su vida y estado. El Duque, con alegre voluntad, le recibió tomándole la mano derecha en señal de benivolencia, preguntándole largamente por las cosas del reino de Navarra; á las cuales el Marichal respondia cautelosamente; porque, segun se mos-

(1) Con este vacío se ve la primera edicion.

tró, su venida fué con engaño por saber el intento del Duque, si de quedar, ó pasar adelante, deliberaba; mas desque conoció que por ninguna manera el Duque cesaría su ida á Bayona, só la sombra de la noche se fué (1).

Asi mismo el Duque acordó que el coronel Villalva con tres mil hombres, los mas dellos de las legiones viejas, é, con él, Rui Diaz de Rojas é Lope Sanchez de Valenzuela, con trescientos caballos ligeros, fuesen á ocupar á Roncesvalles, y de alli á San Juan del pie del Puerto; porque aunque por nosotros estaba la fortaleza, siendo pocos, para la guarda della, y de la villa, no bastaban; porque muchos de los enemigos á menudo los corrian y se juntaban para los cercar; y aun los mismos del lugar eran habidos por sospechosos. Y, por estas nuevas, el Coronel, é los otros capitanes, con gran priesa, vinieron fasta Roncesvalles.

E alli hobo nuevas el Coronel, que el Val de

(1) Zurita, sin conceder, ni negar, lo que dice Correa, en esta parte de su historia, afirma que el Marichal D. Pedro de Navarra fué tentado por las agentes del rey Fernando para que, con sus deudos y amigos, le prestase la obediencia; y que contestó, como buen caballero, que ni él, ni sus parientes, hallaban camino para poderle seguir, guardando, como debian, su honor, que era la cosa mas cara que tenian; pero que, de sus vidas y haciendas dispusiese á su voluntad. Lo cierto es que el Marichal, jamas abandonó la causa de los reyes de Navarra, y por ella murió preso en el castillo de Simancas.

Escua (1), y el Val de Roncal y el de Salazar, poblados de gente guerrera, estaban cerca, los cuales habian denegado la obediencia; y que, dejados aquellos, podrian en la hueste, desproveidamente caminando, facer algun daño; asi que fué acordado entre ellos de domar aquellas gentes, primero que á San Juan fuesen; los cuales como volando con el ejército, con maravillosa presteza, sin que los enemigos pudiesen ser avisados, dió sobre ellos; los cuales, maravillados de la súbita venida, dieron al Coronel la obediencia: él, tomadas las rehenes, y juramentos, amigablemente los trató. Luego, por un correo, al Duque lo fizo saber, que no poco contentamiento tomó de la prestez con que aquel negocio era despachado. E por su carta le rescribió el contentamiento que de sus cosas tenia, rogándole que se hobiese cuerdamente, y guardase su persona de peligro.

Queriendo pues el Coronel, y los otros capitanes, dar la vuelta á Sant Juan del pie del Puerto, le vino su espia á decir que por el Val de Roncal podria entrar en tierra de Francia, y llegar hasta cerca de Bayona con toda la gente, y recojerse á Sant Juan con gran presa de ganados y otros despojos. El Coronel, viendo su gente deseosa, y presta, para cometer cualquier gran peligro, é tambien

(1) Aezcoa.

porque con el premio del trabajo los corazones virtuosos se levantan, creyendo que entonces es de usar del esfuerzo, cuando la voluntad los incita á la loable hazaña, en tanto que el furor dura, aunque en ello á gran peligro se pusiese, determinó de facer lo que sus espias le avisaban, é aun, si aparejo viese, mostrarse á los de Bayona; mas Rui Diaz de Rojas, hombre de gan seso, acompañado de esfuerzo, y Lope Sanchez de Valenzuela, le dijeron que esta entrada no era de facella sin consultallo con el Duque; porque importaba mucho para adelante no errarse las cosas en el principio; y que ellos tenian nueva que el camino era muy áspero, y sería gran impedimento á la gente de caballo. Tanto le dijeron, que al Duque lo escribió diciendo, que de alli no moverian fasta ver su mandamiento; porque veía la gente tan voluntariosa de pasar adelante, que su parescer era que no se debiese repremir aquel ímpetu.

El Duque, habido sobre esto consejo, acordó, que pues los valles circunvecinos de Sant Juan estaban en la obediencia, asi que el camino estaba seguro, que, ante todas cosas, ocupase á Sant Juan del pie del Puerto, porque ya tenia nuevas que cierta gente de Francia se juntava en Salvatierra, una villa del señorío de Bearne, é que desde Sant Juan se podria facer aquello y con mas seguridad.

Con este mandamiento, el Coronel, y los otros

capitanes, dejando en Roncesvalles guarda, cual convenía, á Sant Juan del pie del Puerto se fueron y y allí reposados, pocos dias, el Coronel no cesaba de inquirir como á sus enemigos pudiese ofender; é para esto de contino tenia sus espias entre los franceses, que le venian avisar lo que entre ellos se facía; los cuales le dijeron que cierta gente se juntava con el rey D. Juan; é como en su gente conociese voluntad de seguille, sacólos una noche oportuna de mucha agua y escuridad, y, sin decir á nadie su parecer, se fué á un valle de mucha poblacion, fértil y abundoso de mucho ganado, entre Bayona é Salvatierra, llamado el valle de Zarro (1); y, puestos allí, notificó á los capitanes como aquel valle era rebelde que convenia fuese castigado; é, dada licencia á sus infantes, con mucha crueldad los moradores del valle fueron metidos á saco, pegando fuego á las casas, que sus llamas todos los montes alumbravan. Los vecinos, viendo tal estrago, sin que primero lo sintiesen, estaban como atónitos; mas, con la rabia de ver sus casas robar, fueron incitados á tomar armas; mas poca defensa ficieron, que su esfuerzo en los pies le pusieron. El Coronel mandó facer esta crueza, porque, siendo por él requeridos, que á la obediencia viniesen, poco su mandamiento habian estimado;

---

(1) Garro.

y con esto escarmentarían los comarcanos. Los infantes no cesaban de robar cuanto podian, y como la licencia estuviese en su alvedrío, muchas doncellas, y otras, fueron forzadas, y tanto se estendieron con la codicia del robo, que, llegados á la casa del señor de Garro, cuyo era el valle, fué puesto en ella fuego; y tanto, cuanto mas que las otras era edificada, tanto con mas furia fué tratada. El señor de Garro, que dentro estaba, no teniendo ningun consejo echándose por una ventana pudo escapar, en tanto que los infantes sus bienes robaban. El Coronel, viendo que la gente andaba muy derramada, temiendo que los apellidos no juntasen gente, y diesen sobre él súbitamente, hizo tocar á recojida; y puestos en órden, con todo el despojo de ganados y otras cosas, vino en salvo á Sant Juan.

Tanto espanto concibieron en tierra de bascos, desta entrada, que á gran porfía venian á dar la obediencia: á los que no vinieron, el Coronel les embió á requerir, que no quisiesen padecer otra segunda persecucion; porque, venidos serían como amigos, y compañeros, tratados; los que no, que serían habidos por cismáticos: algunos el mandamiento obedecieron, los otros en sus casas, no osando estar, aquellas desamparadas en los lugares fuertes se metieron.

Así, como es dicho, el Coronel con una gran solicitud trabajaba por mostrar á los franceses su es-

fuerzo é presteza en las cosas, y tambien contentaba las espías, pagándoles su deber, y dándoles otras mercedes, que á manifiestos peligros se ponian por traelle avisos. E un dia viniéronle á decir como en Orteus (1), lugar no muy fuerte en tierra de bascos, estaba la reina Doña Catalina, mujer del rey D. Juan, con el Príncipe (2) y las infantas; y que tenian consigo al obispo de Zamora con poca guarda. Estas nuevas el Coronel las hizo saber al Duque en gran secreto, suplicándole que le embiase doscientos hombres de armas y doscientos ginetes, que él entendia, con el ayuda de Dios, no solo tomar la Reina, mas retenér la villa con otras muchas que luego se darían; y que con tan poca gente tantos dias de guerra se consumerían, ó acabarían en dos horas.

Esto sabido por el Duque, grandemente pensó en una cosa tan señalada, y tal que en ella consistía el subceso de la guerra, y al consejo lo refirió, adonde hobo de muchos pareceres. A la fin fué acordado que no lo intentase hasta que él fuese; mas que trujese sus avisos sobre los franceses; porque tenia nuevas que se juntaba gente en Salvatierra y en Mauleon; y así se lo escribió, y que él, despachadas las cosas de Navarra, cada dia esperaba

(1) Ortez ú Orthez.
(2) El príncipe de Viana D. Enrique.

partir donde se trataría de todo largamente. El Coronel, vista esta carta, se dejó dello; mas pareciéndole que era bien no tener la gente ociosa, determinóse de tomar una villa llamadá Monjélos, así por estar mas cerca de los franceses, como por tener dentro, en aquellas dos leguas que hay desde Sant Juan á Monjélos, seguras muchas casas, y lugares buenos para bastimento y para herbaje. El lugar era asi dispuesto (1) para enfortalecer, abundoso de aguas y aun muchas fructas; y aun por estrechar los franceses, que hasta Sant Juan solian venir. E luego lo puso por obra, que en una mañana dando sobre él, le tomó y no consintió que daño los vecinos rescibiesen; y puestos en su guarda trecientos infantes de la legion vieja con Carabajál, y Mondragon y Vadillo, sus capitanes, tales que, primero las vidas que el lugar perderian, el coronel, vuelto á Sant Juan del pie del Puerto, esperó la venida del Duque.

Los franceses que en Salvatierra estaban, con las nuevas del valle que habian quemado, y de los fugetivos que de cada dia se les iban con las nuevas de lo hecho, é mucho mas con la tomada de Monjélos, habidos muchos acuerdos entre sí, se juntaron hasta cuatrocientas lanzas é dos mil hombres á

(1) Lo mismo que *asaz dispuesto*, ó muy bien dispuesto.

pie; é viniéronse á posentár á Mauleon, cuatro leguas de Monjélos; y, creciendo mas en número, se vinieron á Larzabat y Hustabat, legua y media de Monjélos; mas como los capitanes dichos lo supieron, tanta priesa les dieron que, desamparados los lugares, en Mauleon se volvieron; é al rey de Francia, escribiendo la venida del Duque en aquella tierra, mas ayudas le demandaban.

## Como el rey de España, sabida la prision del Obispo, embió al legado la bula del Papa contra el rey de Francia; y de los caballeros que á esta guerra vinieron; y de como el Duque partió de Pamplona para San Juan del pie del Puerto.

Mientras estas cosas pasaban, el Rey vino á Logroño, donde, sabida la nueva de la prision del obispo de Zamora, bien como era razon, mostró sentimiento; y bien que deliberado toviese de no aflijir mas al rey D. Juan, sino que el Duque se pasase derecho á se juntar con los ingleses; mas vista la poca lealtad embió luego la bulla al obispo D. Frey Bernardo de Mesa, de la órden de los predicadores, legado del Papa, contra el rey Luis de Francia, y sus secaces, donde daba por cismáticos al dicho rey y á todos los de sus reinos y señoríos.

A la hora el obispo hizo un solemne sermon, donde probó, por muchas razones y autoridades, el rey de Francia ser hereje y los que su dañada opinion seguian, dando licencia al ejército que, pudiesen prender á los franceses y á sus valedores, y usar dellos como de esclavos, asi viejos como mozos, mujeres y niños, y poseer sus bienes como de públicos raptores de la Iglesia. Dichas por el obispo estas cosas, exortó al Duque y al ejército, que, con ánimos fuertes, tomasen las armas en favor y ayuda de la Iglesia que estaba llena de calamidades y miserias, y que llevasen esperanza en Dios, en cuyo poder estaban las cosas celestiales y terrenales, que muy pocos gozarian de grandes victorias, segun se mostraba ya por los que en Monjélos estaban. A los infantes pobres mostraba á Bayona riquísima; á los caballeros mostraba como eran obligados de su oficio y que lo prometian, el dia que recibian órden de caballería, de ser defensores de la Iglesia; y que agora se les ofrecia lo que ellos habian de buscar para mostrar su esfuerzo.

Tanta fuerza tuvieron las palabras del obispo, que asi movió los corazones de todos, que á grandes voces pedian que á los franceses los levasen. Y no solamente en el real tuvieron virtud estas palabras, mas en la Córte del rey de España, donde muchos caballeros, estando en su ociosidad, poco curándose de las guerras, asi los movió, que, con

licencia del Rey, luego se vinieron al real; los cuales fueron el marques de Villafranca, fijo del Duque, D. Fernando de Toledo comendador mayor de Leon, D. García Manrique fijo del conde de Osórno, D. Rodrigo Manrique comendador de Zalamea y otros caballeros mancebos.

El Duque, ordenadas las cosas de Navarra dejando al Condestable en Pamplona, con gente de caballo y infantería, y puestos alcaides en las fortalezas, dejándolo todo pacífico, sino á Estella que en su locura perseveraba, movió los reales de Pamplona miercoles primero de setiembre del dicho año, y en dos dias vino á Roncesvalles, adonde asentó real en un lugar pequeño que se llama el Burguete, donde fué aquella famosa batalla del rey Don Alonso el Casto de Castilla con Carlo Magno (1), donde fué el rey Carlo desbaratado y muertos los doce pares, donde hoy dia se muestran en el monasterio las porras y bocinas de Roldan y de Oliveros.

(1) La célebre rota de Roncesvalles. Esta batalla fué en el año 778 y D. Alonso el Casto, rey de Asturias, no comenzó á reinar hasta el de 795. Otros historiadores han intentado tambien despojar á los navarros de la gloria de haberse vengado, en el ejército de Carlomagno, de los ultrajes que les hizo en su tránsito por Navarra en una espedicion en favor de los moros de Zaragoza, sublevados contra Abderramen. Los historiadores franceses han creido disminuir el oprobio, de ser vencidos, atribuyendo la victoria á los gascones sus paisanos.

Allí, detenidos algunos dias el real, el Duque fué á Sant Juan del pie del Puerto con ciertos caballeros, dejando en el real á los capitanes con toda la gente; é, llegado á San Juan, fué á ver los que estaban en Monjélos, no menos que á esforzallos, á reconocer la tierra; y contento de las cosas fechas por Villalva con los capitanes que en Monjélos estaban; porque, habiéndose valientemente con sus enemigos, los habian alejados de sí. Y antes que se volviese dejó en otro lugar, una milla de Monjélos, á Rui Diaz de Rojas, y en otro á Lope Sanchez de Valenzuela con cada cien lanzas, porque los infantes pudiesen algo descansar. Estos capitanes, como muy expertos en la guerra fuesen, así se hobieron con sus enemigos, que en vista dellos les sacaban las cabalgadas (1) sin ser forzados á dejallas por los franceses.

Vuelto el Duque al real, por tractos de concordia el rey de Francia embió un gentil hombre de su casa, donde, altercadas algunas razones, el embajador se fué sin concierto alguno, maravillado de la gente de España y de la órden de sus reales. Por siete dias continuos el Duque estuvo allí esperando bastimentos, no sin gran fatiga de la gente, porque, de grandes lluvias, eran trabajados, jun-

---

(1) *Les sacaban las cabalgadas*; esto es les hacían presas.

támente con la mengua de los bastimentos, que faltaron á causa de los malos caminos, donde murieron muchos caballos y otras bestias. El Duque, aunque convenía detenerse allí, levantó el real; y el viernes, que fueron cuatro calendas de otubre, que son diez dias del mes de setiembre, con la gente de caballo, pasó las cumbres del Perineo, que divide la España de Francia, y en aquel dia vino á Sant Juan del pie del Puerto, que son diez millas: este camino dió mucha fatiga al carruaje, que, flacos bueyes de la tierra tiraban; porque siendo de pocas fuerzas y con la pesadumbre de los carros, no pudiendo los ásperos pasos subir, destrozados, muchos, otros despeñados, una vista de mucha miseria en la gente ponian. A la fin los mas al real pervinieron.

## Como, despues de llegado el Duque á San Juan, ficieron mucha mudanza de sí los franceses; y como vinieron aquí otros caballeros, y como el Duque embió por los ingleses, y de la respuesta que dieron.

Con la venida del Duque y del ejército, á Sant Juan del pie del Puerto, los franceses, que en Mauleon estaban, tomaron tan grande sobresalto que, desamparado dellos el lugar, solo quedó, y en Sal-

vatiera se metieron con su capitan Mosior de la Paliza, ya antiguo capitan general y cerca de su rey, por ilustres hechos, el primer lugar obtenía: allí encerrados, mas guardadores de los lugares que del campo parecian; en cuyos muros, mas que en sus brazos, ponian sus fuerzas: en número de seis mil gascones, é bearnéses peones, é quinientas lanzas, serían aquellos, los cuales mas en aparenscia que en fecho se mostraban. Y como toviesen nuevas que el Duque deliberava ir sobrellos, quebradas las puentes de Salvatierra, con cuatro piezas de artillería en los confines de tierra de Gascueña se metieron; algo asi mas seguros, á los nuestros mas osados ficieron, dejándolos, por los espaciosos campos, robar á su voluntad, contentos si en los lugares fuertes se podiesen defender: tanto era terrible y espantoso, en sus oidos, el nombre de los españoles.

En estos dias vino al real Diego Lopez Dayala con dos fijos, hombre de gran esfüerzo y de sano y gran consejo, y por su edad esperimentado en las cosas de la guerra. Asimismo vino D. Fernando de Vega comendador mayor de Castilla, de tanta prudencia que casi congeturaba lo advenidero: no se lee del viejo Nestor ni del gran Palimeo (1), ni de aquel Dardano Capis, que tan sanos consejos

(1) Parece que debe decir *Palamedo*.



diesen á sus reyes, y tierras, como éste al rey de España. La fama de esta guerra trujo tambien á Ramir Nuñes de Guzman, corregidor de Jerez, fuerte defensor de Arzilla: con la venida destos caballeros la gente tomó mucho esfuerzo.

El Duque, como todavía tuviese puestos los ojos en Bayona, como aquel que deseaba gozar de su triunfo deliberando de illa á cercar; pues que impedimento no tenia mas de su fortaleza, que de cada dia tenia nuevas que mas se enfortalecía, embió á llamar á los ingleses; que, pues el camino estaba desembarazado, venidos ellos, se irian á Bayona. Bien pensaba el Duque que juntos estos dos ejércitos, siendo el campo de los ingleses ocho mil archeros é seiscientos alemanes piqueros y escopeteros, se irían fasta Burdeos sin resistencia ninguna; y por cierto el pensamiento del Duque hobiera efecto si los ingleses se acordáran de la gloria de su nombre. E porque padecian inopia de gente de caballo embióles dos capitanes, llamados D. Luis de la Cueba, é Lope Sanchez de Valenzuela, con cuatrocientos caballos lijeros, porque, si los franceses quisiesen, con su gente de caballo embarazalles el camino, no pudiesen. Esto podian los franceses hacer, porque dos leguas de Bayona habian de pasar. Estos capitanes, llegados á los ingleses, halláronlos tan discordes que por ningunas razones los pudieron mover de su alojamiento, ó real, por mu-

cha discordia: eran de diversos pareceres; unos que era muy tarde y el tiempo muy contrario con las muchas aguas; á los otros, el deseo de sus casas incitaba á que embarcasen, y que venida la primavera darían la vuelta; y todos, mostrando flaqueza en sus dichos y en sus fechos, deliberaron de embarcar; mas la verdad, que cosa no esconde, corrompidos de los tesoros galicos ficieron este viaje no acordándose, y poco se curando, de su antigüedad en las armas y de su potencia. Los capitanes, vueltos al Duque, denunciaron esto.

## Como el Duque embió por el artillería, que en Roncesvalles estaba, é de como el embajador vino con algunos tractos; y de otras cosas que entre los franceses pasaron.

Sabido el Duque el intento de los ingleses, á defender á Sant Juan del pie del Puerto se dispuso; y para esto era enfortalecelle menester de reparos y otras defensas; é primero, que en la obra se pusiese mano, embió por el artillería que en Roncesvalles habia quedado en guarda de tres mil infantes.

En esto, creciendo de cada día las aguas, asi ficieron los caminos difíciles, de la parte de Navarra, que el camino de todo punto era empachado y, faltando el bastimento, era forzado á la gente

menuda sostenerse con manzanas, y nueces y otras yerbas. Por la novedad de los manjares la gente empezó á dolecér, y los que sanos estaban, con la poca fuerza del mantenimiento y con la mengua de las cosas necesarias, y las continuas aguas, así ficieron sus miembros débiles que, no pudiendo las armas sostener, en sus ramadas ó chozas se estaban, y aquello que por mas seguro tomaban les era causa de mayor trabajo; porque la humidad de la tierra, entrada en los cuerpos desnudos, fácilmente los penetraba. Suplicaban al Duque que á los franceses los levasen, porque mas honesta la muerte con ellos les parecía que con la hambre; mas el Duque, á quien nunca faltó consejo en las mayores priesas, embió á mandar que el bastimento, que en Fuenterrabía estaba, fuese parte dello traído; mas á esto los franceses proveyeron; porque, saliendo de súbito á horas indispuestas, salteaban la recua, de manera que los bastimentos todavía faltaban. El Duque mandó ir ciertos infantes para refrenar estos ladronicios, y, desta manera, pudo venir bastimento al real.

Otro nuevo cuidado al Duque vino, que el artilleria, que en Roncesvalles habia quedado, no podia las altas montañas sobir; porque los azadoneros, que allanar los caminos habian venidos, abiertos nuevos caminos por las sierras inusitadas, y de humana labor vacíos, con el movimiento de la tier-

ra gruesa, y sobrevenidas las aguas, gran embargo de lodos habia fecho despues una gran aspereza ó altura de las altas sierras, casi enhiesto (1) caminaban, y, ni añadidas azèmilas á cada tiro, podian tirar, poniendo sus fuerzas en los derrodeaderos deleznables, mas aina para tras, que para adelante, seguian los hombres que al servicio del artillería eran deputados, usando y ejerciendo el mismo oficio de las bestias con grandes maromas delante los yugos, tirando á las azemilas cansadas, en valde ayudaban: otros, puestos detras, ayudando con palancas á los carros, reprimian la tornada: con estas ayudas un estadío, ó dos, en todo el dia caminaban.

A la fin el capitan Diego de Vera, hombre de gran solicitud, con la necesidad, nuevos remedios falló cuidando de sobir lo mas áspero de los Alpes (2). Visto que ni bestias ni hombres podian la pesadumbre de los tiros sobir, hizo atár á los grandes árboles, de que las sierras eran cubiertas, gruesas maromas, y aquellas, en los carros trabando, puestos hombres arriba que á manera de garrucha tiraban, otros detras ayudando, á la fin, con gran trabajo, la cima de las cumbres pudieron con toda el artillería ocupar. Y dando reposo á las bestias, que en el suelo casi muertas estaban, por diez dias

(1) *Enhiesto:* levantados en alto.
(2) Debé decir *Pirineos.*

allí se estobieron; é á las que ya libres de tanto trabajo en llano les parecia estar, les vinieron á decir que las montañas no menos la decendida que la subida les sería deficil; porque las alturas, para decendir á lo bajo, en gran ondura se despeñaban. Esto visto por el capitan, aprovechándose de la mesma astucia, fizo atar á los fuertes robles grandes maromas revueltas, en forma de culebra, á los troncos: los cabos dellas á los carros eran amarradas; y, poco á poco, desembolviendo las maromas, é otros hombres detras reprimiendo el ímpetu de los carros con grandes maderos, y echando en el suelo ramas, sobre que los carros pasasen, el artillería salva en lo llano pervino.

Los franceses, como se viesen tan apretados de los españoles, que ni solo de los lugares osaban salir, y toviesen pensamiento que, cesando las aguas, el Duque vernía sobrellos, al rey de Francia pedian y suplicaban que ó los dejase ir ó les embiase gente para se poner en el campo; pues sabían que los ingleses no tenian voluntad de seguir la guerra. El rey de Francia, con estos requerimientos, é viendo perdida Navarra, acordó de sacar la gente de las guarniciones que en Italia tenia y embialla acá; pues en Italia eran inútiles: asimismo al sueldo trujo doscientos albaneses con caballos ligeros para guarda de su gente de armas, y él se fué en persona á las fronteras de Saboya, Tudicia

y Alemania á conducir gente á sueldo; y pudo juntar en breves dias, destas naciones, que de su natural son feroces y deseosos de guerra, fasta ocho mil alemanes y tudescos y saboyanos; y mientra en esto se detenía, acordó de embiar su embajador al Duque para que, entendiendo en algunos tratos, le detoviese á no venir á las manos con los que en Gascueña tenia, fasta que los soldados dichos se juntasen con estotras gentes; el cual vino diversas veces á Sant Juan del pie del Puerto. Asimesmo embió á la reina Doña Catalina, á Mosior Dangulema dalfin de Francia, é á Mosior de Labrit, para que la levasen en Francia con la reina su muger: ella, vista la voluntad del rey de Francia, respondió, que pensó que eran venidos para pasar con ella adelante, y no para la volver atrás; mas pues que aquella era su voluntad, y aun porque de cada dia los españoles le perdian mas la vergüenza, levándole presos sus vasallos delante, que se ficiese como él mandaba: ellos consolándola cuanto el rey de Francia juntaba grandes poderes, con los cuales en breve tiempo, ellos volviendo, sería restituida en todo, la levaron á Mont de Marzal (1).

Y que esto sea verdad en su tiempo se dirá, que nunca el rey de Francia pensó que, con tanta presteza, el Duque ficiera aquella guerra; pues como el

---

(1) Mont de Marsan.

Duque veía venir su embajador tan á menudo, bien pensó que alguna verdad contenian sus palabras, á las cuales, dada alguna fe, embió á mandar á Rui Diaz de Rojas é á Lope Sanchez, y á los capitanes de los infantes, que en Monjélos estaban, que dejasen de facer cabalgadas, y que si los del rey D. Juan entrasen á correr, que, quitadas las cabalgadas, libres los dejasen ir, porque queria que su verdad fuese guardada; la cual era que, mientras los tratos andaban, no se hiciese guerra entre los franceses y los españoles; mas que el rey Don Juan fuese fuera deste concierto con los albaneses que tenia y con sus gentes; é aunque estos capitanes, obedeciendo el mandamiento del Duque, algunas veces usasen de mucha cortesía con el rey D. Juan y con su gente, él no lo facía así; antes, poco se curando desta gentileza, á menudo entraba, donde mas salteadores que guerreros se pueden llamar.

## Como el Duque mandó enfortalecér á San Juan del pie del Puerto, é de como los infantes se amotinaron.

El Duque, como determinado estuviese de enfortalecer á Sant Juan del pie del Puerto; pues que los ingleses no tenian voluntad de hacer mas guerra; mientra se trataban estas cosas, fizo poner mano

en la obra; porque la gente guerrera, con la ociosidad, sembravan diversas nuevas: unos que el Duque, contento con lo fecho hasta allí, se queria volver á España, pues Navarra era ganada; é, los ingleses idos, ya no habia mas guerra: otros que el Duque, para defender lo ganado, allí quería invernar. E para reprimir estos escándalos, con el trabajo cotidiano, los reparos se empezaron.

Sant Juan del pie del Puerto está fundado dos millas de aquella parte de los montes Perineos en la sumidad de un alto cerro; de la una parte un rio, y de la otra la villa le guardan, en lugar abundoso de dulces aguas y de templados aires, fértil de panes, y viñas, y ganados y mucha fructa. Sola una entrada tiene por un lomo de una sierra, espacioso para en el asentar real. En esta entrada el Duque mandó hacer dos bestiónes, á manera de cubos, de muy fuertes maderos y de tierra, encadenados unos maderos con otros y de mucha rama. la cual bien pisada con la tierra facía la obra firme: tenian entre sí una pequeña puerta con una honda caba y bastecidos de troneras, que todo el real asentado en el cerro descubrian: del un bestión y un pedazo de muro, que contra Francia mira, tomó cargo el coronel Villalva, que, por haber defendido otros reparos y asi mismo fuertemente combatido, teniendo mucha esperiencia, su obra parecia indesoluble: del otro bestión tomó cargo Miguel Cabrero, que ya era coronel de la gente

de las Provincias: desde estos dos bestiónes, hasta el castillo, se hacía una cibdadela, guardada de dos gruesos muros de los mismos reparos, cuya largura sería estadío y medio, poco menos ancha que larga: del un lienzo tomó cargo Rengífo el coronel, que, desde el bestión que Miguel Cabrero tenia, hasta el castillo por la parte de España, se estendia, el cual con maravillosa presteza fué acabado, porque poniendo el cuello las manos á los suyos, mostraba estar todo el dia en la obra. La cibdadela fenecia al pie del cerro donde el castillo estaba, la cual la dividia del cerro una honda caba, y para subir al cerro por una sótil escalera de veinte escalones, asaz dificultosa, convenia sobir, en cuya defensa estaban otros reparos que tenian en sí el castillo, con tanta anchura que dentro cabian el artillería asentada para tirar en diversas partes, y muchas casas para los infantes, y una gran casa para bastimento. Destos reparos tomó cargo Diego de Vera con la gente del artillería; y como él tuviese mucha noticia de lo que á su oficio cumplia, así los acabó que ofender y no ser ofendido podia: estos reparos, y la gente, enfortalecian el castillo, de antigua labor, mas que de fuerte estaba edificado: todo el cerro, donde el castillo y reparos estaban, desde lo alto fasta lo bajo, estaba peinado y asi descubierto que ningúno, sin que visto fuese, podia sobir; y para hacer esto fueron talados

muchos manzanales, que es lo principal de la hacienda de los moradores.

Con estos trabajos, algo domada la gente, cesaban de molestar con su inquietud al Duque; mas poco duró, que viendo la obra ser larga, y del mucho cabar, en los fosados y palizadas, y como la paga se tardase mas de lo acostumbrado, los soldados, esto sufriendo de mala voluntad, algunos escandalosos empezaron secretamente á fablar entre sí para se amotinar, diciendo que, no como hombres, mas como bestias eran tractados y mantenidos, trayendo en sus espaldas tierra y madera: luego, poco á poco, se trató despues mas abiertamente fablando, tuvieron osadía de se amotinar; mil hombres serian aquellos, la locura de los cuales la rebelion contra el Duque investigaron; y venido el Duque de dar una vista á Monjélos, viernes en la noche veinte y cuatro dias de setiembre, asentándose á cenar, se oyeron primeramente sus voces diciendo *motin, motin:* primero fué en poco tenido; mas despues, que el tumulto fué creciendo, á toda la hueste hizo poner en armas. Acudiendo todos á la posada del Duque, no tanto su multitud cuanto su esfuerzo era de estimar; porque siendo todos de la legion vieja, y habiendo militado luengamente en Italia con el Gran Capitan, por la luenga usanza en las armas se habian fechos fortísimos.

El Duque, por la novedad del caso no vista en España, á querellos castigar se dispuso, é mandó armar á los infantes, que, del crímen reservados, se habian encendido en ira; porque á tal tiempo, estando los enemigos no del todo rematados, se habian levantado; mas el comendador mayor de Castilla, é Pedro Lopez de Padilla, y Diego Lopez Dayála, le suplicaron, que de la ira quisiese cesar, é que aquello, mas por maña, que por el rigor de la justicia, se babia de castigar, trayéndole á la memoria la clemencia de César, y de Antonio Pio, los cuales con el perdon conservaron grandes ejércitos en lejas tierras; y cuantas veces á Alejandre sus macedones desampararon, los cuales, si por saña fueran castigados, no conquistára la Asia; y que estos se debian traer con halagos y promesas; y despues de reconciliados, sabidos los atores de la rebelion, podrian ser castigados. Mas la ira del Duque, no siendo amansada, juró que todos serian ahorcados, porque fuese ejemplo á los venideros. Y como Diego de Vera le dijese que aquello no era nuevo, antes era costumbre de Italia, respondió el Duque, que él los castigaria á la costumbre de España.

El Coronel Villalva, visto el motin de su gente, á gran priesa, con dos hachas que el camino le mostrasen, se fue á ellos por los detener; mas ellos, sin ningun acatamiento le corrieron con las

picas y algunas escopetas que le tiraron; y apenas, podiendo escapar, dejó las hachas en sus manos, y le mataron un hombre. El Coronel, venido, notificó al Duque que ellos levaban la vía de Castilla é la voz del Rey. Con esto el Duque amansado, cesó de los ir á castigar; pues que estando los franceses tan cerca, é podiendo facer gran mudanza en las cosas, mas aina á la lealtad, que á la furia de su locura, habian mirado. Y, dada licencia á todos que á reposar se fuesen, á los capitanes mandó que á buen recaudo estuviesen. El coronel Villalva no dejó por eso de rogar á los capitanes, y alferez, que ya habian sido de los amotinados, que á ellos fuesen, á rogarles por su venida, y de su parte les prometiesen pagas y todo lo que ellos quisiesen, y para esto levavan seguro: los capitanes, idos, falláronlos atendalados en Roncesvalles: los del motin á los capitanes ficieron saber, que si su salud querian que allá no llegasen; y que solamente á Gudiel, el contador, darian audiencia: quedados los capitanes, solo Gudiel fué á la habla, luengamente les exortando que á la hueste volver quisiesen, trayéndoles á la memoria la lealtad de que siempre usaron y que solos los españoles, entre la gente de Europa, á sus reyes perpetua fidelidad habian guardado, prometiéndoles, si volviesen, paga é seguro. Ellos respondieron que al rey de España se iban, é que, si su vuelta el Duque queria, les *em-*

biase dos pagas y seguro general; y que quitase las varas de la justicia al alcalde Villafaña y á Ruberto el alguacil. Estas cosas, pareciéndole á Gudiel contrarias de toda razon, respondió que al Duque lo diría. Sabido el Duque el propósito de la gente, ser de hombres de poco seso, les embió á mandar que luego se fuesen, porque ningun partido con ellos haría, sino que á su merced se viniesen. Ellos, tomando el camino de Castilla, al Rey se fueron. El Rey, descontento de su venida, les imbió á Valdés, el capitan de su guarda, mandándoles que aquel aguardasen; á la entrada del Valderoncal con ellos se fué.

## De como los franceses ficieron la puente que fuyendo habian derribado; y de una habla que el Duque hizo á los infantes.

Asi como el Duque habia mandado á sus capitanes, que no hiciesen guerra á los franceses entanto que los tratos andaban, porque queria que su verdad fuese muy guardada, ellos asi lo ficieron; mas muy al contrario desto lo hacía el rey D. Juan y los albaneses que á sus gages eran venidos: estos, pareciéndoles que los españoles hacían la guerra remisa, no sabiendo la causa dello, lo imputaban á cobardía, creyendo que solamente entendian en fortalecer á Sant Juan del pie del Puerto; y con

estas cosas habian cobrado corazon (1), y arremetieron algunas veces á los nuestros. Y juntándose de cada dia mas gentes, asi de las de la tierra como de las que el rey de Francia embiaba secretamente al rey D. Juan, las cuales allegaba Mosior de la Paliza, levantados sus ánimos á mayores cosas con las nuevas del motin, siéndoles, por algunos transfugas, mas número que era la verdad recitados, ya no como salteadores, mas como hombres de guerra facian sus fechos; y siendo en número de seis mil gascones y bearneses puestos en órden, y cuatrocientas lanzas gruesas, así de cortesanos como de las guardas del rey de Francia, hicieron la puente de Salvatierra, ya por ellos quebrada, y con su artillería en la villa se enfortalecieron, esperando de cada dia mas compañías; y aquellos que tras los muros no osaban estar, abiertamente llegaban hasta cerca de San Juan por algunas traviesas silvestres. Y un domingo, sin que sentidos fuesen de los de Monjélos, entraron cuarenta albaneses, y cuatrocientos lacayos, y llegaron á una casa dos millas de San Juan; y hallados dentro cuatro infantes con una mujer, los degollaron, y, robada la casa, y puesto en ella fuego, ardió; y con la cabalgada de ganados, y otros robos,

(1) Corazon: valor, ánimo.

se fueron; mas tan presto no lo pudieron facer que sentidos no fueron de Rui Diaz y de Lope Sanchez; y tomado el paso en un valle, por donde su vuelta se esperaba, los esperó: los enemigos, siendo desto avisados, dejada la cabalgada, por amparo de sus vidas, á la sierra se subieron: los albaneses, sueltos los caballos, á pie aquello ficieron; y no se salváran, sino que un escudero de Lope Sanchez, engañado con ser no muy clara la mañana, les dijo que eran de los nuestros, y embiados otra vez á reconocer, la cabalgada sola hallaron. Estas y otras muchas entradas hicieron los enemigos, andando libremente por el campo.

Pareciéndole al Duque que con aquestas arremetidas, y con la falta que hacian los del motin, la infantería mostraba alguna flaqueza, y por esto mandó al coronel Villalva, que, juntados sus infantes los que le habian quedado, en un llano, allí le esperasen que los queria hablar; y, como todos fuesen juntos, el Duque les habló por tal manera.

## Oracion del Duque á los de la legion vieja.

«No era menester, compañeros y amigos, loar »vuestro buen propósito, y perseverancia, en no »seguir las pisadas de los del motin, que, mas aina, »cismáticos debian ser llamados por dejar nuestra

»hueste en tiempo que los enemigos no estan del
»todo rematados; pues soy cierto que antes mil ve-
»ces la muerte que la rebelion hiciérades; mas es
»bien que de mi, que soy vuestro Capitan general,
»seais loados en público, pues pública es vuestra
»virtud. No os quiero traer ejemplo cuantas hues-
»tes, puestas en el estremo de la necesidad, perse-
»veraron con sus capitanes y emperadores fasta la
»fin; porque vuestra constancia y gran sufrimien-
»to, pasando al de todos, vosotros sereis traidos en
»ejemplo á los que despues de nos vinieren; por
»que soy cierto que Dios ordenó que, aquellos
»idos, vosotros quedásedes limpios para haceros se-
»cutores de su justicia contra los cismáticos, cuya
»santa empresa tenemos: más quiero con pocos, y
»buenos, esperar los franceses, con ser cierto de la
»victoria, que ir en peligro á buscallos, los amo-
»tinados aqui estando; porque en la muchedumbre
»no está el poder, sino en los pocos valientes y
»prestos al mandamiento de su capitan. Leonidas
»espartano, con cuatro mil griegos, venció á Xer-
»se, poderoso rey de Asia, que traía nuevecientos
»mil combatientes, en el paso de Termophiles: Ge-
»deon, juez del pueblo de Israel, con trescientos
»y diez y ocho mancebos, venció á Ameléch, y
»Amadián, reyes de los amorreos; y otros muchos,
»que, son tantos los que siendo pocos y esforzados
»desbarataron á los muchos, que no los cúro de

»traer á consecuencia. En verdad, aquella audacia, »que los franceses han tomado en se allegar á no»sotros, ha de ser el lazo para en que caigan. No »es nuevo á las huestes padecer miserias, que Cam»bises rey de Persia, caminando por Africa, de so»lo calor y sed se perdió él y todos los suyos. Ju»lio César, teniendo cercada á Lérida, faltándoles »el bastimento, de raices de árboles se mantuvie»ron. Alejandre ¿cuántas veces tuvo su hueste casi »en el estremo de la perdicion por mengua de agua »y de mantenimientos? Malaventurados son aque»llos que miserias no saben sufrir; porque luego »tras ellas es muy mas dulce la hartura y reposo; »pues así como de la batalla, ó combate, vosotros »habes de ser los delanteros, así de la presa gana»da vosotros levaréis la mayor parte; y desto os ase»guro, y de sus riquezas vosotros ser los posesores; »y para mi no quiero que me deis sino la honra »de la vitoria; la cual espero en nuestro Señor que »nos dará. Esta vencida, vosotros, ricos y honra»dos, volveres á vuestras casas; y, demas desto, el »Rey os fará otras muchas mercedes, y en ellas yo »quiero ser el tercero, pues he visto vuestros tra»bajos y fatigas.»

Acabada el Duque, la habla, el coronel Villalva le respondió, en nombre de todos, que le besaban las manos por la honra que les daba de la delantera de la batalla; y que desde alli la acetaban, por-

que mas la estimaban que la desferra (1) de diez cibdades; y que, teniendo á él por capitan, ellos no tenian ningun temor; y que solamente lo que hacer debiesen les mandase, que fasta en cabo del mundo le seguirian. El Duque mandó luego que dos pagas les diesen, lo cual ellos tuvieron en gran merced. Tanto esfuerzo puso esta habla en la gente toda del real, que, como despertados de un profundo sueño, al Duque suplicaban, que para mostrar que tal gente governaba, á los enemigos los levase; y en todos una comun alegría se mostraba. Y como un soldado desvergonzado pidiese al Duque, estando á los reparos (2), prenda, por que su obra habia pisado, le dió una capa de seda que vestía, diciendo *si mejor fuera, de mejor gana te la diera;* y cubierto con otra capa prestada (3), á la villa se fué.

## La prisa que el Duque hizo dar en los reparos; y de un reencuentro, que Lope Sanchez de Valenzuéla, hubo con los albanéses.

El Duque, de cada dia tenia nuevas, que los

---

(1) *Desferra:* reconquista, libertad.

(2) *Reparos:* obras de fortificacion.

(3) *Puada.* Asi dice el texto, que parece abreviatura de *probada* ó *privada*, aunque con error de imprenta.

franceses se juntaban en Salvatierra; mas dando mas fe al embajador frances, que á los hombres del campo, entendia enfortalecer á San Juan, teniendo en pensamiento que, despues de enfortalecido y bastecido de gente, se volveria á Pamplona; y bien que él quisiera pasar á Bayona en tiempo que los franceses estaban muy bajos; mas como aquello fuese de los ingleses, y ellos no estuviesen bien en ello, el Duque, quito deste cuidado, en el enfortalecimiento de San Juan, como es dicho, entendia. El embajador decia, que aquellos que se juntaban no eran sino hombres de la tierra que el rey D. Juan sacaba por fuerza. El Duque, poco curándose de su verdad, teniendo gran recaudo en el campo y en la villa, no desistía de su propósito: y, porque vió en los reparos andaba mucha flojura, rogó á los caballeros que cada uno, con los de su casa, tomase en cargo un pedazo de los reparos que contra Francia miraba; lo cual ellos, con alegre voluntad acetaron, y con gran presteza acabaron: el lienzo se repartió por estancias desta manera: la primera estancia que cabe la obra, que Villalva hacía, se juntaba, tomó el Duque por mostrar que del trabajo con ellos queria ser partícipe, y el primero para dar ejemplo, y dió cargo del á Diego Vaca con los de su guardia, y otros caballeros que por servìlle le ayudaban; junto con él, fué encomendado otro pedazo á Pedro Lopez de

Padilla, con Juan de Padilla su hijo, y con Pedro Dacuña su yerno, y con Diego de Mérlo, que con tanta voluntad lo hacían, que tomando por honra el oficio del jornalero, cabando y trayendo tierra, en dia y medio su repáro fué acabado. Otro pedazo luego fué dado á Diego Lopez Dayála con sus hijos y sobrinos y criados. Luego, tras él, otro lienzo tomó D. García Manrique, hijo del conde de Osórno con muchos caballeros sus amigos, y sus criados. Luego tras él D. Diego de Toledo, hijo del duque Dalba, que despues fué prior de San Juan con muchos caballeros que en aquello le ayudaron. Otro pedazo tomaron los galanes cortesanos que en esta guerra habian venido. Era cosa de mirar la voluntad, y el amor, con que los caballeros esta obra hacian: era entre ellos una contienda, por mejor y mas presto acabar, aquello estimando de que otros se suelen vituperar; y si el peon veian cansado, ellos le tomaban el azadon de las manos y cababan; y, aquellas manos blandas, y delgadas, curadas para el servicio de las damas, fueron llenas de callos, y resquebrajadas de traer espuertas de tierra, aquello llevando por gloria para delante sus amigas.

El Duque, asimismo, en su cuartel, no perdonándose á ningun trabajo, daba á todos muestra de bienhacer, considerando cuantas veces fué el César visto cabar, y hacer palizadas, entre sus guerreros. Acabado el reparo quedaba la cibdadela muy

fuerte. Los coroneles dichos, y Diego de Vera, viendo que los caballeros con tanta gana, y diligencia, habian en tan poco tiempo acabado sus reparos, incitaron á los soldados, que los bestiónes hacían y los reparos altos del castillo, que no se mostrasen mas flacos en las fuerzas que los muy ejercitados en delicadezas: aprovechó tanto, que en un estado creció su obra en aquel dia. Proveyó tambien el Duque, porque los reparos que Diego de Vera tomó á su cargo eran grandes, y no les podia dar tanta prisa que mas no fuese menester, que los capitanes de gentes darmas tomasen un lienzo con los de su capitanía: ellos, visto lo que los señores y caballeros habían hecho antes, lo tuvieron por honra, y tanta prisa le dieron que muy presto lo acabaron.

En este tiempo los franceses, que en Salvatiera estaban, como de cada dia creciese su gente, así ellos se mejoraban tanto, que muchos dellos en Mauleón eran venidos y muchos en Arzabat y Hustabat, lugares á dos millas de Monjélos; y estando tan cerca, poco reposo á los españoles dejaban tomar. Y un dia se juntaron cincuenta hombres de armas y cien albaneses y estradiótes (1) navarros, y seiscientos lacayos ballesteros y lanceros; y puestos todos en una celada, á la mano derecha de Monjé-

(1) *Estradiótes*: caballería ligera.

los, echaron por corredores treinta albaneses que vinieron hasta cerca de Monjélos.

Esto sabido por Lope Sanches de Valenzuela, cabalgó al rebato con hasta cuarenta ginetes y envolvióse con los albaneses, y con tanto corazon, y tanta prisa, que, vueltas las espaldas, los levaron por un estadío. En este encuentro Lope Sanches derribó dos albaneses del encuentro de la lanza: el uno dellos con la vida pagó. Como los de la celada vieron sus corredores tan mal tratar, y tan cerca, no curaron desperar á atajallos, antes luego, derrancadamente, vinieron contra él: Lope Sanchez recogió los suyos, en parte algo á su ventaja; mas como los albaneses saliesen de refresco, y fuesen muchos, entrávanse en ellos; y tres albaneses encontraron á Lope Sanchez que le derribaron á él y al caballo; el uno de los cuales en el rostro le encontró, de do sacó una herida; mas fué socorrido de sus hijos, que á mucho por librar á su padre se pusieron; tanto que él cabalgó, y, tomada una lanza y un escudo, defendió asi y á los suyos. haciendo rostro en los enemigos, que, como perros, por le prender ó matar, se metian en ellos; y todavía recibiera daño si, al tiempo que el rebato llegó á Lope Sanchez, no llegára Rui Diaz de Rojas, el cual cabalgó luego, y llegó á tiempo que Lope Sanchez estaba en este aprieto, al cual recojió que algo desbaratado venía; mas no tanto que

muchas entradas en sus enemigos no hiciese á daño dellos.

Los albaneses visto el socorro, asi el de Rui Diaz como de los infantes, que en Monjélos estaban, y aun porque les dijeron que el Duque venia, se retiraron. De los nuestros hubo muerto uno y tres caballos, y hartos heridos: de los enemigos murió aquel que Lope Sanches encontró, y otros tres ó cuatro heridos en todos hubo.

El Duque vino otro dia á Monjélos y reprehendió á Lope Sanchez de lo hecho, porque asi aventuraba su persona y las de los suyos, mandándole á él, y á los otros, que, mientra hacerlo pudiesen, no rompiesen con los enemigos, salvo que tuviesen sus avisos de lo que los franceses hacían y se lo ficiesen luego saber; y dió la vuelta á San Juan siendo muy de noche.

Habia entre los navarros un caballero, llamado el señor de Lusa, á quien el Duque, llamando, y no queriendo venir, le habia confiscado sus bienes: éste, como lastimado de la pérdida, buscaba como cobrar lo suyo; y juntos algunos parientes, y amigos, á menudo entraban, y hacían cabalgadas con gran peligro; y acaesció, guiándole los mismos de la tierra, que en nuestro ejército estaban, vino una noche, junto con San Juan (1), á una casa donde

(1) *Junto con San Juan;* inmediato al pueblo de San Juan.

posaban cuatro hombres darmas de la compañía de D. Diego de Rojas; y, teniendo ellos su puerta cerrada para se acostar, llegó el señor de Lusa, y cercó la casa, y echó un navarro que pidiese lumbre, para que, en abriendo la puerta, entrasen: hubo efeto el engaño; y como pidiese que le encendiesen una vela, y le abriesen, entraron de presto y prendiéronlos; y el uno llamado Figueroa, que pudo descabullirse, subió á una cámara á armarse, el cual fué de una saeta pasado, y muerto cayó abajo: los otros fueron levados con sus caballos, y cubiertas y arneses.

El Duque mandó recojer la gente darmas que en los casares estaban aposentados. Ya enfortalecido San Juan, se entendia en traer bastimentos para proveelle de lo que estaba en Fonterrabía; mas los franceses, que estaban en Bayona, lo salteaban de tal manera, que un dia se levaron ochenta acémilas cargadas de harina. El Duque, para remediar esto, imbió á Diego Lopez de Ayála á Fuenterrabía, y aun porque había nuevas que hácia aquella parte se juntaban franceses; y tal recaudo se dió, Diego Lopez de Ayála, que el pan remedió lúego; y lo otro, cuando sea tiempo, se escrebirá.

## De un recuentro que Rui Diaz de Rojas hubo con los franceses; y de la gran virtud que el Duque hizo con ellos.

Los franceses, enorgullecidos con las demasías con que los mas dias salian, á menudo venian sobre Monjélos, diciendo muchas palabras soberviosas, y que el Dalfin de Francia venia con ocho mil alemanes y tanta gente otra que hincherian aquellos campos, y que español ninguno no habia de volver á su tierra. Y un dia juntáronse cien hombres darmas y doscientos caballos ligeros de albaneses y otra gente; y ochocientos peones, y, pasados de un monasterio de monjas que se llama Uciate, que es una legua de Monjélos, pusieron dos celadas en la tierra, que es aparejada para ello, la una de infantès y con ellos los caballos ligeros, y la otra de hombres darmas, y echaron veinte albaneses que corriesen á Monjélos: las atalayas vinieron con el aviso á Rui Diaz de Rojas, diciéndole como albaneses corrian por allí, mas que creian que tenian celadas, porque sabian que era venida mucha gente de Mauleon.

Rui Diaz hizo luego saber esto al Duque y él cabalgó con hasta cien lanzas, y corrió á los corredores fasta sus celadas, las cuales luego se mostraron; porque, segun despues se supo, su ardid era

envolverse con Rui Diaz, y, junto con él, entrar en Monjélos. Mas Rui Diaz, puesto en un paso, peleó valientemente con ellos, embiando á decir, á los infantes de Monjélos, que se mostrasen fuera de Monjélos para facelles espaldas; mas que todavia tuviesen ojo á la villa, no la perdiesen por algun engaño. El Duque, como vió el mensagero de Rui Diaz, dióle crédito; porque el Duque estimaba á Rui Diaz por un sábio hombre y de gran esfuerzo; y luego mandó cabalgar toda la gente, y ordenóla, porque no le tomasen desapercebido; y embió á Manuel de Benavides con ciento y cincuenta ginetes, que, á la mayor prisa que pudiese, socorriese á Rui Diaz. Manuel de Benavides, como en las cosas de esfuerzo no hubiese menester espuelas, dióse tanta prisa que llegó á buen tiempo; y tras él embió á Francisco de Cárdenas con cien hombres de armas para facelles espaldas. ; todo esto fué bien menester.

Mientra esto pasaba, Rui Diaz peleaba lo mas crudamente que podia, retrayéndose fácia sus infantes; mas como Lope Sanchez de Valenzuela supo que Rui Diaz peleaba, socorrióle luego, por pagalle la deuda, á tiempo que á Rui Diaz tenian tres albaneses en medio, trabajando por prendelle, que, como él anduviese señalado entre los suyos y de muchos de los albaneses fuese conoscido, toda su fuerza era por prendelle; y tanto trabajaron que

el uno dellos le tenia tomada la espada con la mano, que nunca se la pudo sacar, y otro le daba con una cimitarra muy pesados golpes sobre un capacete, que mucho aquel dia le valió: los albaneses trabajaban por rendille y él por se defender: los suyos cada uno tenia que mirar por sí. Pues como en este tiempo ya fuese llegado Lope Sanchez, un escudero suyo, que conoció á Rui Diaz, dió un encuentro al albanés, que la mano le tenia, por la boca que la lanza le pareció de la otra parte, y tan recio llegó que á todos los atropelló. Como éste fué muerto, y Rui Diaz se vió libre, empezó á pelear, mas todavía perdiendo tierra porque los franceses cargaban mucho; é ya les tomaban las espaldas cuando Manuel de Benavides llegó, y luego tras él Francisco de Cárdenas, con cuya venida los franceses se empezaron á retraer; y los nuestros los siguieron hasta los poner entre sus peones, los cuales despararon sus ballestas; y como se mostraron los que en Monjélos estaban, creyendo los franceses que el Duque venía, volvieron á huir, en cuyo seguimiento los nuestros fueron. Los peones, acogidos á la sierra, por alli se salvaron: los hombres darmas, como mas pesados, fueron atajados en un paso; y como alli se defendiesen ellos y los albaneses, y, muchos de caballo de los nuestros, fuesen en seguimiento, no osaban hacer mas de tenellos asi atajados; lo cual hicieron luego saber al

Duque para que les embiase cien hombres darmas para prender todos aquellos.

El Duque no solo no les embió socorro, mas embióles á mandar que libres los dejasen ir: los capitanes, viendo el mandamiento del Duque, los dejaron, maravillándose cual fuese en esto la intencion del Duque, por que vencidos los enemigos los dejaba ir á tiempo que, salvadas las vidas, fueran contentos de ser prisioneros; mas, como es dicho, el Duque era, mas que otro capitan, verdadero y tenia asentado que, mientras en los tratos se entendia, no haría mas guerra de defender á los del rey D. Juan sus entradas; y, movido por esta razon, los dejó ir libres. Sin duda fué gran fuerza de virtud, queriendo estimar su palabra por una gran prenda, porque, con la verdad, aun los enemigos se conservan, cuanto mas los amigos; y los capitanes, que su fe no guardan, en ninguna manera pueden bien conservar lo que ganan, porque sus enemigos no se osan dellos fiar. Queriendo guardar esta verdad Marco Curio Regulo (1), le hizo volver al senado de Cartágo, donde luego murió muerte crudelísima: quiso antes, aquel notable

(1) M. Atilio Regulo, general romano, que, hecho prisionero por los cartagineses, le enviaron, bajo su palabra de volver, á tratar de la paz con los romanos; y, despues de haber aconsejado á sus compatriotas, que no desistiesen de la guerra, volvió á Cartágo, se puso en manos de sus enemigos y le dieron una muerte cruel.

romano, morir, que vevir con nombre de quebrantador de la fé. Jebté, caudillo del pueblo judaico, prometiendo que si Dios le daba vitoria contra los palestinos, que, vuelto á su casa, le sacrificaría la primera cosa que viese entrando en ella; el cual, como volviese vencedor y le saliese su hija á recebir, antepuesta la fe al amor, la sacrificó. El infante D. Fernando, que ganó Antequéra, como les diese por partido que dejasen la villa y que se fuesen con lo que tenian, saliendo por una puerta una mora con tres criaturas, un escudero le tomó la una y se escondió entre las batallas; y como la mora se quejase al infante, él mismo andubo por las batallas hasta que le restituyó su hijo; lo cual visto, la madre del niño, vuelta contra el infante le dijo: *pluguiera á Dios que nunca nacieras y que tu madre te matára en el parto;* y como les pareciese á todos respuesta ingrata y fuese preguntada por qué lo decia, dijo: *porque no llegarás á ninguna puerta de moro que no se te dé con la verdad que guardas.*

Bien sea verdad que esto debiera el Duque guardar, como lo hacía, en no dejar entrar su gente á hacer la guerra en tierra de Francia; mas siendo acometido dellos, ya que vencidos los tenia, una vez tomallos á presion y, tomados, libremente los dejar ir, cierto fuera gran menosprecio de los enemigos; mas los pareceres de los capitanes son muy

diversos de los otros, por dó consta que él supo lo que hizo.

Veinte muertos y cincuenta heridos, fué el número de los enemigos, y seis presos; los cuales el Duque mandó luego soltar, despues que dellos fué informado del estado de los franceses; los cuales dijeron que cada dia esperaban al Dalfin con mas de sesenta mil hombres. De los nuestros dos muertos y seis heridos hubo con muchos caballos.

Despues desto nunca los enemigos se pusieron en parte donde daño pudiesen recibir; mas llegados á Monjélos, en un bosque, tres leguas de Sant Juan del pie del Puerto, asentaron real; y allí cada dia, esperaban al Dalfin con los alemanes. El Duque, asi mesmo, tuviendo á Sant Juan del pie del Puerto enfortalecido y bastecido, ordenaba de desamparar á Monjélos; porque, teniendo determinado de se ir á Pamplona, no era ya menester aquella villa, porque con poca gente no podia muchos lugares defender; y el Duque lo hiciera luego, mas con la venida desta gente, puesta ya en real tan cerca del, no quiso; lo uno por no poner miedo en la gente que en San Juan estaba para quedar; los cuales dijeran que mal los socorrería cuando estando allí se iba: lo otro porque diera grande osadía á los franceses y crédito que iba fuyendo. Y por esto, caso que fuese llamado del rey de España que á Pamplona se viniese, contra

el parecer de muchos quiso esperar el fin de los franceses para qué se juntaban; y mandó á los capitanes, que en Monjélos estaban, que, si acometidos fuesen de improviso, de gruesa gente, que se viniesen por la sierra, que lo podian hacer, y quemasen primero á Monjélos; y asi el Duque propuso de esperar. Agora á los franceses volvamos.

## Del ardid de los franceses para venir sobre el Duque y sobre Pamplona; y de la muerte de Valdés capitan de la guarda del Rey; y como Fonseca, el contador mayor, vino á Pamplona; y de otras cosas que sucedieron en estos dias.

El rey de Francia, como dicho es, fué á hacer juntar la gente en Alemania, y Tudecia y Saboya. Esto le fué fácil de hacer con los largos partidos y muchas promesas; y pudo sacar al sueldo ocho mil alemanes; y, llamado á Mosior Dangulema Dalfin de Francia, le embió con ellos, y con dos mil de caballo, para que se juntasen con el ejército que el rey D. Juan, y Mosior de la Paliza, tenian; y encargóle que hiciese la guerra así fuertemente, que no se detuviese hasta desbaratár al Duque y restituir al rey D. Juan en su reino; y, esto hecho, se entrase en Aragon y estragáse la tierra hasta Zaragoza.

El ardid del rey de Francia, que él mandó al Dalfin que hiciese, era tal que á veinte y dos de octubre habia de venir el Dalfin sobre Sant Juan del pie del Puerto, y el rey D. Juan habia de entrar por el Valderroncal á tomar á Pamplona, y Mosior de Borbon, y Mosior Dilautré (1), habian de ir á la frontera de Fuenterrabía, y á San Sebastian, á detener que las provincias de Vizcaya, Guipuzcoa y Alava, no viniesen en ayuda del Duque; y tenia concertado que el Duque D. Fernando (2), que en la Córte del rey de España estaba, huyese aquel mismo dia; de manera que con estos poderes, todos acometiendo en un dia, no solo al Du-

(1) Lautréc.

(2) El duque de Calabria, príncipe de Taránto, hijo del rey Don Fadrique de Nápoles, á quien Fernando el Católico, y Luis 12 de Francia, habian despojado del reino partiéndoselo entre ambos monarcas. El frances se habia apoderado tambien de la persona de D. Fadrique, y el español de la de su hijo el duque de Calabria; pero el padre habia muerto ya en 1504, y el hijo continuaba en la córte del rey Católico su tio, entre tanto que éste, y Luis 12, se disputaban sangrientamente el dominio absoluto de Nápoles, de que al fin se apoderó el primero; y en estas circunstancias el frances, en la necesidad de llamar la atencion de su adversario, discurrió el medio de fomentar una rebelion en Nápoles, prometiendo al duque de Calabria, por conducto del de Ferrára, la restitucion de la corona de su padre; pero esto no produjo otra cosa que la total perdicion del duque de Calabria el cual fué encerrado en el castillo de Játiva, como mas adelante escribe Correa.

que, mas al rey de España pornía en tanta necesidad y fatiga, que, no sabiéndose dar recaudo, les convernía hacer lo que el rey de Francia quisiere.

Mas Dios, que no menosprecia los corazones humildes y aborrece á la sobervia, como se mostró en aquel palestino cuando del guardacabras Isai fué muerto, puso mucho al revés el pensamiento del rey de Francia, como agora oires. El Dalfin, á grandes jornadas, vino á se juntar con el ejército del rey D. Juan y de Mosior de la Paliza, que ya le tenia grande; y el Dalfin sacó de Bayona toda la gente de guerra, dejando en ella poca para la guardar; y por Gascueña vino recojiendo toda cuanta pudo; y con ocho piezas de artillería buenas, se vino al real ya dicho. Y asi, juntas estas dos huestes, tomaron mayor corazon; porque el Dalfin, como fuese mozo, dábales mucha esperanza en lo venidéro.

El rey D. Juan, visto el órden que el rey de Francia embiaba que se tuviese en lo de la guerra, parecióle muy bien, y mejor cuando supo el concierto del Duque D. Fernando. Entónces él contó al Dalfin, como tenia concertado que Olite, y Tafalla y Tudela, y la villa de Estella, se habian de levantar, cuando él entrase por el Valderroncal, con otras muchas fortalezas: desto plugó mucho al Dalfin, pareciéndole que mas aina, y mejor, se acabarian las cosas.

Luego proveyeron que el embajador, que en el real del Duque estaba, se viniese sin dar ningun concierto, sino que dejada Navarra, y el artillería, que estaba en San Juan, se fuesen. Y defendieron (1) á Fernan Alvarez de Toledo, mayordomo mayor del Duque, un caballero de gran seso que entendia de parte del Duque en los negocios, no viniese mas á su real.

El Duque cómo fué avisado de la venida del Dalfin, y se viese con poca gente, que de miedo muchos de noche se iban, no dejó de proveer con gran reposo lo que convenía, mandando luego que toda la gente que estaba aposentada, fuera de San Juan, se retrujesen á la villa, y puso las guardas dobladas, y de noche escuchas y centinelas, mandando á todos que á gran recaudo estuviesen. Y así el Duque determinó esperar el fin desta guerra.

El Dalfin, antes que devidiese el ejército, hizo reseña ó alarde general, en el cual halló cuatro mil de caballo y veinte mil infantes en orden, y mas de otros veinte mil hombres de guerra con ballestas y lanzas: esta gente fué repartida de esta manera: al rey D. Juan fueron dados dos mil alemanes y cuatro mil gascones y mil de caballo, y con él Mosior de la Paliza; y que con esta gente entrase por el Valderoncal y se fuese derecho á Pamplona que estaba

(1) Prohibieron.

sola. A Mosior de Borbón y á Mosior Delautré, fueron dados cuatrocientos de caballo y diez mil hombres de gascones y bearneses, mandándoles que se fuesen á la frontera de San Sebastian y quemasen y destruyesen toda la tierra; porque, detenidos los vizcainos y guipuscanos, en remediar sus males, no curasen de venir al Duque. Y el Dalfin se quedó con seis mil alemanes y toda la otra gente dicha, y el artillería, para ir á dar sobre el Duque; y que esta era la señal para que el Duque D. Fernando huyese.

Pues así, como fué acordado, el rey D. Juan se fué al Valderroncal, y en un lugar llamado...... (1) halló fuerte defensa; porque estaba en él Valdés, el capitan de la guardia del Rey (2) con los infan-

(1) Con este vacío se encuentra la historia de Correa; pero yo creo que se refiere al pueblo de Burgui en Roncal; á pesar de que los anales de Navarra señalan á Burguete. Zurita dice, que, muerto el capitan Valdés con dos saetas y rendida la guarnicion de Burgui, á condicion de dejar las armas, *tomaron el cuerpo de Valdés, y fuerónse á Salvatierra que está muy cerca en las montañas de Aragon:* esto no coincide, al parecer, con Burguete cuya distancia á Salvatierra es de diez leguas, y la de Burgui no pasa de dos; ademas, toda la relacion de Zurita está acorde con esto, y la del analista de Navarra incurre en la inconsecuencia de decir que el rey D. Juan debió ocupar los desfiladeros de Roncesvalles, siendo así que asegura que tomó al Burguete, cuyo pueblo se halla precisamente en los mismos desfiladeros.

(2) Fernando el Católico.

tes amotinados; y luego el rey (1) los combatió. En el combate se hobieron tan bien que el rey D. Juan se retiró con pérdida de muchos, y otros muchos heridos; y otro dia tornólos á combatir, y dió el combate por tres partes, donde Valdés, peleando por su honra, y por mostrar á sus infantes lo que habian de hacer, fué traspasado de dos saetas y muerto (2). A la hora los infantes perdieron el esfuerzo y la villa se entró con muerte de muchos de ellos; y los que á la fortaleza se retrujeron sacaron partido de la vida y libertad; é así se rendieron, donde fueron despojados.

Esto hizo luego saber el Rey al Dalfin, el cual estaba muy triste como del primer combate no los habia entrado; y embió á decir al Rey que siguiese su viaje á Pamplona, que luego él venía sobre el Duque para detenelle que en socorro de Pamplona no fuese. El rey D. Juan asi lo hizo, que siguiendo su camino no paró fasta tres leguas de Pamplona, donde no mostró astucia de capitan, que, sinó parára,

---

(1) Juan de Labrit.

(2) Dávalos ó Avalos de la Piscina, que escribia una historia de Navarra en el año 1534, dice tambien que Valdés fué muerto. Zurita asegura lo mismo, como queda espresado en otra nota, y Mariana lo ratifica. Sin embargo los anales de Navarra dicen, que el general frances la Paliza salvó la vida al capitan Valdés en la toma de Burguete.

él pudiera entrar dentro en Pamplona y aun sin peligro, mas deteniéndose dos dias, perdió tanto tiempo que bastó á hacelle perder de todo punto á Navarra.

Olite, Tafalla y Estella, como lo tenian concertado, sabida la entrada del rey D. Juan se revelaron tomando la voz del rey D. Juan, y contra ellas imbió el Rey á Fonseca, el contador mayor, con mucha gente, y él, como volando, vino contra ellas caminando de noche y púdolas ocupar sin peligro, y, dejada en ellas guarda, se lanzó en Pamplona que estaba muy temerosa de la venida del rey Don Juan; mas, con la venida del Contador mayor, todos se esforzaron. Estella, como tenia concertado, se levantó y echaron fuera á D. Juan de Lacarra y á la guarnicion que allí estaba.

Como esto supo D. Francés de Beaumont, hermano del condestable de Navarra (1), recojió los que pudo, y, de súbito, dió en una puerta de la villa por do fué guiado; y tan buen recaudo se dió, con algunos cibdadanos, que de dentro le ayudaron, que entró la villa por fuerza y fué metida á sáco; y los actores de la rebelion se retrujéron á la fortaleza. Contra ellos, D. Francés, puso guarnicion de gente escojida con fuertes estancias, y así conservó aquella villa, ques la mas fuerte del reino de

(1) Alesón dice que era primo del Condestable.

Navarra, para el rey de España; de que el Rey fué muy servido.

E Mosior de Borbon y Mosior de Lautré, el dia mismo llegaron á la provincia de San Sebastian (1), y quemaron, y destruyeron, tres lugares con fuego y sangre; y tan presto, y con tan gran corazon (2); lo hicieron, que antes que los vizcainos se pudiesen socorrer tenian hecho el mayor daño. Diego Lopez de Ayála, recogidas de mucha prisa la mas gente que pudo, vino contra ellos; mas los franceses no quisieron venir á las manos con él, salvo, recojidos en Francia, en la frontera se estuvieron esperando lo que el rey D. Juan haría.

Pues el Duque D. Fernando (3), como tuviese concertado de huir para aquel dia, teniendo ya cuatro caballos aparejados en tierra de Navarra para él y para otros tres, dos dias antes que huyése, Dios, en cuya mano estan los corazones de los reyes, lo reveló á un abad, por confesion de los mismos que esperaban al Duque para huir con él, que era el uno Felipo Copula (4), y otros dos napolitanos, creyéndo ellos que el abad les ternia secreto; porque el abad, vistos los concilios y espesas hablas destos, tuvo manera cómo un dia oyó que del rey

(1) Guipuzcoa.
(2) Coráje.
(3) El Duque de Calabria: véase la nota de la pag. 132.
(4) Cópolo.

de España hablaban; y para mas se certificar juntóse con ellos y juntamente dijo mal del Rey: ellos, con aquello descuidados, descubrieron al abad el concierto y mostráronle las cartas del rey de Francia y del Dalfin y del rey D. Juan para el duque D. Fernando, en las cuales le amonestaban que, para el dia ya dicho, huyese y que se fuese á Francia; y que allí tomase la voz de rey de Nápoles, y el rey de Francia le ayudaría á ganar el reino.

Como el abad ésto vído, finjiendo gran placer, les rogó que las cartas le dejásen aquella noche para las trasladar: ellos de buena voluntad lo hicieron; el abad á la segunda vela de la noche partió con las cartas y llegó á Logroño, donde, entrado en palacio á gran priesa, fué al Rey y le noteficó el trato. El Rey, fechas muchas mercedes al abad, otro dia fué preso el Duque y los que en el concierto eran; los cuales fueron cuarteados y primero arrastrados, como á públicos traidores: el Duque D. Fernando fué á mucho recaudo llevado á Xátiva, donde está preso. Este fin tuvo fasta aquí el ardid del rey de Francia con los caballeros ya dichos; al del Dalfin volvamos la pluma.

## De como el Duque mandó pegar fuego á Monjélos; y lo que sobre ello se hizo y de la venida del Dalfin sobre San Juan del pie del Puerto.

El Dalfin tenía sus reales tres leguas de Sant Juan del pie del Puerto, con la gente que para él habia dejado, que era la mejor de todo el ejército; y estúvose quedo hasta ver en lo que paraban los capitanes y el rey D. Juan, y la venida del duque D. Fernando á su real, que allí habia de venir á parar. Y, mientra ellos fueron, el Dalfin, queriéndose comunicar con el Duque (1), le embió á pedir vino de San Martin, porque lo que él bebía era muy malo. El Duque le embió tres acémilas cargadas de vino de Sevilla y de otros lugares, de que su botillería estaba muy abastada. El Dalfin lo recibió y dió al acemilero un sayo de seda y diez coronas; é las mismas acémilas embió al Duque cargadas del vino que él bebia. El Duque, recebido el vino, una ropa de brocado dió al botiller del Dalfin que con él vino: el botiller, no descontento, al Dalfin se volvió. Estas cortesías pasaron entre el Dalfin y el Duque.

El Duque, como tuviese nuevas de la entrada del rey D. Juan por el Valderroncal, y la prisa que

(1) El Duque de Alba su enemigo.

andaba en las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, un dia antes que fuese la muerte del capitan Valdés, viendo el Duque en cuanto peligro tenia á los que en Monjélos estaban, sin aprovechar ya para nada, embióles á mandar, que, puesto fuego á Monjélos y salvando consigo á los vecinos del, se viniesen á San Juan con el mayor concierto y órden que pudiesen, faciéndoselo luego saber; y el martes veinte y uno de octubre, Rui Diaz de Rojas y Lope Sanchez de Valenzuela con los capitanes de infantes, en amaneciendo, pusieron fuego á Monjélos, y sacaron toda la hacienda, que ninguna cosa perdieron los vecinos; y, esto hecho, se pusieron en un cerro fuerte mientra Monjélos ardía. Lo cual hicieron luego saber al Duque: el Duque mandó armar toda la gente y salir al campo del Helechar que se llama, y embió luego á Rengífo el coronel con hasta ochocientos infantes para hacer rostro á los franceses, si por caso viniesen á dar en los de Monjélos. Rengífo, tomando en su poder una falda de una sierra, á su mano derecha, se fué á poner cerca de los nuestros, que en vista de Monjélos estaban.

El Dalfin, sabido luego de mañana el fuego puesto en Monjélos, creyendo que era causa para haber batalla, puso luego toda su gente en armas, y embió delante hasta trecientos caballos ligeros, y albaneses, que escaramuzasen con los nuestros y los

detuviesen, mientra él se acercaba; los cuales vinieron, y, como vieron el fuego puesto y á los nuestros en recaudo, mientra otro consejo tomaban, ellos tambien encendian lo que del fuego era reservado; y asi estaban los unos en vista de los otros.

En este tiempo el Duque, como fué avisado que la gente del Dalfin habia movido, y como aquellos caballos ligeros estaban en vista de los nuestros, temiendo lo que despues fué, embió á Don Pedro Manrique con cien hombres darmas para facelles espaldas, y con D. Pedro se fueron otros caballeros mancebos sueltos, con deseo de verse en algo; y luego ordenó sus batallas en esta forma. Puso en la delantera un escuadron de hombres darmas en que habia cuatrocientos hombres darmas, el cual encargó á Pero Lopez de Padilla; y en esta batalla iban todos los caballeros cortesanos, que eran mas de sesenta, los mas gentiles hombres, y mas bien aderezados, que nunca se vieron jamas en hueste ninguna: iban tan ricos que si sus sayos darmas hubiese de escrebir, y sus sobrecubiertas en los caballos, sería hacer otra escritura: basta que no se cree ser tan lucida la gente persiana, que Darío puso en Babilonia, cuando la segunda vez vinó á las manos con Alejandro; mas los nuestros llevaban ventaja en la riqueza del corazon, que era de muy mayor precio que todas las huestes juntas.

Tras esta batalla iba otra de otros trecientos hombres darmas, los cuales iban debajo de la mano de Sancho Martinez de Leiva. El coronel Villalba tenia la mano izquierda destas batallas con los infantes que le habian quedado, que siendo pocos era muy mayor su esfuerzo; porque en él, y no en los muchos, se confiaban. Los ginetes faltaban muchos; porque D. Luis de la Cueba era ido á Sangüesa á estorbar el paso á los del rey D. Juan, donde hizo muchas cosas y muy buenas. Y Manuel de Benavides era ido á Roncesvalles á tomar aquel paso para le tener seguro para la pasada del Duque; y á Juan Nuñez del Prado, el Duque habia embiado en reguarda de D. Pedro Manrique; asi que esos pocos que quedaban, que serían hasta cuatrocientos, puso en el lado derecho y en la retaguardia.

Y asi en esta forma estuvo esperando lo que hacer quisiesen los franceses; y como nadie le supiese decir el estado de los de Monjélos, y de los franceses, embió á Pero Lopez de Padilla á reconocer, qué era su fin. El cual fué con seis de caballo y se puso en vista de todos y vido arder á Monjélos, que era cosa maravillosa el ruido del fuego y de las casas que se caian: movian á piedad las lágrimas de los vecinos que sus casas veian arder; los cuales pedian á Dios justicia de los franceses, que de todo aquello eran causa. Los caballos ligeros de

los franceses estaban en vista de los que de Monjélos estaban fuera.

Y desque todo bien mirado, Pero Lopez vino al Duque y le hizo entera relacion: el Duque quiso tomar su parecer, el cual dijo: «Señor: vuestro »fin fué quemar á Monjélos, con salvamiento de »los que en él estaban, para esperar al Dalfin en »San Juan del pie del Puerto; y si alli no viniese »iros á Pamplona: como lo deseabades es hecho: »mandad á los que allá están que se vengan, que »lo pueden hacer; sinó, estando tan cerca, no pue»de ser que no se trabe entre ellos alguna escara»muza; y de alli, teniendo ellos su gente cerca co»mo se cree, y los nuestros no estando muy desa»compañados, se encienda la cosa de manera que »no se pueda remediar sin batalla, que es lo que »los franceses desean, y vos, Señor, no habes me»nester.» El Duque le dijo: «Tio, bien me pare»ce lo que decís; mas la venida de los nuestros no »se podria hacer sin alguna infamia; y pues están »en lugar seguro, que en su mano está pelear ó »nó, esténse hasta que los franceses se retiren, y »embiaré á mandar á los que allá están que no »revuelvan escaramuza sin gran ventaja.» Y ansi lo hizo el Duque luego; en lo cual lo erró gravemente, como agora oireis.

Los franceses, que, á detener los nuestros por alguna manera, eran venidos, como supieron quel

Dalfin estaba cerca, con toda la hueste, puestos en celada, en cuesta del monesterio que se llama Uciate, procuraron de envolverse con los nuestros. Aunque alguna ventaja sin tener los nuestros, aquello mismo deseando, caso que mandamiento del Duque tuviesen de no pelear, viendo la ventaja que tenian se envolvieron con los albaneses, los cuales, como mandado les fuese, se empezaron á retraer el rostro: en los nuestros aquesto conocido les daban mucha priesa. Esto supo luego el Duque que caballos tenia en paradas, y embió á Diego de Vera capitan del artilleria que fuese allá y apartase la escaramuza; el cual llegado vído á los nuestros mejorarse, y aunque quiso no pudo apartarla, porque los nuestros, viendo la ventaja, eran malos de perdella; y tambien habia muchos caballeros sueltos que no tenian bandera (1), y estos á Diego de Vera no querian obedecer.

En esto, espesos mensajeros llegaban al Duque de la mejoría de los nuestros españoles. El Duque embió á Garci Alvarez Osorio, un caballero de la órden de Calatrava, á Diego de Vera que le dijese, que si le parecia que era bien apartar el escaramuza que lo hiciese, y sino que pelease que él iba luego á le hacer espaldas. Diego de Vera, con este

(1) Que no estaban agregados á ningun cuerpo del ejército, sino que asistian á la guerra á su costa como aventureros.

acuerdo, juntó los capitanes que alli estaban para ver su parecer y decilles lo que el Duque mandaba: á aquella hora los nuestros, no ventaja, mas vitoria mostraban en su esfuerzo, los cuales habian ganado á los franceses mas de dos mil pasos de tierra.

Diego de Vera hizo luego saber esto al Duque: el Duque embióle á mandar, que, pues asi era, que de hecho pelease y que él iba ya en su socorro; y, en diciendo esto, mandó luego tocar las trompetas y echar los pajes fuera de las batallas; y cada uno, almete en cabeza y lanza en mano, movieron en su órden tras las banderas.

Como Diego de Vera vió el mandamiento del Duque, y cómo venía, caso que vido que eran venidos en socorro de los franceses hasta trecientos hombres darmas; deciendo, *Santiago*, arremetieron todos juntos, cuya furia los franceses, no pudiendo sufrir, á gran paso, vueltas las espaldas, empezaron á huir, derechos á su celada. En este tiempo tres mensajeros vinieron al Duque demandándole albricias de la vitoria; mas el Duque ni por esto dejó de andar; porque se temia de los engaños franceses; antes, á gran paso, movió por hacer espaldas á los nuestros; los cuales tanta prisa se dieron que llevaron á los franceses hasta junto con su celada, que de los nuestros nunca se pudo sentir; porque la infantería suya estaban echados en el suelo, teniendo las picas por los hierros.

Los franceses, que iban huyendo, pararon por mas fingir su fuída: en este tiempo al Duque le fué dicho que á los franceses era venida nueva ayuda, mas que los nuestros todavía levaban la vitoria adelante; y por esto el Duque andubo mas. Pues como Diego de Vera y los otros capitanes vieron que en el viso del cerro, donde la celada estaba, los franceses se detenian, creyeron que por estar en lugar algo ventajoso se habian detenido; y avivados los caballos, con gran esfuerzo, otra vez los acometieron. Los franceses, por metellos mas en su infantería, huyeron como de primero y no mucho: los nuestros los habian seguido en la decendida del monte, cuando los alemanes, tocando alarma, se levantan con tanto concierto como si concertados estuvieran pieza (1) habia.

Eran dos escuadrones de hasta doce mil infantes, cuya delantera tenian los seis mil alemanes, y mil y quinientos de caballo: los alemanes, de la frente de su escuadron, jugaron con su escopetería con los nuestros, y, aquello hecho, dándo los escopeteros lugar á los piqueros, se pusieron á los lados, todavia tirando. Los piqueros, caladas las picas, se vinieron á los nuestros, cuya delantera (2) traia un aleman su coronel, tanto mayor que los

(1) Tiempo.
(2) La de los piquéros franceses.

otros, que de los hombros arriba les escedía; y á la grandeza del cuerpo, la virtud del ánimo igualaba, segun me dijeron. D. Pedro Manrique, con hasta diez hombres de armas, arremetió al escuadron, donde nunca los caballos, que alli eran, quisieron entrar, y él libró tan bien que de ninguna escopeta fué tocado. Todos los otros, vilmente vuelven á huir, que nunca los capitanes pudieron detenellos; antes, las vanderas rastrando, contendían por mas huir; en cuyo seguimiento fasta docientos de caballo franceses iban, los otros quedando en guarda del escuadron. En aquel alcance muchos de los nuestros perdieron la vida y la honra juntamente; porque nunca, si los capitanes no, otros volvieron siendo tres tantos que los vencedores ¡tanto el miedo tenian cobrado!

D. Pedro Manrique, visto que solo habia quedado, y en poder de tantos enemigos, el mismo corazon que mostró en huir, mostró en se retraer con mucho esfuerzo y tiento; y como nuestra gente fuese la mas de acostamientos y de otros sueltos, que banderas no aguardaban, cada uno huía por do mejor les parescia, pasando por el escuadron de los infantes viejos, que les rogaban que con ellos esperasen á los franceses; mas, cerrando los oídos, solo tenian cura de huir.

Los trecientos infantes, que en Monjélos estaban con Caravajál y Vadíllo y Mondragón, siempre

fueron en reguarda de nuestros caballeros; los cuales, como vieron la huida, ellos, aunque pudieran, no quisieron vevir con renombre de cobardes; y como muchos miedos hubiesen pasado á su honra allí, queriéndolo confirmar, esperaron hasta que llegó el escuadron de los alemanes, con los cuales no rehusaron pelear; mas, siendo cercados de tantos, aunque un poco se defendieron, todos fueron muertos y presos; entre los cuales murió el capitan Caravajal, peleando en la delantera de los suyos, el cual, encendido en pelear, se adelantó tanto que no se pudo socorrer; el cual, traspasado de cuatro picas, cayó donde le hicieron pedazos, porque habia muerto un valiente capitan de los alemanes. Afirmáse por muchos que mató este Caravajal, primero que cayese, cuatro alemanes. Fué preso allí Vadíllo, que tantos cargaron sobre él que por fuerza le derribaron donde fué preso, y como los alemanes entendiesen robar, el capitan Mondragon tuvo lugar de se salvar con hasta diez compañeros.

El coronel Rengífo, bien que estuviese en parte que de los enemigos no podia ser ofendido, mas queriendo socorrer á los infantes de Monjélos, y aderezando para ir allá, fué desamparado de su gente, que en otra cosa no entendieron sino huir; el cual con fasta docientos compañeros, que con él esperaron, se salvó por la sierra. Los caballeros franceses, siguiendo su alcance, no dejaron de ma-

tar y prender hasta desta parte de Monjélos, tornando á ganar la tierra que los nuestros habian cobrado, la cual quedó regada de la sangre de los españoles y acompañada de cuerpos muertos. El Duque, como adevinando lo que era, no paró fasta junto con Monjélos, donde vido los nuestros venir huyendo, á los cuales recojió en su batalla; mas tanto era el miedo que traian, que, alli no parando, á San Juan se iban.

El coronel Villalva, como dicho es, traía la ala izquierda por unos montes; é tanto andubo que, desque en lo llano fueron, se hallaron delanteros de las batallas de hombres de armas mas de docientos pasos; y, hecho de sus infantes un muy cerrado escuadron, puso en la retaguardia hombres de mucho esfuerzo y sabidores de guerra; y él, con los mas aventajados, tomó la delantéra, con pensamiento de se ver con el coronel de los alemanes, cuya noticia por nuevas ya tenia. Y estando así le vinieron á decir que los franceses se llegaban y que ya cierta tenian la batalla; al cual el coronel respondió: *vengan que bien fallarán quien se la presente y resista.*

Los franceses viniendo en su alcance cesaron; porque vieron las batallas del Duque, lo cual al Dalfin ficieron saber. Asimismo el Duque, vistos los enemigos, mandó parar las banderas, asi como los franceses habian fecho; y amasados las huestes

en un punto, se pararon, avisados de la sobrevenida la una de la otra. El Duque, revuelto á los caballeros, les dijo que la batalla tenian en las manos, de lo cual él daba muchas gracias á Dios, por que en aquel dia mostraria á todo el mundo que tal gente gobernava. Y mandando á Pero López de Padilla, que de allí no moviese fasta que él viniese por la batalla, en un caballo á la gineta, fué á reconocer el campo de los franceses, el cual estaba en buena órden, divisos sus infantes en dos escuadrones, y sus caballeros fechos una batalla y todos quedos; y desque los hobo considerado, vuelto á las batallas, se vino por el escuadron de Villalva, al cual falló muy delantero de los suyos, y á todos ellos con tanto esfuerzo como si prometida tuvieran la vitoria; y falló con ellos al comendador mayor de Castilla D. Fernando de Vega, el cual les habia prometido de se apear con ellos en queriendo romper. Y asi el Duque, vuelto á los suyos los vido con gran esperanza muy bien acaudillados; y en aquellas batallas, de muy poca gente, estaba una grandeza de corazon jamas vista: á los nuestros los caballeros, á los franceses los infantes esforzaban: sin duda si el Duque se fallára con tales tres mil españoles, como ya vido debajo de Villalva el coronel, él se fuera á sus enemigos, que seis veces mas eran; mas con aquellos estuvo quedo esperando la batalla, si los franceses darla quisiesen.

Los franceses asimesmo estaban quedos, á los unos la multitud, á los otros el esfuerzo acompañaban; entrambas huestes dudosas de acometer. A la fin los franceses, viendo el propósito de los españoles, que era firme de esperallos, determinaron de no pelear, abrazándose con el dicho del rey Juan de Francia, *que no es de pelear con cabeza española en el tiempo de su ira*; y en su ordenanza se volvieron á su real, que alli junto habia mandado venir, sin saber gozar de la vitoria que en las manos tenian; porque, cierto, aquel dia rematáran casi la mayor nobleza de España, faciendo á su rey el mayor daño y pesar que en sus dias se habia visto. Ciertamente, si en los franceses hobiera aquella animosidad, y grandeza de corazones cuando echados los Loganbardos (1) de Italia con Desiderio su rey, fasta alli permaneciera, no digo el ejercito del Duque, mas toda Navarra, con gran parte de otras tierras cobráran; mas la culpa de la cisma, asi amollentó sus ánimos y cegó su sentido, que, contentos con lo fecho, se volvieron en sus reales sin cojer el campo.

Este dia perdieron los franceses el nombre que Tito Livio les da diciendo *galli sunt gloria belli*; pues no supieron seguir la vitoria, teniendo tan grandes ejemplos dello. El gran Pompeyo, por no

(1) Longobardos.

seguir al César en la batalla habida en Thesalia, antes, vencido de la clemencia, cesó del alcance donde César, recojidas sus gentes visto que no le seguian, dijo, *ni Pompeyo supo vencer, ni Julio César pudo ser vencido*, fué despues el mismo Pompeyo vencido y desbaratado en Farsalia del César, y no como él le siguió; antes usando de su vitoria le siguió hasta que pasada la mar, Pompeyo se acojió á Egipto, adonde, por el malvado rey Tholomeo, le fué cortada la cabeza y fecha della presente al César. E aquel gran cabdillo, y emperador de los cartagineses, Anibal, mas que otro astuto capitan, por no seguir la vitoria, despues de aquella memorable batalla habida cerca de Canas, donde remató la universidad de Roma de cónsules y censores, tribunos, cuestores, ediles y otros magistrados del senado, siendo cónsules Lucio Paulo Emilio y Terencio Varron, pudiendo ir á Roma donde, llegado, habia acabado su conquista y á su tierra fecho señora del mundo, no lo quiso facer; lo cual como viese Marhabal (1), gran condestable suyo, le dijo: *¡O Anibal vencér sabes, mas no usar de la vitoria!* Desde alli fué Anibal perdiendo, y con mucha razon, hasta que, constreñido por Cipion, dejó á Italia, cuya posesion habia teni-

(1) Maherbal, general de la caballería del ejército de Annibal.

do de sesenta años y vino á socorrer á Cartágo, ante cuyos muros fué del todo vencido y desbaratado.

Pues volviendo al Duque, como vido los franceses retirados, él tambien acordó de se volver; y las batallas que la delantera habian traido levaron la retaguardia. Y, como asi fuesen caminando, un caballero llamado Juan Gaitán natural de Talavera, iendo encima de su caballo cayó con él en una acequia, de que aquella tierra es muy abundosa, y por socorrelle, que él, como armado estuviese, no se pudo á sí levantar, dieron algunas voces: las batallas delanteras, creyendo que los franceses daban en la retaguardia, tocaron alarma: la retaguardia, como viesen tocar alarma en las batallas delanteras, pensaron lo mismo; y todos, asi suspensos, estovieron quedos hasta ver el mandamiento del Duque, que, como ya anocheciese, y antes de su natural tiempo los grandes boscages de aquella tierra quitasen la claridad, habia lugar al pavor y de se sospechar; lo cual, conociendo el Duque, á los unos y á los otros quitó de duda; y asi á dos horas de la noche vino á San Juan, donde el Duque reprehendió á Diego de Vera porque, sin tener sabido estar el campo seguro, se habia envuelto con los enemigos.

Fasta cerca de docientos muertos hobo y muchos feridos; algunos de los cuales despues murieron, y muchos presos. Fué preso Vadíllo el capitan, y Fa-

jardo otro capitan, y Pedro de Godoy un caballero de Córdoba, y Nogueról pagador de la gente, y otros muchos honrados hombres. De los enemigos fasta veinte muertos hubo y algunos heridos, y solo uno fué preso, el cual por ser hombre de poca suerte fué luego suelto del que le tenia. El Duque, disimulando el daño recebido, en lo que otro dia facér se debia entendió.

El Dalfin, otro dia miercoles, creyendo que el Duque embiaría por los muertos, una gruesa celada armó. El Duque, esto sabido, dando lugar al vencedór le dejó gozar del campo, no pudiendo otra cosa facer, mandando que ninguno saliese de la villa. El Dalfin, visto que el engaño no habia lugar, mandando sepultar todos los muertos, allí junto asentó su real. Otro dia jueves, dejando toda su infantería en celada, se vino con los caballos á dar vista á San Juan: el Dalfin llegando á la Forca de Galaron de allí no pasó. Los caballeros suplicaron al Duque que los dejase salir á se ver con los franceses; mas el Duque, que mejor sabía lo que era y lo que facer se debía, no les dió tal lugar, salvo á Rui Diaz de Rojas con fasta cincuenta jinetes, el cual se puso bien cerca dellos, mas ningunos se desmandaron.

El Dalfin embió un rey de armas al Duque, cuyas razones fueron: «el Dalfin de Francia, mi se» ñor, hace saber á vuestra Señoría como anoche

»llegó al ejército, donde supo, que sobre cierto re-»encuentro vuestra Señoría pasó toda su gente en »el campo en vista de los suyos: que él se quisiera »fallar allí por poder juntar entrambas huestes; mas »pues que la otra vez se erró, que él está allí es-»perando, donde os presenta la batalla.» El Duque respondió: «Decid al señor Dalfin, que béso las ma-»nos á su Señoría, por la honra que me dá en que-»rer juntar su ejército con el mio; y que eso que él »pide no lo puedo facer sin mandamiento del rey »de España mi Señor; mas que yo espero, en nuestro »Señor, que muy presto se juntarán entrambos ejér-»citos, donde se cumplirá la voluntad de entram-»bos, y escaparán de nuestras manos como otras »muchas veces han escapado.» Ido el rey de armas con esta respuesta, el Dalfin, á hora de cumpletas, se fué á su real. Otro dia viernes, levantando real, se alejó tres leguas de Sant Juan del pie del Puerto; é allí esperó qué fin habrian los fechos del rey D. Juan; qorque éste dia viernes, muerto á Valdés, pasaba el Valderroncal, como es dicho, y quería esperar allí para proveer á entrambas partes, y esperar el suceso de las cosas.

## De como el Duque vino á Pamplona, dejando en buena guarda á San Juan del pie del Puerto.

El Duque tuvo gran consejo, el jueves en la no-

che, sobre su salida de Sant Juan del pie del Puerto, si sería de dia ó de noche: habia diversos pareceres; porque á los unos de noche, á los otros de dia les parecía. Decian los que de noche se retirasen, que irian seguros, porque los franceses, no teniendo de costumbre de mudarse de noche, los dejarían ir; y que pues ésta ida habia de ser retirada no pudiendo esperar á los franceses, que era mas segura de noche; y que mientra fuese de dia habrian andado dos ó tres leguas, y que dejando buena guarda en el castillo de San Juan, que el Dalfin, desesperado de ver los unos en muy fuerte castillo, los otros muy lejos, se dejarian de entrambas cosas; y que asi, partiendo aquella noche, ganaban una jornada, que era gran cosa para los de Pamplona, que cada hora tenian al rey D. Juan encima de sí. Contra este parescér era muy contrario el del Duque, diciendo ser mejor retirarse de dia; lo uno por no mostrar miedo, tan claro como iendo de noche se manifestaba: lo otro porque, caminando la gente de noche por las alturas de la sierra, con el pensamiento de ir huyendo, tantos enemigos, cuantos árboles en la sierra hay, pensarían ser; y que nadie sino á sí curarían de aguardar; y demas desto los malos pasos serían mas dificultosos de andar, y el primero que cayese empidiría el camino á los otros; é siendo de dia era todo lo contrario; y que si el Dalfin viniese en su

seguimiento, que en los lugares estrechos, pocos contra muchos, bien se defenderian. Asi que por muchas razones el Duque probó que la retirada fuese de dia; lo cual á todos así paresció; mas que en todo caso fuese el viernes; y, como estaba concertado, Diego de Vera quedó en la fortaleza con hasta ochocientos infantes escogidos y veinte y una pieza de artillería y docientas lanzas, y bastimento para seis meses.

Otro dia viernes el Duque hizo tocar las trompetas y fué pregonada partida, y que cada uno aguardase á su bandera, caminando cada bandera por sí, y estando así le llegó la nueva de la muerte del capitan Valdés y, el desbarato de los infantes, y que el rey D. Juan iba derecho á Pamplona; las cuales nuevas el Duque encubrió, con maravillosa sagacidad, por el peligro que en publicallas se siguia, antes fizo publicar, con mucha alegría, que el rey D. Juan había sido preso en el paso del Valderroncal. Y el Duque, en esto, sin mas detenerse, dió la delantera al coronel Villalva, y la retaguardia á Rengifo; y encomendado á Dios á Diego de Vera, y á los que con él quedaban, á las diez horas del dia partió de San Juan con gran estruendo de trompetas y ministriles y grand estrépido del artillería, que jugó en tanto que el Duque movía; de manera que su partida fué bien manifiesta.

El Duque, aquel dia, iba á la gineta en un po-

deroso caballo y sobre las armas un capuz de grana forrada en carmesí raso; el cual, recojido en una batalla de gentes, en aquel dia pasó las alturas de los montes Perineos, y á un hora de la noche llegó á Roncesvalles al lugar llamado el Burguete, donde supo que el rey D. Juan estaba, no muy lejos del, con hasta doce mil hombres, que iba derecho á Pamplona; y que creían que desque supiese su venida allí, daría sobre él aquella noche.

El Duque puso mucha guarda en el real, como aquel que tenía dos fuertes enemigos cerca de sí: él mismo requería las velas, cuando todos reposaban del trabajo del dia pasado. El Duque privadamente visitaba las estancias: gran solicitud tubo aquella noche el Duque en el real; porque en solo su cuidado pendía la salud de todos; y, con el poco reposo que tomó, otro dia algun tanto dormió mas de lo acostumbrado; mas, levantándose, mostrando que en poco tenía á los enemigos, mandó á las batallas que siguiesen su camino hácia Larrisueña (1), que era tres leguas dallí, y él se fué á oir misa al monesterio de Roncesvalles, media legua del Burguete, por dó habíamos venido; y muy presto, el Duque, tornó á las batallas; y llegados á Larrisueña asentaron real, casi en poniéndose el sol.

(1) Larrasoaña.

Y ya la gente reposaba dentro de sus ramadas ó chozas; y, deslíadas camas y armadas para el descanso de los caballeros, á lo que seguros pensaban estár, fueron salteados de nuevo rebato, el cual fué que al coronel Villalva le vino nna de sus espías á avisar que el rey D. Juan iba á gran priesa á le tomar la delantera en el puerto de Pamplona, donde le esperaban el domingo de mañana. El coronel fué al Duque y le contó lo que su espía traia; por eso, que, si su salud y la del ejército queria, luego moviese de allí y en aquella noche pasase los puertos; porque si allí aquella noche reposaba, para entrar otro dia en Pamplona, que la batalla no la podia escusar, la cual por entonces se debria escusar, y que ésta escusaba si luego partiese; porque, andando de noche siendo la luna en su entera claridad, primero sería en Pamplona que el rey moviese el real á tomar el puerto.

Grande fué el consejo que sobre ésto hubo, bien como era razon, mas no daba lugar á muchas consideraciones la brevedad del tiempo; mas al fin aquello fué aprobado que la tercera noche antes había sido reprobado; y sin duda elijeron lo mejor; porque, si otro dia fuera la partida, era imposible pasar sin batalla, ó rendirse ó huir torpemente; lo cual era no creedéro á tanta nobleza, antes murieran todos peleando; porque atrás era peligroso estando el Dalfin en las espaldas; pues á los lados

muy mas terrible por las grandes sierras, aun, á las salvagínas, ásperas de andar.

Así que, como el negocio lo demandaba, al consejo la esecucion vino; y mandó el Duque tocar las trompetas y levantar real, de que no poca alteracion la gente recibió; mas como todos, casi por conjetura, supiesen el peligro, el miedo despertó las fuerzas que el trabajo de los dos dias antes traía amortiguadas, y en un momento la gente toda se puso á punto de guerra y cargado el fardáje. El Duque, que no dormia, asi como los franceses aquella noche hicieron, ordenó sus batallas en escuadras desta forma. En la delantera iba el coronel Villalva con esos pocos de infantería que quedado le habian; que por ser tales el Duque les daba aquella honra. Luego tras ellos iban hasta trecientos ginetes. Luego seguia el escuadron que Pero López gobernaba; y en éste puso el Duque toda la fuerza, que serian hasta quinientos hombres darmas, sin los caballeros que otro buen escuadron se mostraba. A éste seguia otro escuadron de trecientos hombres darmas, que levava Sancho Martinez de Leiva. A éste seguia otra batalla de ginetes. La retaguardia levava Rengifo, á quien aguardaban los cien hombres darmas del condestable de Castilla. El fardáje, parte enmedio, parte en la retaguardia venia.

El Duque, habiendo proveido con gran pruden-

cia las batallas, mandó mover las banderas tras el comendador Aguilera, á quien era dado cargo de guiar la gente. Y asi con la guia de Dios, sin tocar trompetas, á las dos horas de la noche el ejército empezó á caminar. Sin duda en esta jornada mostró el Duque el valor de su persona; y nunca en cosa se vido donde tanto mostrase su esfuerzo y seso. Jamás dejó de proveer, con gran reposo, sin recebir ninguna alteracion de las espesas nuevas que las espias le traian, á quien fué dicho por alguna dellas aquella noche, *que no otro sino á Dios bastaba á remediar el daño venidero ;* lo cual el Duque oyendo, y mansamente respondiendo, dijo: *en la virtud de ese que dices, y destos caballeros, entrarémos sin daño en Pamplona* (1). El Duque, mudados muchos caballos, no menos en la delantera que enmedio, y á la retaguardia, era visto; amonestando á todos que si algo sintiesen ninguno perdiese su órden, antes su bandera y su honra aguardasen. En cayendo el acémila, todas las banderas paraban hasta que era levantada y cargada.

El pavor, junto con el esfuerzo, asi los levaba á todos acaudillados, que mas buscadores de sus enemigos que buscados dellos parecian. Y como la luna hacía clara y su claridad reververase de las

---

(1) En esta oracion parece que faltan las palabras, *espéro que*, despues de la de *caballeros*.

armas, sentía una muy maravillosa claridad en la tierra, con que hacía la noche mas clara; que fué grande remedio. E tomando un camino por el lomo de una sierra, á las veces grandes roquédos y barrancos, otras, profundas concabidades eran rehallados. El miedo, entrado en la fantasía, formaba mil maneras de antojos con la sombra de los grandes árboles, y el Duque mandó á los guias que aquel camino llevasen por escusarse cuanto pudiese de se acercar al real del rey D. Juan, que cerca de dos millas de allí estaba, por no poner á los caballeros mancebos de noche en aventura con los gascones y bearnéses, hombres usados andar de noche por aquellas sierras á matar las fieras animalias.

E con este concierto, dos horas antes que amaneciese, llegó el ejército en Pamplona, donde, antes que entrase en los llanos mandó tocar las trompetas que denunciaron la venida ser ya en salvo. E á la puerta de la cibdad halló á Fonseca, el contador mayor, con todos los galanes que con él habian venido á la toma de Olite y Tafalla, que eran muchos, asi castellanos como valencianos y aragoneses y catalanes; donde, abrazándose todos, loavan los unos á los otros sus hechos; é todos juntos, al Duque, de prudente capitan en aquella venida de noche; teniendo por cierto que, si otro dia vinieran, su perdimiento estaba claro; é luego, tras él, el suyo dellos, no teniendo á los pamploneses por

muy constantes en la nueva obediencia, teniendo al rey D. Juan con grueso ejército tan cerca.

Allí se hablaba de la negligencia del rey Don Juan, que si á Pamplona viniera derecho, con la vitoria del Valderroncal (1), que ellos no esperaban sino muerte defendiendo sus vidas y la cibdad; é que si al Duque esperára, á la decendida de los montes Perineos, que no pudiera escapar de ser desbaratado; y que agora, queriéndolo emendar, habia sido engañado; mas que agora, con su venida, Dios lo habia todo remediado. El Duque, dándoles las gracias de su amor á todos, mandó que el restante de la noche á dormir se fuesen: aquella noche, con asaz fatiga, la pasaron los que con el Duque venian; porque, estando ocupadas las posadas de los que con el contador mayor eran venidos, sin facer la cortesía, que tal necesidad demandaba, se tornáron á sus posadas sin della dar parte, que no fuera tan pequeña que muy complida no se hiciera al que deseaba poner la cabeza donde dormirse. Y caso que se platicó, entre algunos caballeros, de querer hacer por fuerza lo que la crianza no fizo, el Duque lo estorbó.

Los de la cibdad, otro dia, vinieron al Duque á tenerle en merced su venida á les socorrer á tal tiempo, no dubdando su peligro por la salud de la

(1) Es con relacion á la toma de Burgui.

cibdad: llamábanle padre suyo y bienhechor; porque si el rey D. Juan en la cibdad entrára, á los castellanos dando vida, en ellos el furor de su saña volviera: en toda la cibdad una comun alegría se mostraba; bien como en la tornada de Camilo al socorro del capitólio de Roma.

Este dia supe de un navarro mi amigo, que del real del rey D. Juan vino, como el sábado en la noche llegó el espía al rey D. Juan y le dijo: «Señor, »el Duque dormió el miercoles (1) á la noche, en »Roncesvalles, y el sábado de mañana partió de »allí, y vino á dormir á Larresueña, donde yo de»jé hechas las camas, y el domingo de mañana se »platicaba de ir á Pamplona á medio dia.» Estas nuevas, sabidas del Rey, que llamó á Mosior de la Paliza y se las contó donde se concertó el domingo de muy de mañana ir á tomar el paso al Duque; é como en el real habia mucha alegría teniendo al Duque y al ejército por perdido, é como repartieron aquella noche los prisioneros entre sí, y ficieron otras mercedes, y que asi se habian ido á dormir hasta el domingo de mañana. Asimismo supe del, como el domingo en la mañana muy temprano, antes que él viniese, tocaron las trompetas y, con mucha priesa, se habian or-

(1) Debe decir viernes.

denado, y que entre ellos habia nueva que no se armaban para pelear, mas para ir á robar; y como cada uno quería la delantera de las batallas, la cual se dió á los alemanes por tenellos contentos para adelante. Asimismo me dijo, como antes que de allá partiese, queriendo mover las batallas, habian avisado al Rey como el Duque y todo el ejército, la noche antes, en salvo se habian acojido á Pamplona; y que el Rey, y Mosior de la Paliza, fuertemente se condolían porque tal vitoria de entre las manos se les habia ido; donde consistía el fin de la guerra. Agora, siendo todo mudado, muchas veces el Rey maldecia su ventura encomendando sus cosas á los diablos, y que Dios no era parte para ayudalle; y que si al Duque tomáran en el puerto, con la vitoria, primero serían en Pamplona que Fonseca supiera el desbarato, y ellos fueran los primeros denunciadores; y que agora no solo la esperanza de tomar á Pamplona le era quitada, mas aun temia ser atajado si adelante pasase; y que los bearneses, gente traida por sueldo, le desampararían.

Estas y otras muchas razones afeminadas dijo el Rey, públicamente: á la fin su ira, vuelta en el espia, la mandaba matar; mas, seyendo avisado, huyó de su presencia. Mosior de la Paliza le esforzaba diciendo que tales son las cosas deste mundo, en especial en los hechos de la guerra; y que él

no se maravillase (1) de nada, porque la luenga edad, y la esperiencia de las cosas, le habian mostrado muchos acaescimientos, siendo dos veces prisionero del Gran Capitan, al tiempo que mas sin pensallo estaba; é mas que, dejadas todas cosas, pues que tenia grueso ejército cercase á Pamplona; y pues el Dalfin estaba tan cerca le embiase á suplicar por mas gente de alemanes, y que la cibdad, viéndole, haría alguna mudanza; y él estando tan cerca, podria tratar con los de dentro; y que pues la fortaleza de Estella estaba por él, que no debría desesperar de las cosas; antes que con mucho esfuerzo, sin mas se detener, fuesen luego sobre Pamplona y trabajáse de escrebir á sus criados y parientes, que una noche le diesen entrada.

Con estas cosas, amansado el rey D. Juan, al cerco de Pamplona se determinó, y al Dalfin embió luego á suplicar por mas gente de alemanes; porque la vista dellos, en presencia de Pamplona, los cibdadanos, no podiéndola sofrir, se levantaría bullicio dentro, y que tantos servidores tenia dentro que muy presto al ejército echarían fuera. Oido esto por el Dalfin, tuviendo al Rey por remiso, pues el Duque, sin que sentido fuese, por las haldas de su real se le habia pasado, dando poca fe á éste otro ofrecimiento, se queria volver en Fran-

(1) *No se maravillaba*, debe decir.

cia; mas Mosior de Longavile, gobernador de Guiana, le suplicó que, apartada la saña, al pobre Rey socorriese y que del todo no le desamparáse.

Allí se ordenaron tres cosas, la una que al rey D. Juan le embiasen otros dos mil alemanes y docientas lanzas; la otra, que Mosior de Labrit fuese á Mon de Marzal por la reina Doña Catalina, muger del rey Don Juan, para traella al cerco de Pamplona; y que siendo vista de los naturales, y súbditos suyos, mas facilmente con ella se reconciliarian; la otra que el Dalfin fuese á dar una vista á San Sebastian; pues los ingleses eran idos y mucha gente de la provincia con ellos para los poner en su tierra. Estas cosas, asi ordenadas, fueron luego puestas en obra.

## Como el alcaide de los Doncéles ganó la fortaleza de Estella.

Mientra esto pasaba, Estella, que hasta allí habia perseverado en la fortuna de su rey, fué requerida del rey de España, que antes su humanidad que rigor esperimentase: esto hizo luego saber, al rey D. Juan, el alcaide de la fortaleza; el cual le respondió que breve le socorrería; y tambien que él sería satisfecho de los males y daños que habia recibido. Con esto el alcaide á defender la fortaleza

se opuso (1). El rey (2) embió sobre ella al alcaide de los Doncéles, el cual, no dando lugar á mucha tardanza porque estando aquella fortaleza revellada no fuese ocasion de hacer levantar mas, le dió tanta priesa, que de trés fortalezas, que en uno son, le ganó las dos llamadas la una Bermechél, y la otra Zaratambór; y estas ganadas, en la otra recojido el alcaide, al rey D. Juan lo hizo saber que le socorriese, porque estaba en estremo y gran menestér. El Rey, ni bien á socorrella, ni venir á Pamplona osaba, á entrambas cosas poniendo inconveniente de poca gente: escribióle que se detoviese lo mas que mas pudiese: el alcaide, asi lo hizo; mas el alcaide de los Doncéles, por quien muchas y grandes cosas habian pasado, todas á su honra, habiendo por mal que tanto tiempo se le defendiese aquella fortaleza, la hizo combatir tan á menudo, con dos cañones, que el alcaide, no podiendo mas facer, se entregó con seguro de las vidas y haciendas; y el domingo, que fueron treinta y uno de otubre, salió fuera el alcaide, entregando la fuerza al rey de España y en su nombre al alcaide de los Doncéles; el cual le embió seguro al real del rey D. Juan. El alcaide de los Doncéles, entendiendo en tener el pueblo seguro, les quitó las ar-

(1) Se puso, se decidió.
(2) Fernando el Católico.

mas y mandó que á labrar los campos se diesen; é por mayor seguridad desterró veinte hombres bulliciosos y escandalosos.

## Como el rey D. Juan, y Mosior de la Paliza, pusieron sitio á Pamplona; y de como el Duque repartió las estancias: y como fué combatida la estancia de Pero Lopez de Padilla; y otras cosas graves en este cerco pasaron.

El rey D. Juan, siéndole venido el nuevo adjutorio, asi de alemanes como de gente de caballo y otros muchos de la tierra, que á la fama del cerco de Pamplona, mas por robar, que por servir al Rey, les trujo; é sabido que Mosior de Labrit, su padre, era ido por la reina su muger, y todo con parecer del Dalfin, sin comparacion fué alegre. E luego el martes tres de noviembre (1) se mostró en vista de Pamplona con toda su pujanza: la forma de sus batallas en esta órden venian. En la delantera venian, por corredores, hasta docientos, de caballo, asi albanéses como otros estradiótes navarros, corriendo toda la vega entre la

(1) Antes dice que el 31 de octubre fué domingo; siendo asi, como lo es, el 3 de noviembre fué miercoles. Mas adelante dice que el 9 de noviembre era lunes; tambien es otro error porque fué martes.

sierra y el rio: luego venian hasta mil hombres de armas en dos batallas: luego venía un escuadron de cuatro mil alemanes, en cuya guarda venía otro gran escuadron de ocho mil gascones ballesteros y piqueros: luego su fardáje en cuya guarda venía otro escuadron de dos mil hombres y mucha gente suelta.

En esta forma, trayendo á su mano derecha la sierra que se llama de Sansueña (1), con buen continente vinieron á sentar real en tres lugares pequeños que en la falda de la sierra están, donde se dice ser la gran cibdad de Sansueña; el cual real asentaron poco antes que el sol se pusiese; y no se

---

(1) *Sansueña.* Nombre tomado, sin duda, del de *Santsoain* que, en tiempo de Correa, se daba á la cendea y pueblo de *Ansoain*, situados en la falda del monte de San Cristobal, al cual parece referirse dicho historiador. Luego veremos como, hablando del mismo monte, se espresa diciendo: *donde se dice ser la gran cibdad de Sansueña;* esto es, *donde se dice que existió la gran ciudad* &c. pues que no puede entenderse el texto de otra manera, no debiendo ignorar Correa que esa ciudad no existia en el año 1512; pero ya el Príncipe de Viana hizo mencion del pueblo de *Santsueña* refiriéndose á Pamplona, á quien supone, sin probarlo, haber cambiado de nombre, al paso que dice tambien, en una parte, que los caldeos poblaron esa ciudad, y en otra que la fundó el rey Bamba, y que la llamó *Bambalona*, por él y por la reina Elona su muger. *Crónica del principe de Viana pag. 7 y 11.* Véase la refutacion que hacemos de estas opiniones en el diccionario de antigüedades de Navarra: art. *Pamplona.*

fizo mas de asentar real, ni el Duque dió lugar á los caballeros, ni á otra gente, que á escaramuzár saliesen; mas entendió luego, segun que proveido estaba, en poner guardas en las puertas y poner estancias, no menos para de noche que para de dia, en esta guísa. La iglesia mayor mandó que la guardase el coronel Villalva con los infantes suyos: la puerta, que de la Tejéra se llama, mandó que la guardasen Rísas y Arnálte capitanes con la gente de Toledo; á esta habia de acudir el marques de Villafranca con los caballeros de Calatrava y Alcántara y con la capitanía de D. Juan de Silva, que era toda de muy buena gente: la puerta de San Francisco fué encomendada al capitan Soto con la gente de su capitanía: á esta habia de acudir Don Frances de Beamon con sus parientes y amigos, que fártos tenia en aquella cibdad: la puerta de la Taconera (1) fué encomendada al condestable de Navarra con sus criados y parientes y amigos que eran muchos: la puerta del abrebadero fué encomendada á Estrada con cient soldados; á esta habia de acudir Francisco de Cárdenas con cien hombres de armas. Y el coronel Rengífo ya era em-

(1) La puerta de la Taconera estaba entonces apoyada sobre la iglesia de San Lorenzo, y se derruyó hace algunos años cuando se reedificó la misma iglesia.

biado con seis infantes (1) á Olite y Tafalla, y dióse tan buen recaudo que las tuvo entrambas villas en paz y sin bullicio.

Tambien proveyó, el Duque, que el coronel Villalva, con sus infantes, dejando guarda en la iglesia mayor, diese despues de nochecido una vuelta con sus infantes por toda la cibdad por poner esfuerzo en los cibdadanos, y aun por quitar esperanza á algunos dellos que por mala diligencia (2) hiciesen alguna novedad; y otra tal vuelta habia de dar antes que amaneciese.

A la posada del Duque habian de acudir D. Alvaro de Luna con los continuos y la capitanía de D. Diego de Castilla y la de D. Diego de Rojas; y todos los caballeros dichos eran sobresalientes para proveer á la mayor priesa si viniese. Y todos los caballeros dichos, en habiendo rebáto, habian de acudir cada uno á su estancia, porque, por culpa de no saber, ninguno se embarazase.

Fueron puestas velas y rondas y sobrerrondas, y pregonado que todos los vecinos, só pena de muerte, tuviesen lumbre en sus ventanas, porque

---

(1) *Con seis infantes:* sin duda aqui se cometió algun error: Zurita dice que Manuel de Benavides, con cien lanzas, y Rengífo con la infantería, fueron á Tafalla y Olite; y esto es mas verosimil que los seis infantes; acaso en lugar de *seis infantes*, diria el manuscrito *sus infantes*, y el impresor escribió *seis* en lugar de *sus*.

(2) *Diligencia;* parece que debe decir *inteligencia*.

todas las calles estuviesen de contino claras; y que en toçando alarma, todos estuviesen armados á las puertas de sus casas; y heciesen encender fuegos en las calles para mayor claridad. Y para mayor seguridad de la cibdad fueron desterrados docientos cibdadanos Agramontéses, que sintieron ser aficionados al rey D. Juan; á los cuales el Duque mandó que fuesen á la corte del rey de España, só pena de traidores; los cuales complieron los mandamientos con asaz pasion en se ver desterrar de su nacion.

Y porque nada de la cibdad quedase sin custodia, habiendo mucho trecho de puerta á puerta, el muro se repartió por cuarteles en ésta manera. A Pero Lopez de Padilla fué encomendado un pedazo de muro sobre el rio que miraba al real de los franceses, por donde dos veces la cibdad se habia cobrado (1) y donde el rey D. Juan tenia toda su esperanza; y por aquello asentó real en aquella parte. Fuéle dada, para en guarda desta estancia, la capitanía del comendador mayor de Leon, y del conde de Miranda y la guarda del Duque, que eran todos buenos hombres, cuyo capitan era Pedro de Tapia: Pero Lopez aceptó la estancia y cuanto mas propinco al peligro, tanto mas conten-

(1) Esto es la parte mas débil, por donde, en guerras anteriores, la ciudad habia sido tomáda.

to; y aunque su edad le escusase de rondar de noche, por no dar ventaja á los mancebos, perseverába toda su tanda; y las fuerzas que la natura le quitaba, de la grandeza del corazon eran vencidas. Junto cabe él, fué encomendado otro lienzo casamuro al capitan Garci Alonso de Ulloa con sus escuderos, que era buena gente. Desde alli tenia en guarda el condestable de Navarra hasta la puerta que le era encomendada, que tanta gente de cibdadanos le acudía que le sobraba para sobresalir. Desde esta puerta otro pedazo, ó cuartel, tenia en guarda D. Juan de Ulloa: éste caía sobre la Taconera, con asaz gente y buena. Otro cuartel fué dado en guarda á D. García Manrique, hijo del conde de Osórno con gente mucha y buena. Otro pedazo de lienzo fué encomendado á Don Pedro Manrique con la gente de su capitanía. Todo el otro muro que quedaba de ceñir, hasta tornar á volver á la estancia de Pero Lopez de Padilla, fué dado á D. Antonio de Fonseca contador mayor; el cual por cuarteles le repartió en personas que buena cuenta supieron dar del. Hecho todo esto, fué señalada en la iglesia mayor una campana para tocar alarma; y que ésta no se tañiese sino á éste solo punto.

Ordenadas asi las cosas, el Duque quiso luego dar ejemplo y ser el primero en rondar aquella noche que el real fué asentado. Y habiendo cenado,

tomando consigo todos los caballeros que en su compañía habian venido, con gran multitud de hachas dió un contorno á toda la cibdad; y las casas que el páso estorbavan eran horadádas para socorrer por ellas toda la cibdad. Era cosa maravillosa ver la cibdad tan resplandeciente de los fuegos y illuminarias y hachas, que parecía cosa encantada; no menos el real de los franceses era visto claro y radiante de la muchedumbre de fuegos: parecía otro cielo estrellado. El Duque, sin mostrar cansancio del andar á pie, habiendo avisado las velas y las rondas, siendo la media noche, al contador mayor dió la segunda vela con los caballeros que con él habian venido; el cual rondó hasta que la mañana fué clara. Y queriendo el Duque seguir cada noche ésta forma, paresciéndoles á todos que á tanto trabajo no se pusiese, porque en su salud la de todos ellos estaba, le suplicaron que, él reposando, á ellos dejase rondar: el Duque, agradescido su amor y voluntad, fué determinado que cada uno rondase su cuartel ó estancia; y sobre todos anduviesen dos caballeros cada noche, segun que les viniese; y ansí fué hecho.

Pues para probar el Duque la intencion de los pamploneses, y la solicitud y concierto de los caballeros á quienes estaba mandado lo que hacer debian, hizo un rebato falso; y tan bien acudió cada uno, y con tanta presteza y concierto, que el Du-

que quedó muy satisfecho, no menos de los suyos que de los vecinos, los cuales, todos armados, á las puertas de sus casas se mostraban diciendo *Castilla, Castilla.* Muchas veces, sin esta, y de muchas maneras, el Duque probó la lealtad de los pamploneses, la cual halló de contino mas firme; y por esto el Duque tuvo el cerco en menos, escribiendo al rey de España como los franceses le tenian cercado, y que él tenia tal gente que poco se curaba del cerco si certinidad tuviese de la fieldad de los pamploneses (1).

Pues el rey D. Juan, como es dicho, que asentó real, puso guardas en él; y otro dia miercoles se trabó una escaramuza de la parte del rio, donde muchos de la parte de los franceses perdieron la vida á causa de las huertas que á los nuestros eran refúgio. Este dia se señalaron dos hombres darmas; el uno llamado Salinas de la compañía de D. Antonio de Velasco: éste, como andubiese por romper su lanza en un hombre darmas frances y el otro no quisiese desabrigarse de un aleman es-

(1) Parece que hay alguna contradiccion en esto con la prueba, que dice haber hecho, de la lealtad de los pamploneses. Téngase entendido que los que se habian armado pertenecian al partido Beaumontés ó del conde de Lerin; pero la generalidad del pueblo, ó cuando menos mucha parte de él, deseaba la vuelta de sus reyes: sin embargo el Duque se recelaba tambien de los mismos Beaumontéses, y por esto hizo la prueba referida.

copetero, y de un otro de caballo, el Salinas le acometió y rompió en él su lanza, dejándole el hierro con una parte del asta de la otra parte por encima del hombro izquierdo; y, revuelto á los otros, que no le siguieron, se vino á los suyos. El otro fué un Peñalosa de los continos del Rey; el cual, como al tiempo que viniese á se hallar en el escaramuza, el Duque le mandase apartar, y de fuerza se volviese, fuéle mostrado un albanés que en la Taconera estaba como en oprobio de todos los cercados, y Peñalosa se fué á él y el albanés huyó, á cuya guarda vinieron otros diez albanéses dando grandes gritos, y Peñalosa, vuelto á ellos, arremetió y encontró uno, entre todos mas señalado, el cual fué traspasado de la lanza: los otros algun tanto le siguieron; mas él, revolviendo á ellos, le dejaron y en la cibdad se metió. A estos dos el Duque hizo mercedes.

El jueves siguiente se tornó por la mañana á trabar el escaramuza, y como los albanéses estuviesen sentidos, de lo del dia antes, acordaron todos de venir con intencion de alancear hasta las puertas de la cibdad á quien hallasen. El rey D. Juan les quiso tener compañía con algunos caballeros de su casa, entre los cuales vino un caballero de Gascueña llamado el baron de Aliñaque, de grande esfuerzo, é de mucha sobervia, que por maravilla andan desacompañados estos dos hermanos. Este dia te-

nia la guarda del campo el condestable de Navarra y Rui Diaz de Rojas; y, como el rey vino, el escaramuza se trabó muy recia, tanto que los nuestros se retrujeron hasta junto con los muros; y el baron de Aliñaque, creyendo que los suyos le siguian, se metió entre los nuestros encendido en gana de pelear, al cual esperáron dos infantes de la legion vieja, y, derribado del caballo, el baron prometió tres mil escudos de su rescate: los infantes, mas su sangre que su rescate deseando, de dos picas por la garganta, y por la cabeza, fué trespasado donde murió, que fué harta mengua para los franceses; los cuales se empezaron luego á retraer. Este baron de Aliñaque traía sobre las armas un sayo á mitades de raso amarillo y paño blanco, y en el raso amarillo cruces de paño blanco. Fueron éste dia presos otro caballero frances y tres lacayos, y murieron seis: los muertos, con el baron de Aliñaque, en San Francisco fueron enterrados: los vivos el Duque mandó que fuesen libres, dando al frances sus armas y caballo y un sayo de seda que el marqués de Villafranca le dió.

Todos piensan que si el Duque soltára docientos hombres darmas, que el rey D. Juan fuera preso ó muerto, con la mayor parte de los suyos, antes que fuera socorrido; mas el Duque, que mas que todos sabía lo que cumplía, no dejó desmandar á nadie por no desacompañar la cibdad de la gente,

y que la cibdad si á la sazon revolviese algo para meter al rey D. Juan dentro, como muchas veces suele acaecér; asi que, el baron prudente, solo temia cura de la guarda de la cibdad; y queria antes proveer á los enemigos domésticos de guarda, que á los públicos de ofensa; los cuales á su placer se derramaron por los lugares circunvecinos, robando y quemando, sin misericordia ninguna, todos los pueblos de aquella parte de su real hasta término de cuatro leguas. Y, no contentos con el robo de los lugares, mas dos monasterios, llamados el uno Santengracia y el otro Santa Clara (1), fueron robados, los cuales estaban juntos con las puentes que cabe la cibdad estan, no dejando en ellos oro ni plata de los sacros vasos al servicio de Dios dedicados, haciéndolos ministros de su embriaguez. Esto hecho, amenazaban las monjas, las espadas sacadas, pidiéndoles lo que escondido tenian; las cuales, con el miedo lo que debajo de tierra tenian les mostraban; y entre todos los alemanes uno mas bárbaro que otro, capitan de trecientos alemanes, tuviendo mas licencia de hacer mal con el mayor mando, pospuesto el temor de Dios, quebrantó las puertas del sagrario y tomó la custodia con el sacratísimo cuerpo de Jesucristo, y, sacado della, le puso sobre el altar, ya robado, sin reverencia alguna, y

(1) Santa Engracia y San Pedro.

se la llevó; y como una monja le dijese que mirase que, aquel que tan sin acatamiento trataba, era nuestro Dios, respondió el aleman que aquel no era sino Dios de los españoles, y no el suyo. Y mientras él ésto hacía, los suyos, inducidos por lo que á su amo veian hacer, no toviendo mas que robar, hallaron robo nunca visto, el cual fué que á nuestra Señora, habiéndola desnudado ya las ropas, con un cochillo le raían los cabellos que dorados tenia, y la manzana que en la mano tenia. Ni la violencia á las castas esposas de Jesucristo fué perdonada, antes vilmente de los nefandos fueron forzadas y, levándolas á sus cubiles, que asi se deben llamar los lugares de sus moradas, no con tanto desacato, no con tanta crueza, Nabuchdonosor robó el templo de Jerusalen en la transmigracion de Babilonia. Quemaron asimismo tres paradas de molinos que dieron despues harto trabajo ó molestia á la gente cercada.

E mientras estas cosas pasaban, el rey D. Juan, despues de retirado de la escaramuza, embió al Duque un rey darmas con una carta firmada del Rey; cuyas razones eran tales: «Nuestro rey darmas: decid al duque Dalba, capitan general del »rey de Aragon, que bien sabe como injustamente está metido en nuestra tierra; que le requiero, »que dentro de tres horas nos deje nuestra cibdad »de Pamplona, como cosa nuestra hereditaria, ó

»que salga á éste campo donde lo espéro á la ba-»talla, y que si lo uno ni lo otro no quiere hacer »que yo le haré guerra cruel á fuego y sangre; y »de todos los daños, que sobre ésta razon nacieren, »sea Dios juez, que él sabe que nos desplace.»

Leida la carta por el rey darmas al Duque, en presencia del contador mayor Fonseca, y de Pero Lopez de Padilla y de Luis Sanchez, tesorero del rey de España, el Duque le preguntó si queria mas decir, el cual mostró otro requerimiento para los regidores de Pamplona, y el Duque se le tomó; de lo cual el rey darmas fué agraviado; mas el Duque, mandando que á su botillería le levasen á beber, la respuesta al consejo la refirió; y como el rey darmas fué venido, el Duque le respondió: »Rey darmas: decid al Señor rey D. Juan, que yo »tengo esta cibdad por el rey de España mi Señor, »y que no la puedo dejar, ni la dejaré, sin su »mandado; y que en la batalla que pide que yo »tengo repartida la gente por las villas y fortale-»zas de este reino en guarda del, y que el plazo »que pide para la batalla es tan poco que para ar-»marnos no hay lugar; mas que yo la juntaré y le »presentaré la batalla el dia y adonde él asignáre. »Y en lo que me dice que hará la guerra á fuego »y á sangre, que antes hará mejor en partirse lue-»go de los términos deste reino, lo cual le re-»quiero con Dios el cual sea juez á la mejor par-

»te; que él, que me ayudó á ganar este reino, me »le ayudará á defender.» Con esta respuesta y una ropa de damasco negro, forrada en martas, que á la sazon el Duque vestía, el rey darmas se fué.

Luego tras esto tornó á embiar un trompeta el rey D. Juan al Duque, el cual demandaba que ¿cómo queria la guerra, cruel ó cortés?, y que el baron de Liñaque, que era muerto, que se le diesen para le embiar en su tierra. El Duque respondió que él haría la guerra como se la hiciesen; que viese el Rey cual le estaba mejor, y que aquello se haría. En lo del baron de Liñaque respondió, que él era muerto como caballero, cumpliendo su deber, y que él tenia sepultura; que por entonces no se lo podia dar.

El rey D. Juan, como determinado estuviese de probar todas sus fuerzas en la tomáda de Pamplona, visto que los cibdadanos no hacian mudánza con su vista, embió á suplicar al Dalfin que porque él quería tomar á Pamplona por fuerza, le embiase alguna artillería. El Dalfin le embió ocho sacres y medias culebrinas, y con ellos mas gente de caballo y de pie. Estos trageron nueva al rey D. Juan, como la reina Doña Catalina decia, que ella vernía cuando supiese que estaba la cibdad por ella; que hasta entonces lo que se habia de hacer mas era de hombres que de mugeres.

El rey D. Juan y Mosior de la Paliza, éste dia,

que fué jueves en la noche, tuvieron gran consejo sobre otro dia dar la batalla á la cibdad: entramos venían en esto; mas Mosior de la Paliza, que á su cargo tenia los alemanes y caballeros franceses, quería que la cibdad fuese metida á saco con muerte de todos los moradores della; y como el Rey le rogase que en su cibdad tal crueza no pasase, porque muchos habia sin culpa, y que de aquella manera no reinaría sino sobre los edeficios, Mosior de la Paliza respondió que no se podia hacer otra cosa, porque el sáco estaba prometido á los alemanes porque fuesen los primeros de la batalla; mas que, aquello hecho, él le daria otra tanta tierra en Aragon; y con éste concierto durmieron aquella noche.

Otro dia miercoles, siendo el dia en su resplandor, todas las gentes, que á robar eran idas, se vieron venir cargados de toda manera de despojo y luego aquel robo depuesto, embiado que hubieron su fardáje adelante, fueron todos ordenados viniendo la vía de la cibdad con las banderas enemigables en ésta forma: en la delantera venían, en un escuadron, todos los alemanes que serian hasta cuatro mil, á este aguardaba otro escuadron de mas de ocho mil gascones: el lado derecho de esta infantería guardaban dos escuadras de hombres darmas y de toda manera de caballeros, salvo los albanéses que en la batalla no se metian; mas venían por sí en un batallon al lado de los hombres dar-

mas. De estos albaneses se hace aqui alguna mencion, no por su esfuerzo, mas por su solicitud y presteza: son gente que confinan con turcos en los confines de Grecia, de una provincia de do ellos toman el nombre, que se llama Albania, gente usada de robos, de huir y perseguir; usados, no remisos, en el ejercicio de las armas. Traen las lanzas á manera de hombres darmas con los hierros agudos de entramas partes, con grandes veletas en ellas, y aquella lanza echan sobre la tablachina, ó escudo, en una muesca en él hecha para aquello. Á su lado las cimitarras á manera de espadas; mas difieren en la forma que son corbas ó revueltas á las puntas, y tan pesadas que pocos golpes pueden dar con ellas. Pocos dellos traen armas, y sobre las cabezas unos capeletes altos como un codo de recio fieltro roblado; algunos de seda los traen. Visten unas ropas complidas con las mangas largas y angostas y un golpe en el medio para sacar el brazo por él: estas mangas, cogidas al tiempo del pelear, con el escudo todo en el cuerpo cubren. El artillería, al lado izquierdo de los infantes, algo delantera venia. En esta manera partieron del real con corto paso.

El Duque, como las batallas vió venir derechas á la cibdad, amenazándola de combate, mandó á todos que cada uno á su estancia se fuese y en ellas permaneciesen hasta ver el fin. Y como las bande-

ras se enderezasen á la estancia de Pero Lopez de Padilla, el Duque le dijo riendo que los franceses su ira en ella querian mostrar; por eso que le encomendaba lo que él se tenia á cargo; que él iba á proveer, en tanto, otras partes.

Pero Lopez de Padilla, como el combate vió venir acercándose á su estancia, acordándosele las cosas hechas por él donde, en mas afruenta hallándose, mas honra habia ganado, proveyó, seyendo el estancia larga que su hijo Juan de Padilla, aunque mozo, mas deseando se mostrar hijo de tal padre, y su yerno Pedro de Acuña, caballero de mucho esfuerzo, tuviesen cuidado de la meitad de la estancia con la gente del comendador mayor de Leon y la del conde de Miranda, cuyo capitan era un caballero llamado D. Juan de Acuña, y la guardia del Duque; y él á la otra mitad se fué, levando consigo á Diego de Mérlo hijo de Juan de Mérlo mancebo muy esforzado y á semejanza de su abuelo que no menos, por su gran valentía y esfuerzo, merecen gozar sus obras de la perpetuidad y fama que le dan aquellos á quien son notorias, y á Alonso Carrillo otro caballero natural de Toledo; encargando á sus hijos que si en priesa se viesen se lo hiciesen saber luego.

Pues el Duque, requerído que hubo las estancias con aquellos caballeros mancebos sobresalientes, á un pedazo de muro flaco, que hácia la parte del

combate tambien miraba, se fué; avisando á todos que ningnno dellos se descuidase, porque los franceses, amostrando de acometér á unos, súbitamente no revolviesen á otros; y tambien porque en la cibdad no hubiese algun trato.

Ya los franceses eran llegados á las huertas cuando, impensadamente, su artillería empezó á jugar con tanta prisa, y furia, que un momento no dejaban holgar: el humo, siendo desparcido en mucha cantidad, la vista á todos tiraba; mas sobrevenido un poco de aire, que las nieblas y escuridades de la pólvora, cuanto de una parte y otra muchas escopetas, y saetas, se tiraban con toda gana y enemistad, mas tal maña, y prisa, de la estancia les dieron, que ningun espacio de tierra pudieron ganar. Y como el capitan de su artillería viese, que por una saetéra de la estancia de Juan de Padilla, mucho daño recebian, puesto tras un nogal mandaba traer alli un tiro para aclarár la saetéra, de suerte que ninguno á ella se mostrase; y como él estubiese señalado, asi en persona como en el penácho que en muchas plumas se tendía, un escopetero portugues, de la legion vieja, le tiró, y, dándole en lo alto del coseléte por la garganta, cayó muerto: otro dia trabajando de le sacar le tuvieron compañía.

Los mas ardides aquel dia murieron; porque trecientos ducados, al que los molinos quemase, fue-

ron prometidos: solo éste molino habia quedado reservado de los otros (1), el cual Pero Lopez de Padilla, por estár debajo de su estáncia, había con gran solicitud guardado y aquel dia mucho mas.

Pues viendo el rey D. Juan, y los franceses, que era tiempo en valde el combatir mas; viendo morir los mas osados, se retiraron en buena órden, no á su primer real, mas á un lugar una legua de la cibdad, sobre el rio llamado la Puente, camino de Larrisueña. El Duque dió licencia á D. Frances de Beamón, y á Diego de Mérlo, que siguiesen la retaguardia de los franceses con buen concierto, por que alguno no se perdiese; y como los nuestros les tuviesen atajados, dos albanéses, que aun entonces venian de los lugares mas lejos de robar, con toda voluntad volvieron por ellos, que fué cosa maravillosa; y no solo los albanéses, mas á la grita volvieron las escuadras de los hombres darmas, y los escuadrones de los infantes, por mas de un estadío, hasta que, recojidos los suyos, los llevaron en salvo; mas por esto los caballeros no dejaron de les seguir hasta cerca de su real; y ni viniéndose la noche les dejaron de perseguir. Con todo los nuestros pudieron tomar muchos presioneros que,

(1) Esta oracion está imperfecta; falta alguna parte que esplicaba ó nombrava el molino que se habia preservado del incendio.

siendo heridos, no pudieron seguir á la hueste, y y otros muchos que en los lugares, do su real habia estádo, se habian quedado; y asimismo las monjas de los monesterios, que los alemanes en su real tenian, fueron restituidas en sus casas con mucha caridad; de donde conocieron ellas la diferencia de la gente de España á las otras naciones. Recojidos todos en la cibdad, no con menor vigilancia la cibdad fué guardada que hasta alli.

El rey D. Juan, y Mosior de la Paliza, por dos dias tuvieron real allí, embiando á Francia el despójo, quedando sus personas con las armas y las cosas necesarias para el servicio, ordenando de buscar adonde mas robar; lo cual pensado, el lunes, que fueron nueve de noviembre, los caballeros, ordenadas sus batallas, se vinieron derechos á la cibdad por la otra parte del rio, pasando por la puente la Tejera, y por Santiago (1): su infantería por el valle caminaba, soltando algunos que en los lugares cercanos quemasen y robasen. El Duque dió licencia á algunos caballeros que á ellos saliesen; mas nunca los caballeros franceses se desmandaron, sino, hechas sus batallas, se alojaron dos millas de Pamplona en dos lugarétes que están en el camino de la Puente de la Reina, y desde alli guardaban el camino que vá á Vitoria; asi que

(1) El convento de Santo Domingo.

quitaron la oportunidad del caminar á los nuestros, ni de los correos sino á mucho peligro, porque muchos fueron tomados.

El real de los franceses se detuvo allí por mas de quince dias, donde el Duque á menudo era importunado de los caballeros que á los franceses los dejase salir, y no los tuviese á manera de mujeres tras los muros: el Duque, sufriendo con gran modestia sus palabras, usaba como capitan sábio, queriendo seguir las pisadas de Quinto Fabio Máximo contra el gran Aníbal; que por su sufrimiento y prudencia, y nó con sangre de sus amigos, quería lanzar del territorio los franceses. Sabía, el constante varon, que los franceses hacían aquellos robos por pensar mudalle de su propósito y con ira saliese al campo; que de otra manera su hecho tenian por ninguno, creyendo que si al campo saliese, á defender los quemamientos de la tierra, que la cibdad, siendo libre, se levantaría. Mas el Duque, que esto pensaba, sufria los quemamientos, y estragos de la tierra, y disimulaba las palabras de los guerreros.

El rey D. Juan mandó robar todos los lugares de la cuenca de Pamplona, fértil y abundosa de panes y frutas, poblada de muchos lugares; y tanto se desordenaron en esto que el Duque, habido aviso dello, soltó algunos ginetes y soldados, y fueron hasta los fosados de su real, matando en ellos, y

en los mismos lugares, muchos alemanes y gascones, y trujeron presos mas de ciento y cincuenta; los cuales conocidos ser inútiles, comerse el bastimento, los soltaban.

Dos dias tardaron en robar la Cuenca, donde hicieron cosas ásperas y duras de creer; de las cuales solas dos contaré: la una fué que el bastardo de Labrit yendo á robar un lugar, al tiempo que llegó halló en la iglesia un abad diciendo misa; y como hubo acabado, el bastardo llegó á él y le desnudó los ornamentos, y tomándose el cáliz y patena se lo trujo. El otro fué un aleman y llegando á otro lugar quebró las puertas del sagrario, sacó la hostia donde estaba el Corpus Cristi, y pareciéndole, al salvaje, que en mas limpio vaso no podia estar la hostia, que en su establo, se la comió y se levó la custodia; y yendo por el camino se empezó á hinchar, y como llegó á sus compañeros, el segundo Judas, con un gran grito reventó en presencia de muchos que dello dieron fe. Luego fueron todos los alemanes turbados con este cáso; mas creyendo que cáso, y no miraglo, habia sido, á sus robos se volvieron. Sin duda los turcos, cuando ganaron á Constantinopla, no tan suciamente trataban las reliquias divinas del memorantísimo templo de Santa Sufía, como estos alemanes. Otros muchos insultos cometieron, que por la honestidad se se deben callar.

Todo el tiempo que alli estuvo el real no se entendió sino en estos robos, haciendo á sus guerreros ricos, mas una grande enemistad el rey contra sí concebió de los vecinos de los lugares; porque llamándose su rey, y siendo señor del campo, no como á súbditos, como á mortales enemigos los trataba: si desto el Rey era consentidór no se sabe; porque los alemanes, gente traida á sueldo, y con ruegos detenidos tan largo cerco con grandes mesas, mas aina su voluntad que la del Rey seguian; porque es cierto que como ellos sean de suyo indomables, y fuesen la mayor parte, el bastimento á todos menguaba y ellos lo tenian en abundancia; y siendo el Rey de su natural benigno, y humano, de creer es que le pesaba dello no pudiendo mas hacer.

En estos dias D. Luis de Córdoba, hijo del alcaide de los Doncéles, queriendo imitar al padre, deseaba verse con los franceses; mas nunca en Sant Juan del pie del Puerto, ni en Pamplona, pudo haber licencia del Duque; y á esta causa muchas veces se hurtaba y le veían en el campo; y un dia acaeció, que teniendo la guarda del campo Rui Diez de Rojas, él pudo tanto con el portero que le dió la puerta y salió al campo, y con él otros algunos caballeros; y de la parte de los franceses, asimismo, salieron algunos caballeros, y trabóse entre ellos una recia escaramuza; y como los franceses,

siendo muchos, tenian dobladas las fuerzas, dieron una apretáda á los nuestros. D. Luis de Córdoba, viendo huir á todos los suyos, como él tuviese pensamiento de no empezar á huir, siendo la primera vez, esperó y rompió su lanza en un caballero frances; y dos caballeros franceses rompieron en él sus lanzas; mas tan recio, cuanto esforzado se mostró, que de la silla no le movieron, y siendo socorrido de Ruiz Diaz de Rojas, y de otros caballeros, y aun de ciertos escopeteros, que en una acequia estaban metidos, los franceses, á mal de su grado, volvieron huyendo, habiendo bartos heridos de entramas partes, y uno de caballo de los nuestros muerto.

## De como el rey D. Juan se aparejaba para apretar mas el cerco de Pamplona; y de las razones que él y Mosior de la Paliza, y el Marichal, pasaron sobre el combate de la cibdad; y de la hambre recrecida en la cibdad; y de como el muro fué reparado de aquella parte donde la batalla de tierra se esperaba.

Viendo el rey D. Juan que el cerco se detenia, no entendiendo en mas de robar, y quemar los campos del entorno de la cibdad, saliendo tanto al

contrario de su pensamiento las cosas, y que, venido el tiempo de la invernada, hechas muchas despensas, le convenia volverse en Francia; y que por ventura le sería deficil juntar otra vez aquel ejército, quiso ponello todo en las manos de la movible fortuna, creyendo que ella, que le habia fecho rey, y depuesto, contenta de lo fasta allí fecho, le tornaría á sublimar; y, como lanzando los dados, lo puso en obra; y luego tornó á embiar al Dalfin por mas artillería y gente.

El Dalfin, á la sazon, venia de San Sebastian á Bayona, que, como prometido habia, le fué á dar una vista; y hallando aparejo, que era estar vacía de los moradores della, que en el armada de la mar andaban y otros muchos que con los ingleses eran idos, la combatió; mas los de dentro se la defendieron tan bien que, muertos algunos de los suyos, se volvia como desesperado; y, como la embajada del rey D. Juan vió, socorrióle, como buen amigo, con otros dos mil alemanes y cuatro piezas de artillería dos cañones y dos culebrinas y mucha municion para ellos.

Mientra esto llegaba, el rey Don Juan se daba mucha priesa á facer escalas y mantas de combate, y otros pertrechos de mucha industria, para llegar al muro. Desto todo, era descontento Mosior de la Paliza que sabía bien la potencia de los españoles en defender aquello que una vez se determinaban;

y que los que en Pamplona estaban, mas en sus brazos, que en los muros, tenian su esfuerzo; y decia al Rey que no quisiese aventurar aquel ejército, ciego de la mucha pasion, que las mas veces turba la razon y el entendimiento; y que de una cosa le avisaba, que él no daría lugar á la gente de caballo, ni á los alemanes, que fuesen los primeros de la batalla de tierra; y que si él queria facello con sus gascones, y bearneses, que él lo podia bien acometér.

Estas y muchas razones el Rey oyó de Mosior de la Paliza, que afligieron su animo; lo cual todo de mala gana oía el Marichal de Navarra que al Rey incitaba á la batalla prometiéndole mucha esperanza, diciendo que los españoles, sino fuera por el socorro que de Castilla les era prometido, ya se hobieran dado; y que éste socorro él tenia nuevas que no podia tan aina venir, y que primero los tomarian á merced, ó por fuerza, si la batalla se diese; y esto probaba con que los españoles no osaban salir de la cibdad, dejando el real vacío cuando á robar los lugares, ni en otros tiempos que á muy su seguro lo podian hacer. Decia asimismo que los que dentro estaban eran pocos, y usados en guerra muy mas poco, hombres delicados que ni la vista de los alemanes podrian sufrir, que les precedian en desigualdad de cuerpo y en destreza.

Con estas vanidades, inflamado el rey D. Juan,

á Mosior de la Paliza rogaba que la batalla aceptase tomándola él á su cargo. Mosior de la Paliza, hombre discreto, y de muy maduro consejo, viendo ser falso todo lo que el Marichal decia, vuelto á él, le dijo quel sabia mejor el esfuerzo de los mancebos españoles que no él, que ńunca lo habia esperimentado, y que ellos al tiempo, m̃as que otro ningun robusto, suelen padecer las miserias por su honra, y que la destreza con ellos nacía; y que los alemanes, ni su grandeza, los espantaba, á quien muchas veces sobraron en batalla con grand pérdida y mengua de los alemanes. Traía á su propósito que en los cuerpos pequeños se encerraba un grande y fuerte corazon; porque la natura, aquello que faltó en el cuerpo, puso en la virtud del ánimo; asi que no se engañase en la grande estatura del cuerpo; y que si queria ver el esfuerzo de los españoles que lo viese en la batalla de Ravéna donde murieron tres partes mas de los franceses vencedores que de los españoles vencidos; como es cierto que en tres cosas esceden los franceses, en multitud, y en artillería y en capitan. Y á lo que decia, que los españoles no salir de la cibdad, que mal lo tenia conoscido, que aquello, de la poca confianza de los pamploneses nacia, y que si de aquello estoviesen seguros que muy á menudo los verian en sus reales.

El pobre Rey, viendo á Mosior de la Paliza de

contraria opinion, como ya él estuviese determinado de dar la batalla, le contó las grandes espensas que cada dia tenia; é como el invierno se venía; donde le sería mucho forzado de dejar el cerco de Pamplona; asi que, con mucha instancia le rogaba, que á su peticion quisiese condecender, pues tanta justicia pretendía. Al fin Mosior de la Paliza, viendo al Rey tan determinado en el peligro, dijo, que él non aprobaba la batalla, ni le placía della; mas que por su ruego que fuese asi: que él (1), con los gascones y bearneses y sus caballeros, tomase la delantera, y que él (2), con los alemanes y caballeros franceses, le haría espaldas y rostro al socorro, si á la sazon viniese. Con esto el Rey fué contento; y con éste concierto esperaban el artillería y alemanes que el Dalfin les embiava.

Con la larga estada del rey D. Juan, y los franceses, en el cerco sobre Pamplona, empezáron á faltar los bastimentos en la cibdad; y ésto, primero se sintió en la gente plebeya, los cuales ya no de pan, mas de zanahorias y chirivías se deseaban fartar, y estas, peleando, de las huertas las habian de cojer. Los que trigo tenian, no teniendo donde lo moler, cocido lo comian: dos molinos no podian á tanta gente mantener; porque el Duque y el con-

(1) El Rey.
(2) La Paliza.

tador mayor y algunos caballeros, que plato hacían (1), los ocupaban; mas ya que molido era, no habiendo leña era otra segunda mengua; de suerte que, no secreta, mas abiertamente se mostraba la hambre; teniendo en mucho las habas y castañas, por ningun precio se daban: los caballos eran mantenidos de sarmientos machacados y estos eran hurtados; por lo cual muchos caballos eran hechos manjar de los perros. El Duque socorriendo á lo postrero mandó hacer cala del trigo, y el que algo tenia, dejándole para su casa lo que le bastaba, lo otro se vendia; ¿mas qué era para tantos? con la mucha hambre los hombres bajos (2) huian de noche; descolgándose por las estancias se iban, cualquier miseria teniendo por mejor que la hambre; los cuales venidos en las manos de los franceses, con el miedo, mas de la verdad recitaban diciendo, que era tanta la hambre, que ya no se podía sufrir; y como fuesen muchos éstos fuidizos, la hambre no era tanta; porque, quedando hombres mas fuertes, con mayor esfuerzo la disimulaban.

Mas de aqui nació otro daño, que los cibdadanos, viendo de cada dia menguar la gente y al rey D. Juan mas constante en el cerco, lo comportaban de mal ánimo (3), y al Duque suplicaban que al

(1) Que daban la mesa ó tenian convidados.
(2) La plebe.
(3) Desmayaban.

rey de España quisiese embiar por socorro; porque ellos, que á su servicio se habian ofrecido, no padeciesen penas crueles. El Duque, animándoles, les decia que aun mas gente deseaba él que se fuesen; porque mas honra á los pocos quedaba. Los pamploneses, poco acordándose de esta honra, decian que la honra sin gente mal se gana, y que si él no embiava por socorro, ellos suplicarian al rey de España por él, antes que sus hijos viesen degollar en su presencia.

Pues viendo el Duque que de cada dia faltaba mas gente, sin bastar ningun recaudo, pensó una sótil y provechosa manera de las que Roma solia usar en la necesidad de la gente; es á saber, que, comprados los esclavos, y aquellos fechos libres, usaban dellos para la guerra; á los unos en la falange, á los otros, mas hábiles, en los caballos ejercitaban, y desta manera, Roma, algunas veces se remedió. Pues asi, viendo el Duque que todos los caballeros, que en el ejército estaban, tenian asaz criados para su servicio, hábiles y dispuestos á las armas, les rogó que para cierto dia los embiasen al castillo viejo; y, como se juntasen, fallados ochocientos y deciocho hombres, que las armas podian gobernar, éstos encomendó el Duque al coronel Villalva para que en la órden los hiciese diestros, y él lo aceutó; y en dos veces, asi lo tomaron, que cualquiera hecho con aquellos se podia acometer.

Con esto los pamploneses, algo fueron esforzados; mas desque el socorro fué venido al rey Don Juan, de gente y artillería, y se publicó que era para mas apretar el cerco, fueron las pasiones de los cibdadanos trasdobladas; y las rodillas en tierra, las manos tendidas, suplicaban al Duque que no menospreciase sus humildes peticiones, y que por el socorro embiase y no quisiese dejar perecér tan noble cibdad y tan leales cibdadanos; y que no debria menospreciar al rey D. Juan, antes de su ira y crueza los librase; lo cual ellos sabian bíen que en el alvedrio de los alemanes estaba ya cometido, los cuales habian jurado de no perdonar ninguna edad.

Pudieron las lágrimas mover al Duque á compasion, mas no á embiar por el socorro; antes, disimulando la piedad, que dellos habia, les respondió con ira diciendo que estuviesen de buen ánimo, y no los espantáse el estruendo de las armas; porque él tenia tanta gente, y tan buena, que bastaba para salir al campo si seguro de la cibdad tuviese. Ellos, ofreciéndose á nuevo juramento, sus hijos dándole en rehenes, le suplicaban quisiese aceutar para mayor seguridad de su lealtad; y tanto el Duque les dijo, que esforzados los embió; mas luego, ellos juntos, despacharon al rey de España tres correos, cada uno por su parte, porque alguno aportáse; y con ellos le escribieron la necesidad en que estaban, á cuya Magestad suplicaban que,

con ojos clementes, mirásc sus miserias y los socorriese con su mucho esfuerzo. Esta carta vino en manos del Rey, porque de un muy fiel navarro fué fiada; el cual pasó por el real de los franceses diciendo ser fugitivo de la hambre de Pamplona.

El Duque, como el socorro suyo vido venir, asi de gente como de artillería; al Rey de nuevo tornó á escrebir que su Alteza no tomase trabajo porque, con la ayuda de Dios; sin mas gente de la que tenia se defenderia muchos dias hasta comer cosas fuera del uso de la razon; mas el Rey no por eso dejó de proveer, y, llamado al Duque de Nájara D. Pedro Manrique, le rogó y mandó que se encargase de la capitanía general de la gente del socorro, el cual, acetado el mandamiento, á la Puente de la Reina se vino, donde el alcaide de los Doncéles estaba defendiendo aquello de los robos de los albanéses; el cual llegado, luego empezó á venir gente de Vizcaya y Guipuscua y Alava y de las montañas y de otras partes; y alli los recojia asi como venian. Mas el Duque de Alba, como esto supo, embió á rogar al Duque de Nájara que de alli no moviese hasta quel se lo embiase decir; porque desto resultaria mucho proveeho. Con esta creencia fué al Duque un caballero de la órden de Calatrava, llamado Juan Ramirez de Seguera, natural de Murcia; el cual pasó de noche por las faldas del real de los franceses sin que fue-

se sentido; y lo que el Duque de Nájara hizo, en su tiempo se dirá.

El Duque de Alba, porque descuidado no le tomasen, supo en gran secreto por dó los franceses determinaban de dar la batalla; y aunque toda la cibdad comunmente mandó reparar, la estancia de Santiago, que al contador mayor Fonseca era encomendada, fué reparada con mucha fuerza; porque allí se afirmó habia de ser el combate, ó á lo menos desde Santiago fasta la puerta de San Francisco, que era lo mas flaco de la cibdad. Y porque mayor priesa se diese, fué mandado que cada uno, segun que tenia la estancia, la reparáse, de tal suerte que por su negligencia nada por allí se perdiese. Asi que el contador mayor entendió luego en enfortalecer toda su estancia, é hizo un reparo, de diez pies de ancho, de fuertes maderos encadenados y de tierra y sacas de lana: fizo el reparo desta parte de Santiago, dejando la iglesia enmedio del muro y del repáro. Todos los otros caballeros hicieron muy bien sus reparos considerando ser aquello el cabo de su honra; aun especial (1) el Condestable enfortaleció el suyo de tal manera que por homenaje (2) podia pasar. Pero Lopez de Padilla,

(1) *Aun especial:* debe decir, *en especial.*

(2) *Torres de homenaje*, se llamaban aquellas que por su fortaleza podian resistir mucho tiempo al enemigo; y los gobernadores, ó alcaides, hacían juramento, ú homenaje, de guardar fidélidad en su defensa.

queriendo prevenir, hizo en su estancia otro fuerte repáro, atajando un cerro cortándole con una honda caba por do la infantería podia venir, que es entre el rio y el muro de la cibdad; y lo otro peinó (1), que dió mas fortaleza á la caba.

En estos reparos y en la vela de la cibdad, hecha cada noche, tomó gran trabajo el coronel Villalva; porque aunque los caballeros con buen natural hiciesen su deber en los repáros, él, con su mucho uso de los haber visto, los enmendára; y los caballeros, no solo aquello que él enmendára mandaban luego rehacer, mas rogávanle que no dejase de probar lo que cumplia.

El Duque no cesaba de dia y de noche andar sobre todos, tan á menudo que, cuando pensaban ser ido, de nuevo le tornaban á ver. Los pamploneses, no con poca diligencia se mostraron en esto: á sus pequeños hijos, mozos y mozas, embiaban á cabar la tierra para los reparos; ellos y sus mujeres trayendo maderos y toneles para enchir de tierra; y de buena gana las casas nuevas, no acabadas, tornaban á deshacer para aprovecharse de la madera; y era tanta la gente, que se embarazaban unos á otros.

---

(1) *Peinó*, que hizo una escarpa ó cortadúra en la caba ó foso.

## De como el rey D. Juan tomó la fortaleza de Tebas (1); y como asentó real junto con la cibdad, y la batió con el artillería; y como el Duque repartió la gente para pelear; y otras cosas que pasaron.

El rey D. Juan, como su socorro vido venido, sin comparacion fué alegre; y luego, como en ensáyo, fué alguna gente sobre una fortaleza llamada Tebas que era de una mujer viuda; la cual está entre Pamplona y la Puente de la Reina á la mano izquierda, de la cual estaba el rey muy enojado porque, requiriéndola, no habia estimado su trompeta; y aun tambien, porque fué avisado que dentro habia mucho despojo de los que, creyendo allí estar seguro, lo habian allí puesto. Un lunes la empezó á combatir y tanta priesa le dió que los de dentro, no teniendo otro capitan sino la mujer, aunque á ella le pesó, se dieron al Rey; y ya sea verdad que el esfuerzo della los hizo mas tiempo detener; porque ella, siendo mujer femenil, tenia dentro de sí un corazon de amazona (2); mas á la

(1) Tiebas.

(2) Avalos de la Piscina dice «que la Señora de Guerendiain, hija de Cárlos de Artieda, con su alcaide y »gente, defendió con tanto ánimo los combates, que fué »hazaña inaudita de mujer; que al fin fué tomada por »fuerza de armas y llevada con sus mujeres al rey de

fin, como ella todavia repunase, los hombres le dijeron que no se querian perder locamente; y dándola con partido de la seguridad de las vidas y libertad, el Rey la tomó.

En este tiempo Amaya (1) que por nosotros estaba y la tenia un capitan llamado..........(2), siendo cercada de un capitan del Dalfin, se la dió con partido de sacar todo lo que pudiesen que no fuesen armas ni bastimento. Con estas nuevas los franceses y el Rey fueron muy alegres, teniéndolo por buen provervio en lo venidero; y el miercoles, víspera de Santa Catalina veinte y cuatro de noviembre, con todo su ejército, el Rey y los franceses, se vinieron

---

»Navarra; y que como eran mujeres, fueron libradas.» El analista de Navarra esplica el caso diciendo, que dentro del castillo de Tiebas estaba la Señora de Guerendiain, hija de la casa de Artieda; y que el rey D. Juan la hizo toda honra, bien merecida por la fidelidad de su marido, que, con ser Beaumontés y primo del Condestable, seguia el partido del mismo rey D. Juan. En estas relaciones se tropieza con la dificultad de que, segun Correa, la defensora de Tiebas era viuda, y el analista supone vivo á su marido; á no ser que en lugar de *marido* deba decir *padre;* en cuyo caso estaría acorde con lo que el mismo analista dice en otra parte; esto es que Cárlos de Artieda, de quien Avalos supone era hija la Señora de Guerendiain, fué uno de los caballeros comprendidos, como del partido Beaumontés, en las gracias ó concesiones que los reyes D. Juan de Labrit, y Doña Catalina, hicieron al principio de su reinado para atraerlos á su devocion.

(1) Maya.

(2) Es uno de los vacios de la historia de Correa.

derechos á Pamplona, y, sin contienda, asentaron real junto con la cibdad, tomando en él á la Merced y á San Francisco; y pusieron luego, en la torre de San Francisco, escopeteros que farto daño facian en la cibdad señoreada de la torre. Toda la infantería de los alemanes se alojó en estos dos monesterios y en sus rededores: los caballeros franceses á los lugares en la sierra de Sansueña se aposentaron, salvo el Rey y sus privados que en la Merced posáron.

Este dia siendo ya tarde, mientra se atendalaban, con los sacres tiraron á algunas partes de la cibdad. Este dia, y todos los que allí estubo el real, la cibdad se veló y guardó con mas vigilancia, porque mas cerca estaban los enemigos. Andaba cada noche tanta gente por las calles como de dia, y en las estancias todos los caballeros dormieron: el marques de Villafranca en el castillo viejo armó una tienda para sí para estar mas cerca de su estancia; y cabe ella fueron otras armadas de caballeros que le aguardaban. Pero Lopez de Padilla armó un alfanéque (1) en su estancia y allí todas las noches durmió con sus hijos. El coronel Villalva con su infantería, y grande estruendo de pifaros, y atambores, andaba por las calles toda la noche, esforzando á los cibdadanos que medio muer-

(1) Tienda ó pabellon de campaña.

tos andaban, viéndose tan cerca de sus enemigos; y bien como los de Bithulia, con la vista de Olofernes, asi estos concurrian á Dios demandando su auxilio.

Otro dia jueves, que fué Santa Catherina, amaneció su artillería enfrente de la estancia de Don García Manrique, hijo del conde de Osorno, ciento y noventa pasos del muro á la mano derecha de San Francisco tras un palenque de maderos y tablas; y desde que fué de dia, fasta que fué de noche, con dos cañones y dos culebrinas no descansaron un momento sin tirar: docientos y cuarenta y tres tiros tiraron éste dia al muro, degollándole junto con la tierra (1): eran tan furiosos que muchos dellos por lo alto del muro le pasaban y tomando la saca de lana por través la cortaba; y en otro muro, de una casa, un palmo metía la pelota; otras veces, pasando el muro, se tomaba la saca de la lana por la una punta, la arrojaba del reparo con tanta ímpetu como si allí fuera el primer golpe: de los pedazos de las piedras, que los tiros quebravan, muchos fueron feridos impensadamente. Nunca en nuestros tiempos nadie vió mas fortaleza en tiros, ni se vió en el furioso caño (2) de Bretaña tanta furia, cuyas pelotas tenian en la

(1) A nivel del suelo.

(2) El mayor cañon que hasta aquel tiempo se habia conocido.

circunferencia dos palmos y medio tirados, y pesaban cuarenta y siete libras.

Los reparos, no pudiendo reprimar á tanta fortaleza, fueron fechos de ningun valor: las sacas de la lana tencidadas, ó despedazadas, en tierra rotas estaban sin ningun provecho. El Duque no estaba de vagar, antes, como alli vió batir, puso para la defensa en los reparos, á D. Pedro Manrique con su capitanía, que eran cien hombres de armas, y á Sancho Martinez de Leiva con la suya, y la bandera de D. Diego de Castilla y la de D. Diego de Rójas, que serian todos fasta trecientos hombres de armas; y entre ellos la bandera de Valdés capitan de cien infantes de la legion vieja y otros escopeteros diestros en aquel menester. Muchos de los caballeros mancebos, sabiendo que alli era el afrenta, alli le iban á buscar dejando sus estancias como inútiles. El Duque, y D. Fernando de Vega comendador mayor de Castilla y D. Antonio de Fonseca, andaban en los reparos, aquello alzando que la sobervia de los tiros abajaba; mas tanta era la priesa del artillería que con gran fatiga lo facían; mas viendo el peligro tan cerca cuanto la honra, pospuestas las vidas, manifiestamente al peligro se ponian.

Los caballeros mancebos, deseosos de mostrar á su capitan general su esfuerzo, se ponian en los portillos mas bajos, pareciéndoles su artillería remisa; pues tanto tardaba en abajar los muros; y,

como un gran pedazo de lienzo cayése, el comendador mayor de Castilla saltó como un leon sobre el reparo, y, desamparando una ropa de seda con que el arnes cubria, se mostró á los franceses; mas los caballeros mancebos, puéstosele delante, le rogaban, que él, harto de ganar honra en muchos peligros, aquello poco dejase á ellos, y su persona para mas la guardase. Sobreviniendo el Duque, á todos fizo abajár; porque contra los tiros mal podrian pelear, pues los franceses no se movian.

El comendador mayor estaba en el estancia que á D. Pedro Manrique era encomendada; porque el artillero avisado, alli tiraba, por cuanto tomaba dos travesos (1), él mismo, vestido un sayon de brocado de pelo sobre las armas, andaba enfortaleciendo aquel portillo, no tanto por mengua de oficiales, cuanto por incitar á presteza, y aun porque nadie no se escusase; mas muy poco aprovechaba, porque á la fuerza de los tiros aun lo indisoluble era tierno; y con ésta porfía los franceses, por allanar lo alto, los españoles por sostenello, pasaron todo el dia fasta que la noche les despartió. Este dia hobo una recia escaramuza en las huertas, los de dentro por cojer las chirivias y zanahorias, y los franceses por las defender, donde algunos murieron y otros muchos feridos.

---

(1) *Dos travesos:* dos flancos.

Como fué de noche, su artillería cesó de batir en el muro, mas no en las casas, que á vulto de la cibdad tiraban á piedra perdida. A la hora el Duque hizo luego con gran diligencia reparar lo que el artillería habia derribado; y mas, enfortaleciendo con el espacio, los reparos se hicieron mas altos y mas fuertes: es cierto que en toda esta noche el Duque durmió, mas con Villalva andubo enfortaleciendo. El Duque mandó á los caballeros que á reposar se fuesen, y á los que los reparos guardaban que en ellos durmiesen.

El viernes no tiraron tanto, creése que les faltó pólvora; con todo eso tiraron hasta cincuenta tiros: murieron este dia, hartos de entrambas partes; porque era el dia mas claro que el pasado. Asimesmo les dieron gran rebato Rui Diez de Rojas que salió por la puerta de la Tejera y Lope Sanchez de Valenzuela que salió por la puerta de Santa Clara, é fué tan presto que toda la gente de los franceses, y alemanes, se pusieron en órden: y todos los caballeros que estaban en Sansueña vinieron hechos batallas, y faltó poco que Lope Sanchez no fuese atajado; porque una bandera de hombres de armas, con hasta treinta caballeros, tomó una traviesa y Lope Sanchez, por recojer delante de sí á los suyos, esperó tanto, que fué forzado echarse al rio no pudiendo por la puente.

Tras esto el rey D. Juan embió luego un trom-

peta y un rey de armas al Duque; al cual el Duque no solo oir no quiso, mas que ni dentro en la cibdad entráse les mandaron; los cuales, muy corridos, en los reales se tornaron. Los cibdadanos, desconfiando de todo socorro que venir les pudiese, en los rostros mostraban la miseria del corazon, y no hambre, mas la furia de los enemigos temian ya; y á manera de locos andaban discurriendo de unas partes en otras; á los cuales el Duque á menudo esforzaba; mas tanto duraba el esfuerzo cuanto las palabras.

## De como de entrambas partes se aderezaron para la batalla; y como se dió; y de una oracion que el Duque hizo á los caballeros.

El miercoles en la noche, con grande alegría la pasaron los franceses y alemanes; porque otro dia sábado sabian que habia de ser la batalla de tierra (1), donde todos ellos esperaban ser ricos. El Rey en toda la noche durmió animando á los alemanes y á los caballeros franceses: á los unos y á los otros mostraba los caballeros españoles tras los muros encerrados de su miedo, de cuyas riquezas

(1) *Batalla de tierra:* llamábase así el asalto de una plaza ó fortaleza, como mas adelante esplica Correa.

ricos volverian á sus casas. A los primeros alferez, que las banderas sobre la muralla pusiesen, prometió cada mil ducados. Asimismo el rey D. Juan embió dos dias antes, por toda la tierra, haciéndoles saber como él habia de entrar el sábado en Pamplona por fuerza; por eso que viniesen todos, porque los cibdadanos habian de ser todos metidos á espada, y á ellos queria dar sus bienes para que poblasen la cibdad.

Esta noche se ficieron en presencia del Rey y de Mosior de la Paliza muchos votos; unos de entrar primero en la caba, otros de mostrarse encima de los reparos, otros de quitar armas por fuerza de manos de los españoles. Destos votos pesó mucho á Mosior de la Paliza, que mejor que todos conocia la virtud de los españoles; á los cuales (1) se dice haber respondido, la mano puesta en la barba: *yos voto, caballeros, que ninguno de vosotros vuelve acá.* Muchas sobervias aquella noche se dijeron, segun que aprendí de quien presente estubo.

Otro dia sábado, siendo el dia muy claro, y muy seguro, los franceses y alemanes bebieron luego de mañana y se pregonó por sus reales *asaute* (2), que nosotros llamamos *batalla de tierra,* y toda la gente de armas, que estaba alojada en Sansueña, vino

(1) A los de los votos.
(2) *Assaut* dicen los franceses; esto es *asálto.*

en tres batallas al real de los alemanes. Este pregon fué luego dicho al Duque que muy claro en la batería se oyó, é sin mas dudar lo creyó luego y mandó que las mujeres trujesen grandes calderas de cernadas á hervir: junto con el muro fueron traidas grandes esquinas (1), para lanzar de alto á bajo, y muchas ollas y alcancías de pólvora para echar entre los enemigos; y porque los caballeros se querian poner en los reparos á la defensa, queriendo tirar (2) sus lugares á los hombres de armas ya dichos; el Duque no lo consintió, sino que aquellos, á quien encomendado estaba la guarda de los portillos, la tuviesen, y los caballeros estuviesen aparejados para el socorro si menester fuese.

Esto fecho, el Duque mandó traer de comer á la batería, lo cual dió muy largamente á todos cuantos allí estaban segun el tiempo; y luego se ordenó que él un cabo de la batería tuviese el contador mayor Fonséca, y enmedio estuviese el comendador mayor de Castilla; y el otro cabo tuviese el Duque, porque ningun lugar faltase sin persona, cuya autoridad, siendo vista, mas esfuerzo tomasen los otros. Y como los caballeros, con la codicia de la honra, contendiesen todavía por se aventajár, en

(1) Piedras grandes que se arrojaban desde los muros contra los enemigos.

(2) Queriendo ocupar ó quitár.

mas peligrosos lugares, quiso el Duque á todos hacellos iguales: porque, veniendo en el trance, no se embarazasen, hizo de sus caballeros tres cuadrillas, y púsolas de forma que la una socorriese luego (1), y cual, tras aquella, habia de seguir: á los continos puso en la calle de la puerta de la batería; así que hacían rostro á la batalla, y á la cibdad si algun escándalo naciese. Al marques de Villafranca, el Duque mandó que estuviese en la plaza mayor con los que tenia deputados para la guarda de aquella puerta, y que de allí no se moviese, para socorrelle, si él mesmo por él no viniese: lo mismo mandó al condestable de Navarra y á Pero Lopez de Padilla; á los cuales amonestó que por ningunas nuevas desamparasen sus estancias, si él primero no viniese por ellos.

Todo esto proveido, el Duque esperó la batalla, y antes que viniese, revuelto á los caballeros, les habló de esta manera. «Bien creo, caballeros, »que no podré crecér vuestro esfuerzo con mis pa»labras; y tambien soy cierto que la vista de la ba»talla nos (2) porná miedo: aquello que muchas »veces deseastes habes falládo, que es veros con »vuestros enemigos, y no solo vuestros, mas de Dios: »todo lo que á mi es dado de proveer, con mu-

(1) Socorriése luego á la otra.
(2) No os porná ó pondrá.

»cha diligencia lo he fecho; lo demas en la virtud »de vuestros corazones, y fortaleza de brazos, está: »ruegoos que os acordes del nombre de España »que nunca supo ser vencida; y si me quereis res- »ponder que de eso no se pueden alabar los españo- »les, que estan sus banderas en poder de sus ene- »migos, yo así os lo confieso; mas mirad, que tan »sangrienta vitoria tuvieron que los mismos fran- »ceses confiesan que pluguiera á Dios que ellos fue- »ran los vencidos (1), porque non tuvieran la vi- »toria tan llorosa. Acordad vos que en la tierra que »debajo de vuestros pies hollais fué el rey Carlo- »magno vencido, y desbaratado, con muerte de sus »doce pares, del rey D. Alonso el Casto: más gloria »es conservar lo adquirido que ganar grandes tier- »ras, aquellas no podiendo sostener. Y porque á »los virtuosos, mostrándoles el peligro, mas les cre- »ce el esfuerzo, os hago saber que estais sentencia- »dos por los franceses á perder las vidas sin nin- »guna merced: ruegoos que asi las vendais que pri- »mero vuestros matadores, que vuestra sangre, ca- »ya en el suelo. Porque veo ya las banderas de los »enemigos acercarse os encargo que saqueis de ver- »güenza el nombre y gloria de vuestra España.» Los caballeros, mostrando en el aspecto un fuerte

(1) Habla con relacion á la célebre batalla de Ravéna, ocurrida en el mes de abril anterior.

denuedo, tuviendo las picas fuertemente apretadas en las manos, mostraban que tal fuese su deseo, deseando ya que llegasen (1) para ver si asi obravan como en sus sobervias razones mostraban.

A los otros el Duque acordaba las cosas hechas en Italia: á otros el linaje y valor de sus personas: á los cibdadanos rogaba que fírmes en el amor estuviesen: á los de las estancias prometia de estar en cada una y ser testigo de su bondad: á los muy acometedores refrenaba, con sus amonestamientos, que no diesen mas lugar á la osadía que á la discrecion: al que veia algo amortiguado encendia con mansa reprehension. En fin toda la estancia requerida, armado de un coselete, en la cuadrilla primera en los delanteros se puso; y luego mandó tocar menistriles altos para mas despertar los corazones; y asi todos á punto esperaban.

Pues el rey D. Juan como el pregon fue dado, asi como el Duque ordenaba de dentro para su defensa, asi él proveía para la ofensa, en esta manera. Puso en la delantera trecientos hombres darmas á pie con una bandera colorada, con ciertas bandas de oro en ella, á la cual todos aguardaban y juraron de no la desamparar: estos caballeros eran de los gentiles hombres del rey D. Juan con muchos franceses que se apearon para tenelles compañía: á

(1) Los enemigos.

estos caballeros hacían espaldas todos los gascones, que seria un escuadron de ocho mil ballestéros y escopetéros: á estos seguia el escuadron de los alemanes que serian seis mil: la retaguardia de todo tenia Mosior de la Paliza con hasta tres mil hombres darmas asegurando el campo contra nuestro socorro: á los lados de estos escuadrones estaba mucha gente suelta de bearneses y gabáchos (1), en número de mas de seis mil hombres, estos tenian á cargo las escalas y mantas para cuando menester fuese.

Ya sería hora de medio dia cuando todo fué ordenado, y los alemanes, segun costumbre hecha la oracion, tocaron alarma; á la hora el artillería jugó en un gran pedazo de muro que para estonce estaba guardado el cual cayó con muy grande ruido, y, no bien derribado, la gente se movió con buen continente, todos tras la bandera colorada; y en llegando al bordo de la caba, esta bandera colorada y otra de alemanes, no tanto por el precio, cuanto por la honra, á gran priesa se juntaron con el repáro: los hombres darmas, siguiéndolas tuvieron lugar de cumplir sus votos, y el de Mosior de la Paliza, juntándose con los nuestros á golpes

(1) *Gabáchos:* llamábanse asi los habitantes de ciertos pueblos de las faldas de los Pirineos en el Bearne; y acaso tomaron ese nombre del pueblo y rio conocidos todavia con el de Gabás.

de picas y de alabardas: ellos nombravan *Francia, Alemania, Navarra;* los nuestros *España, Castilla.* Su artillería en ésto no cesaba de jugar por lo alto, que á los nuestros gran daño hacía, no dejándolos mostrarse sobre los reparos, y los que con osadía se mostraban eran presa de los tiros, muriendo arrebatadamente; y un tiro dió en una almena, y aquella haciendo pedazos, mató algunos y hirió á otros; entre los cuales fueron el comendador mayor de Castila, y el coronel Villalva, que entre la gente por los esforzar andaba; á los cuales, la sangre desparcida sobre las armas, hacía mas señalados. Otro tiro dió en un pilar de una casa que cabe la abatería estaba, desde la cual valientemente defendía su estancia D. Pedro Manrique; y como la casa no pudiese resistir á la fuerza del golpe, cayendo tomó debajo á D. Pedro Manrique, el cual, casi muerto, en una casa fué metido; y en su lugar el contador mayor puso á Juan Ramirez de Segarra caballero de la órden de Calatrava. En este tiempo Sancho Martinez de Leiva promptamente peleando, como anduviese señalado de un sayo á cuartos de brocado y carmesí raso, de un golpe de alabarda fué de los reparos en el suelo caído, el cual, siendo en la cabeza, mas tiempo de lo que él quisiera estubo desacordado: en su lugar su teniente se puso, fasta que Sancho Martinez, vuelto en sú acuerdo, al lugar tornó. El coronel Villalva, con

diez infantes de los viejos, andaba socorriendo á la mayor prisa, y aunque la herida le convidase á descansar no lo hizo viendo los enemigos tan cerca; antes echaba enmedio dellos ollas de pólvora que malamente los escarmentaba.

La priesa era muy grande; porque los caballeros franceses, por cumplir sus votos, se trabavan á los brazos con los nuestros; mas, como en bajo estuviesen, en valde á los nuestros subir tentaban, que de pesados golpes de espada eran derribados: á los de fuera incitaba la presa si la cibdad se ganase: á los de dentro ver su capitan general que era testigo de su bondad; y sobre todo el temor de la honra: las saetas y piedras y escopetas volaban por el aire con gran ruido y muchedumbre; el humo del artillería quitaba la vista á los unos, y á los otros, de se tirar á donde deseaban: el estrépido suyo estorbava el proveimiento de los capitanes que de los suyos no eran oidos; mas ni por esto la batalla dejaba de andar furiosa; porque el comendador mayor de Castilla, mostrando á sus amigos la sangre, y á los enemigos el espada desnuda en la mano, les ponia á todos mayor deseo. El contador mayor Fonseca, tanta prisa dió desde su portillo que los enemigos estaban suspensos, no sabiendo á cual parte tornar; porque atrás era vergonzoso, y adelante peligroso. Mas al fin, tanto daño recebian sin poder ganar un palmo de tierra con la pólvora ardiendo,

que, habiéndolo porfiado mas de una hora, se retiraron levando consigo diez y ocho cuerpos de hombres principales, dejando en la caba las primeras dos banderas, sus posesores abrazados con ellas muertos, y hasta cien compañeros, que por no desamparallas perdieron las vidas. De los nuestros seis muertos y treinta heridos hubo.

Idos los franceses y alemanes con arto daño recebido, porque fué en personas señaladas, de los nuestros eran rellamados que al asaute viniesen; y á ellos, que cansados estaban, les tomasen lugares.

## De lo que hizo el rey D. Juan despues de la batalla; y del ofrecimiento que le hicieron los alemanes; y de lo que el Duque hizo despues de idos los franceses á su real; y como dos capitanes alemanes vinieron á hablar al Duque, y de la respuesta que el Duque les dió.

El rey D. Juan, en éste tiempo, estaba con dos correos, cabe sí, las cartas escritas para la Renia como la cibdad era tomada; solamente quedaba de poner la hora en que se habia entrado. Mas, viendo la retirada, en el suelo con gran pesar las arrojó; y el pesár, en mayor tristeza fué vuelto cuando supo la pérdida general, y mas la particular de sus

amigos y parientes, y de ver los muchos heridos que mortalmente venian heridos. Lamentando, y contando su virtud dellos, se queria dejar morir diciendo que ya no le podia venir tanto bien que á su pérdida igualase.

Los alemanes, viendo su pesar, le esforzaron prometiéndole que otro dia ellos tomarían la delantera de la batalla y le darian venganza de sus enemigos, poniendo en su poder al Duque con todo el ejército que en Pamplona estaba; y que desto ellos tomaban el cargo. El Rey consolado con esto, las ropas que vestía, no teniendo ya mas que les dar, les ofrecia, rogándoles que ellos, en los cuales tenia puesta toda su esperanza, quisiesen ser otro dia los delanteros, en cuya virtud confiaba que ningun esfuerzo ni fuerza sería igual para resistir; y que dándole la cibdad, la presa, que era mas y mejor que nunca fué, tomasen para sí: ellos prometiéndolo, á la batalla se ofrecieron; con lo cual quedó el Rey muy esforzado.

De los heridos suyos, aquella noche, ochenta murieron, y en San Anton, en una cueba fueron todos sepelidos (1) con gran secreto, porque la gente baja no lo sintiesen; mas no se pudo esconder á los gascones; los cuales cobrando gran miedo, cuatro mil aquella noche se fueron. Asimismo fu-

(1) Enterrados.

yeron todos los villanos que al saco eran venidos. Aquella noche en el real la pasaron con harto trabajo, unos llorando las muertes de sus señores y de sus amigos y parientes, otros esperando aquello mismo padescer, por quien aquellos lloraban, viendo al Rey de prosupuesto de dar otra batalla, de la cual ningun bien se esperaba: los heridos, siendo frescas las llagas, el dolor no era intolerable; mas desque refriadas, con el mucho dolor, desiguales gritos y gemidos se oian por todas las partes de sus reales, y, no habiendo copia de cirujanos, muchos dellos fueron muertos.

El Duque, así como los franceses vido retirados, mandó otra vez tocar los menestriles, porque mas honrada fuese la retirada (1). Los muertos hizo poner dentro de pequeñas cubas y, fingiendo ser tierra que levavan á la iglesia, los levaron á enterrar. Y, loados los que en la batería habian estado firmes, les prometia de no los mudar; pues que otros mejores que ellos en la hueste no se hallarian; en especial á D. Juan de Lacarra, el Duque loó de valiente hombre, porque nunca un esquina, que encomendada le fué, la desamparó. Vuelto á los caballeros, que en las cuadrillas estaban, se reía con ellos de la prisa que le daban para que quitase á los que cansados de pelear estaban,

(1) Como haciendo mofa de los enemigos.

y en su lugar á ellos pusiese; y como les respondía que para mayor prisa estaban guardados, en estas cosas, que daban placer, estubo lo que sobró del dia; y despachó un aleman, dióle pan y vino, y diez ducados, y libertad por que se fuese al real y dijese á los alemanes que ellos fuesen otro dia los delanteros de la batalla.

Es cierto el Duque mostró en este dia dos cosas, que raras veces se juntan en uno, es á saber esfuerzo y discrecion: esfuerzo que ninguna alteracion sintió en verse venir á combatir en la cibdad, ya por él conquistada, con tantas amenazas como oyó y tanta multitud de gente como vió, no teniendo certinidad de los cibdadanos; que sin duda, si esta tubiera, los franceses no pusieran real donde le asentaron: discrecion, en el ordenar las capitanías; cuales primero, cuales tras ellas, habian de seguir, proveía, con tanto reposo y tiento, como si mucho espacio para aquello tubiera: teniendo alli la vista proveía las otras estancias con una maravillosa diligencia: es cierto que en todo este dia nunca nadie le vido mudar la color del rostro, ni en la venida de los franceses á la batalla viendo el peligro, ni en su retirada con sobrada alegría; antes, templando lo agro con lo dulce, mostraba una templada gravedad.

Pues venida la noche, el Duque dejó bien proveida la batería de gente, mandándoles, só graves

penas, que con gran vigilancia mirasen: él á su posada se fué, y ante que se desarmase fué á visitar al comendador mayor; y no siendo la herida tal que otro dia le escusase de ser en la batalla, alegre se fué á visitar al coronel Villalva que mas herido estaba, el cual disimulaba el dolor de la llaga, que era en lo alto de la garganta con un pedazo de la oreja, con la gloria de la vitoria; y ofrecióse al Duque, que si la batalla daban los alemanes otro dia, de matar ó prender al capitan dellos ó morir él. De allí el Duque visitó al Condestable y á Pero Lopez de Padilla, riéndose como se le habia ido su hijo Juan de Padilla, dejándole solo, por hallarse en la batalla. Asimismo visitó al marques de Villafranca; y en fin no dejó estancia que no requirió, loando su concierto de todos y rogando y mandando que asi lo hiciesen siempre.

Los pamploneses, como de la batalla pasada hubiesen recobrado nuevos espíritus, alegres se mostraban por las calles, mandando que todos los vecinos estubiesen armados toda la noche, prestos á lo que el Duque mandase.

El domingo los nuestros se aparejaron á la batalla; mas en ver que en su real (1) poco bullicio se mostraba, que en la cura de curar los feridos y enterrar los muertos se les pasó el dia, algunas es-

(1) El real de los franceses.

caramuzas pasaron; y como Juan de Alvion, un caballero de Aragon de los gentiles hombres del rey de España, anduviese á pie, en una dellas á la puerta de la Tejéra, estando seguro, desproveidamente de una escopeta fué ferido y muerto, y fué con gran pesar, que era muy querido de los caballeros cortesanos.

Y como fué de noche (1) dos capitanes de los alemanes, con un pifaro, á la estancia del Condestable se vinieron diciéndo que querian ciertas cosas con el Duque comunicar: el Duque mandó que entrasen, y así fueron levados á palacio: el Duque, aunque, de prosupuesto estaba de no oir á nadie que del real de los franceses viniese de parte del rey D. Juan, ó de Mosior de la Paliza, les mandó que lo que era que se lo refiriesen: ellos, habida licencia, por algun espacio el viso (2) no quitaron del Duque: al fin por su trugeman (3) dijeron, que ellos eran venidos en número de ocho mil alemanes al sueldo del rey de Francia en ayuda del rey de Navarra, y que les pesaba mucho de lo que estaba fecho, y aun de lo que se esperaba hacer, por facerse en deservicio del rey de España; y que movidos con este celo, viendo el trabajo en que esta-

(1) Luego que entró la noche.
(2) La vista.
(3) Trujaman ó intérprete.

ba puesto el Duque, y todo su ejército, le pedian por merced que, antes que las cosas lleguen al cabo de la mala ventura, se diese á merced del rey D. Juan y de Mosior de la Paliza, de los cuales él, y todo el ejército, con mucha verdad serian puestos en salvo en Castilla, dejando los bienes y armas; porque destos estaba fecha merced dellos á los alemanes; y que á esto era su venida, sin lo saber el rey D. Juan ni Mosior de la Paliza, por le requerir con Dios que no levase las cosas mas al cabo, por cuanto si aquella noche, hasta el lunes á las diez, no viniese en ello, despues no sería á su mano, porque tenian prometido de ser ellos los primeros de la batalla; y que ya podia pensar que contra ocho mil alemanes, poderosos en armas, ellos, pocos y muertos de hambre, no podian resistir; y con esto el trugeman acabó su habla. El Duque, pasado el primer movimiento de la ira, maravillado de su osadía en decille palabras de tan poco recaudo; mas bien vió que él seguro habia dado lugar á tanta licencia; y templado el enojo, con gran discrecion, que pocos en tales tiempos le suelen refrenar, les respondió que lo que decian, que eran venidos al sueldo del rey de Francia y les pesaba de lo hecho en deservicio del católico rey de España, que mal lo habian pensado; porque hasta allí el rey de España no habia sido deservido dellos, ni de nadie, á quien no diese su pago, como á todo el mundo

era claro, tomándoles su tierra y matándolos y aprisionándolos cruelmente; y quellos mas aina parricidas, ó traidores, se debian llamar, pues venian en ayuda de los cismáticos en deservicio del príncipe D. Carlos su Señor, cuyos vasallos eran, tomando armas contra él en aquella conquista que era suya: á lo que dicen, que movidos con amoroso celo me requieren que me entregue, porque ellos, siendo ocho mil, han de ser mañana los delanteros en la batalla, decidles que ni su número, ni su esfuerzo, de mi es estimado; y que si ellos fueran asi valientes hombres, como publican, que el sábado les habia sobrado tanto dia, cuanto bastaba, para se acordar y ordenar y dar la batalla, y que, no siendo los delanteros della, mas aina á sus casas que á las agenas habian gana de volver; y que porque viesen en qué los tenia, que desde alli les prometía treinta mil ducados porque el lunes, como decian, fuesen los primeros de la batalla y lo porfiasen hasta que la noche los despartiese; y en lo que decian que estaban muertos de hambre, que no estaban tan hartos que no comerian de buena gana; mas qué el lunes les probarían si estaban enflaquecidas sus fuerzas; y que en lo demas no queria responder sino que luego, si su salud querian, se partiesen delante del, y que ellos, ni otros, no viniesen mas de á pedir merced y que en ésta él se veria. Y levantado el Duque, con gran enojo

les mandó poner en salvo en su real. Ellos maravillados de la respuesta del Duque, y de ver tantos caballeros en dispusicion de todo bien hacer, y de levar las cosas adelante, tuvieron su fecho por nada, y les pesó por haber dicho al Duque que ellos serían otro dia los primeros de la batalla, y, mucho mas, de lo que al Rey prometido habian; mas disimulando, y fingiendo gran corazon, preguntaban donde eran las otras posadas de los caballeros y capitanes, en especial la de D. Juan de Ulloa que para ellos estaba; y asi muy alegres en su real se volvieron.

Con el apretamiento del cerco, cada dia crecia mas la hambre, en tanto que la gente baja, siendo las cherivias acabadas, comian algunas legumbres que la necesidad les mostraba; ya no el trigo, mas el pan que habia, por gran regla se daba; y como los que estubiesen en la batería, no desamparándola, no tuviesen lugar de buscar de comer, el Duque de su despensa se lo hacía traer, segun la necesidad del tiempo; y luego por la mañana traian á cada capitan una canasta grande de pan, hecho tantos pedazos cuantos escuderos tenia en su capitanía; y el capitan repartia aquellos pedazos á cada escudero el suyo, no dejando ninguno su lugar; y desta manera el vino era repartido.

Esta órden tenian los capitanes, á quien la batería era encomendada, una vez á la mañana y otra

á la noche; y allí era su dormir; mas tanta es la perseverancia de la gente de España que aun aquesto tenian en mucho; y si preguntados del Duque, como les iba, respondian que á mayores trabajos estaban dispuestos por servílle; y aunque á gran compasion le moviese, él les rogaba que perseverasen en su virtud, que de su fatiga él tenia harta parte; y, cuanto mas los visitaba, mas constantes los hallaba.

Las otras gentes bajas, siendo los manjares de poca sustancia no tuviendo fuerza, en sus estancias, á manera de hombres dolientes estaban; y no pudiendo las armas regir, aquellas depuestas, en el suelo estaban tendidos.

El Duque, con el mucho trabajo siendo el dormir muy breve, que la noche habia tornado su rostro pálido y sus fuerzas asaz débiles; mas tanta era la virtud de su ánimo que sobrepujaba á las fuerzas que el trabajo le quitaba: tan gran carga es la de la honra que á muy grandes cosas obliga.

## De como los franceses alzaron real de sobre Pamplona; y de como vino el duque de Nájara con el socorro; y de muchas cosas que en ésta retirada pasaron de ambas partes.

Vueltos los alemanes, como es dicho, á su real,

y descubriendo las razones del Duque y su esfuerzo al rey D. Juan, fué mucho maravillado qué podia ser aquesto, y pensó que sus espías le mentian y que algun gran socorro venia al Duque; pues que no solo no darse, mas, esperar al Dalfin con todo el ejército, le parecia que estaba determinado, teniendo ya la fidelidad de los pamploneses por muy cierta. Y viendo que su estada allí era destruirse con los grandes gastos que de cada dia le recrecian y principalmente la hambre, que ya no hallaban que comer con la larga licencia que en la mucha abundancia habian tenido; para atajar todo esto determinó de dar batalla como los alemanes le habian aconsejado y prometido; y requeridos los alemanes de su fé le respondieron, que lo que le habian prometido, aquello harian hasta no quedar ninguno. El Rey, loado su propósito, les andaba exortando que otro dia lunes, en todo caso, fuese la batalla y que él queria ir con ellos y entrar por fuerza en la cibdad ó morir con ellos: y que si dentro entrasen, que, tomado todo su patrimonio, esta vitoria le diesen para tomar venganza de los cibdadanos que tanta injuria le habian fecho.

No se pudo esconder éste concierto de batalla á Mosior de la Paliza, y, con grande ira, el lunes de mañana, ido al real de los alemanes, prendió á los capitanes que en el concierto habian sido, jurando por la salud del rey de Francia que sus ca-

lezas lo pagarian; porque siendo él su capitan general, sin su licencia ordenaban batalla donde todos locamente muriesen; y ido al rey D. Juan hallólo en la Merced que se estaba armando para ordenar la batalla; y reñido con él, mas de lo que á su estado real requería, le dijo que tal batalla no se daria; y que no solo no dalla, mas ni de perseverar mas en el cerco; pues la hambre y el frio, y las aguas, los amenazaban; y que el Duque y el ejército, antes mil piezas se dejarian hacer, que perder un palmo del reparo; y que, primero que esto fuese, moririan los mas principales franceses y alemanes; pues no la retaguardia, mas la delantera habian ya de tomar; y no consentiria asaute en su presencia como buscadores de los peligros; y que aquel ejército que el rey de Francia le habia encomendado no le habia de aventurar tan conocidamente; porque la batalla que él queria dar, mas era temeridad, ó locura de hombre desesperado, que esfuerzo ni buen seso; porque la gente era fortísima y la cibdad no menos, y la lealtad de los pamploneses grande: y que por esto le iba á la mano, que de otra manera hombre vivo, de los franceses, no volviera en Francia ó la cibdad se tomára.

Muchas razones entre entramos sobre esto pasaron; mas, prevaleciendo la de Mosior de la Paliza, la batalla cesó y la retirada se concertó; no con voluntad del Rey, mas forzado de la mayor parte. El

Duque todo el dia estuvo esperando el asaute ó batalla de tierra; y como no se diese, en algunas escaramuzas se resumió.

Otro dia martes, dia de San Andres por la mañana, los caballeros se hicieron dos gruesas escuadras; y asimismo de los infantes dos escuadrones; y, puestos en forma de batalla, estuvieron quedos: en tanto los artilleros cargaron su artillería. Primero el Duque, como las batallas vió venir, bien pensó que determinados venian, y á los caballeros, y capitanes, alegremente mostró á los enemigos, ya otra vez por ellos echados de los muros; y que agora, mostrándoles mas esfuerzo, menos tardasen que la otra vez en la batalla. Mas otra se mostró la intencion de los franceses; porque, recogidos en sí diez tiros (1), con ellos empezaron á caminar tomándolos delante.

Esto, visto por los nuestros, á grandes voces les requerian de batalla y, como quisiesen cargar otros dos tiros, fueron de los nuestros empachados; y tanta prisa les dieron, con escopetas y ballestas, que por mas de seis horas los detuvieron, que nunca los pudieron levar. Pues como los franceses viesen que la noche venía, sin poder retirar aquellos dos cañones, trajeron dos sacres y con aquellos, tirando á los traveses de los reparos, hicieron abajar á

(1) Diez piezas de artillería.

los que encima estaban, y tuviendo lugar cargaron: los tiros los levaron con los otros, dejando muertos en su lugar diez hombres y cuatro caballos del artillería.

Los alemanes, recogida su artillería, empiezan á caminar; y no del todo de San Francisco eran salidos, cuando los nuestros, descolgados por la batería, y otros lugares, les siguen dando en la retaguardia de sus escuadrones: otros, entrando en San Francisco y en la Merced, robaron todo aquello que con la prisa no pudieron recojer, y con ello muchos alemanes, que no habian tenido lugar de se meter en la órden, y otros heridos, en gran muchedumbre, sin los muertos que en diversas partes se hallaron por las huertas, ya hechas corrales: á los que hallaron dolientes, no solo los nuestros no los hicieron mal, mas aun fueron con mucha piedad tratados; y como algunos fuesen preguntados, que era la causa de levantar el real con tanta presura, unos decian que gran hambre, otros que mucha discordia.

Como el Duque supo que los nuestros andaban envueltos con los enemigos, á tal hora que era ya casi de noche, embió á Rui Diaz que los recojiese en la cibdad, porque con la noche alguno no se perdiese: mandó que los dolientes de los enemigos, que en San Francisco y en la Merced fueron fallados y en otras partes, que en el espital del Rey fuesen curados, que abundoso de lo necesario es-

taba, habido respecto que aquellos no tenian culpa en la cisma del rey de Francia, pues que á sus gajes venian y no la causa de la guerra, mas de comer y sueldo andaban buscando: esto fué tenido al Duque á gran virtud, y los mismos alemanes asi lo decian, que en sus amigos y parientes no fallaron tanta caridad como en los enemigos, diciendo que bien era merecedora España de ser Señora del mundo; pues eran justos enemigos y piadosos vencedores; y prometian en las confesiones, si sanasen, de no recebir sueldo del rey de Francia, pues contra la Iglesia se mostraba, y que desto ellos estaban inocentes: á los que esto creian daban el corpus Cristi y los otros sacramentos de la madre Santa Iglesia y, si morian, eclesiástica sepoltura: el que interrogado por su confesor no queria reconciliarse, salvo tener la opinion de la cisma, curábanle y, si moria, como moro en el campo le enterraban, porque tal era la intencion del Papa Julio cuarto (1) en esta bula (2) contra cismáticos que los daba por tales fasta en el verdadero artículo de la muerte; y si en ella, siendo requeridos, prometian de reconciliarse á la iglesia, que los perdo-

(1) Debe decir Julio 2.°

(2) Refiérese á la bula de excomunion lanzada contra el rey de Francia, y sus secuaces, de que se lleva hecha mencion.

naba, y sino que en su descomunion los dejaba. Y como muchos muertos hobiese en los campos, y en la caba, sabiéndolo Pero Lopez de Padilla mandó á su mayordomo que cojése hombres á su sueldo y en el campo los enterrasen; porque aunque el Papa, como á cismáticos, el lugar sagrado les vedaba, que en el campo en sepolturas por ser prójimos, antes que en los vientres de los perros y buches de aves, fuesen metidos.

Era gran compasion ver los monesterios, y casas deputadas á la oracion, fechas cuebas de ladrones y establos para sus bestias, y en el altar mayor incadas las argollas para atar sus caballos estando delante de los santos: como bárbaros silvestres tomaban á los frailes las míseras y paupérrimas camas de su dormitorio para recrear sus descomulgados cuerpos.

En esta retirada de los franceses bien mostraron en ella, sus mayores (1), ser con gran necesidad ó de hambre ó de discordia, porque, dejados muchos feridos, y dolientes, que á la hueste no podian seguir, sin ninguna misericordia los dejaban; lo cual los príncipes y caudillos del ejército no debrian hacer, que pues son causa de los sacar de su tierra debríanlo ser en volvellos á ella, si muerte no los estorbase; por dó consta que nunca, hueste gober-

(1) Los gefes del ejército.

nada de dos soberanos capitanes, se pudo conservar, segun que conteció á Lucio Paulo Emilio, y á Terencio Varro (1), que, por discordar el uno con el otro, perdieron aquella memorable batalla de Canas: lo mismo á Quinto Fabio Máximo y á Quinto Minucio, su maestro de caballería, que, siendo dado á Fabio Máximo el mando de la guerra contra Anibal, y él usase, como discreto capitan, en no venir á las manos con Anibal, á quien la fortuna parecia entonces mostrar la cara alegre, Quinto Minucio, enredados los guerreros, decian que mas Numidas ladrones, que guerreros romanos, parecian dejando Anibal robar los campos de Italia á su voluntad; y como para escusarse deste crimen, Fabio fuese llamado por el senado, dejó mandado á Minucio que en ninguna manera viniese á las manos con Anibal. Ido Fabio, á la hora Minucio, hombre ardid (2), ordenó de escaramuzar con los cartagineses no estando ahi Anibal; en lo cual los romanos levaron ventaja. Y como estas nuevas, por los amigos de Minucio fuesen escritas al senado, reprehendido Fabio Máximo de remiso, dieron á Minucio igual potencia en el cargo; el cual, ensoberbecido con el magistrado, dividió luego el ejército y apartó real por *sí*. Esto sabido por Anibal

(1) Marco, Terencio Varrón, cónsul romano.
(2) Osado, atrevido.

holgó dello, y luego enredó de batalla á Minucio, el cual no la rehusó, donde el Minucio fué desbaratado y totalmente vencido, sino fuera por la prudencia de Fabio Máximo que le socorrió. Por esto los romanos elejían un consul, y éste habia de elejir á su voluntad un colega, ó compañero, que le obedeciese. Lo mismo en este ejército; el rey D. Juan con los gascones y navarros y bearneses, que le habian de seguir, queria uno: Mosior de la Paliza, con los franceses y alemanes, queria otro: bien dice el Evangelio *todo reino en si deviso*.........

Pues volviendo á los franceses, tan tarde los nuestros los dejaron de perseguir que muy noche era; y no teniendo dia para mas caminar, pasado el rio, en los monesterios de Santa Engracia, pasada la puente, se alojaron; los caballeros en la sierra de Sansueña, donde primero estavan. Otro dia miercoles, luego de mañana, en la vega de Sansueña se mostraron sus batállas ordenadas, quedando los alemanes en la retaguardia: ya estarían una legua de la cibdad y los nuestros en el lugar donde habian tenido real, pareciéndonos á todos que caminaban, cuando á deshora todos dieron la vuelta embiando su carruaje: bien creyó el Duque, y aun todos, que á recojer algunos heridos era aquella vuelta; mas llegados á Sansueña, en aquellos lugares se alojaron: por entonces no se supo la causa de su vuelta, y, siendo de noche, se vió su real res-

plandeciente de fuegos: algunos creyeron que, usando de sus engaños, aquella noche se irían por ir mas seguros su camino.

Este dia miercoles, primero de deciembre, una hora antes quel sol se pusiese, llegó el duque de Nájara con el socorro en muy buena órden y de fermosa gente, bien armada y bien acaudillados, como de capitan que bien lo sabía hacer; era el número de su infantería seis mil hombres, cuyos coroneles eran Gomez de Buitrón y Martin Ruiz de Avendaño y Rengifo. La gente de caballo era á maravilla fermosa; porque venia con el Duque el alcaide de los Doncéles, que habiendo ganado á Estella, se fué á la Puente de la Reina á recojer la gente que el Rey allí embiava para el socorro de Pamplona, mas como buen caballero, aunque aquello fecho se pudiera volver, no quiso sino poner su persona á todo peligro en una cosa tan señalada. Asimismo venian, con el duque de Nájara, el duque de Segorbe, fijo del infante Fortuna primo del Rey, mancebo de altos pensamientos, el duque de Villafermosa, el duque de Luna, el conde de Ribagórza, el marques de Aguilár, el conde de Montagudo y otros muchos caballeros y gentiles hombres del Rey. Venian asimismo mucha gente de señores de Castilla, no embargante la que primero habian dado, fasta número de mil y quinientas lanzas.

Bien quisiera el duque Dalba (1) que éste socorro no viniera, porque los franceses no pensáran que del tenia necesidad; porque sin él se entendia defender medio año; lo cual muchas veces habia escrito al duque de Nájara diciéndole que, cuando tiempo fuese, él se lo faría saber; mas el duque de Nájara, hombre de gran viveza, no curó de mas esperar gente, aunque vió que aquella que tenia no era parte para levantallos de sobre Pamplona; mas no pudiendo estar tan cerca, sin se ver con ellos, acordó de venir al tiempo que vino; y tambien se sospecha que los pamploneses, de secreto, embiaron á suplicar al duque de Nájara que los socorriese luego; y por esto los pamploneses rescibian de mal ánimo estos puntos de honra del duque Dalba; mas el Duque, que bien conocidos tenia los caballeros que con él estaban, no dudaba el cerco ni combates.

El duque de Nájara posó en la Merced y toda la gente en los mismos alojamientos que los alemanes tenian (2). Esta noche fizo el duque Dalba una gran cortesía con el duque de Nájara que entrambos ejércitos se lo tuvieron en mucha virtud; que, como fué de noche, fizo juntar á todos los caba-

(1) *Dalba*; esto es de Alba.

(2) Los anales de Navarra dicen, que el duque de Nájera llegó á las alturas del Perdón, y que no pasó adelante.

lleros que con él la guerra habian seguido; é asimismo rogó al contador mayor Fonséca que juntase sus caballeros y que, todos armados, se viniesen á la posada del Duque: ésto mismo fué mandado á todas las capitanías de las guardas; y como todos se juntasen, el Duque y Fonséca con toda esta compañía, y el pendon de Santiago, se fueron á la Merced á hacer la guarda al duque de Nájara; cierto mas necesidad tenian todos de reposar aquella noche, que la postrera era de treinta y una, que el real sobre Pamplona habia estado, que de facer aquella guarda; mas como lo tenian ya en costumbre, y por mandallo el Duque, lo hobieron por bien.

El Duque veló su tanda fasta la media noche; desde ahí, dejando cuatrocientos hombres darmas que ficiesen la vela, se fué á reposár el restante de la noche; mas no la pasó en dormir, antes despachó correos á Diego Lopez Dayala faciéndole saber lo que pasaba; por eso que, junta alguna gente, esperase á los franceses en algunos pasos, donde les ficíese el mas daño que pudiese sin rescebillo, si ser pudiese. Lo mismo embió á mandar á algunos señores de solares guipuscoanos, y vizcainos, que dañasen los caminos y que en las faldas de su ejército, de los franceses, diesen, que medio desbaratados de hambre y frio iban.

Los franceses el jueves, que fueron dos de de-

ciembre, luego por la mañana, ordenaron sus batallas y escuadrones, y asi parados en medio de una gran vega, que al pie de la sierra de Sansueña se hace, embiaron un rey de armas á los dos duques para presentalles la batalla: bien paresció en esto que hambre y discordia les echó del cerco; pues que iéndose el miercoles, y en el camino sabiendo que nuestro socorro venía, volvieron porque no pensasen que fugitivos iban, mas constreñidos de gran hambre; y en la verdad asi lo dijeron muchos prisioneros, que el lunes y el martes ningun pan se comió en todo el real. Pues como el rey de armas llegó, los dos duques, pasadas muchas cortesías sobre la respuesta, en fin el duque de Nájara, como mas antiguo, fué preferido y respondió que él era muy contento de les dar la batalla; que esperasen porque parecia estar de camino y que, no solo allí, mas en los rasos campos de Burdeos se la presentaría. El rey de armas respondió que si la habian de dar fuese luego, porque no podian mas esperar: esto diciendo se fué. Los franceses, sabida la respuesta, sin mas esperar movieron las banderas, llevando en el cuerpo dellos su artillería, y á los alemanes, como mejor parte, en la retaguardia. Los albanéses levavan lo postrero de todos, ayudando á los feridos, que algunos de los nuestros les daban mucha guerra: asi en ésta órden á las diez horas se fueron.

El rey D. Juan, á quien mas que á todos pesaba en partirse ante los muros de su cibdad, patrimonio de sus predecesores, no pudiendo encubrir su real corazon la soledad y despojo del reino perdido, perdiendo toda esperanza de mas le cobrar, en sus ojos el dolor del ánimo se manifestaba á menudo; volviendo á mirar las torres y edificios della se partió. Bien quisiera él, si facerlo pudiera, quedar muerto antes que ir vivo sin hacer mas de talar los campos del contorno de la cibdad. Esto conocido Mosior de la Paliza le consolaba diciendo, que él habia fecho mas de lo que era razon; porque luengamente habia tenido ejército casi en Castilla doce leguas de su rey, y que la falta de no haber tomado á Pamplona estaba en no se alzár las fortalezas y villas de Navarra, como con él lo tenian concertado; y que el duque de Alba habia fecho como hombre de gran seso en no dalle batalla cuando el Dalfin y él se la pedian, aunque pujante para ello estuviera; porque era aventurar en una hora todo el negocio teniendo la batalla la salida dudosa, el cual teniendo ganado el reino, antes á defendelle por guerra, que aventuralle en batalla, era el seso; pues perseverar ellos en el cerco, antes perder de cada dia que cobrar estaba claro, no queriendo el Duque dar la batalla; pues pensar de tomar la cibdad por tracto, ó por fuerza, que era en vano y gran locura tentalle, cuando en un mes no se habia fe-

cho nada; nin los pamploneses habian hecho muestra de mudanza alguna; antes, segun él había sabido, ellos estaban de peor voluntad que los españoles.

Con estas, y con otras muchas razones, Mosior de la Paliza consolaba al rey D. Juan: traíale á la memoria cuanto el tiempo puede, que éste es el que abaja y ensalza los estados y que, venida la primavera, salida la gente de la invernada, harian otra vuelta con mas pujanza, y que para entonces el mismo Dalfin vernia con él. Traíale á la memoria el destierro, de Mitridates poderoso rey de Ponto, voluntario (1) por la traicion de sus vasallos, y como despues gloriosamente reinó; y de Tigrane, rey de Armenia, que habiendo perdido el reino, cuando no tenia esperanza de salud ó de libertad, siendo prisionero del gran Pompeyo, no solo le libertó, mas aun le dió el reino con otra provincia; y cuantos cónsules romanos, duques y capitanes y griegos, despues del otracismo, eran reducidos en sus patrias. Y que si mas modernos ejemplos queria mirase al rey D. Juan de Aragon, padre del que hoy es, que siéndole rebelde Barcelona, con todo el principado de Cataluna, y faciéndole guerra el rey Luis de Francia y el rey D. Enrique de

(1) *Voluntario:* palabra pospuesta, que debia seguir á la de *destierro.*

Castilla, al cabo en su vida vido sojuzgada á Barcelona, con todo el principado, y pacífico todo su reino; y que mirase al rey D. Enrique, cuarto de Castilla, que en su vida su hermano se le llamó rey, y le tenia ocupado lo mas del reino; mas que al fin él le vido muerto, y el reino, que entre entrambos estaba diviso, como solia le vido debajo de su cetro: y que se acordase cuantos trabajos y congojas trae el reino debajo de cuya dulcedumbre de imperar vían escondidos mil jaropes de miserias, y que la fortuna con los altos príncipes suele luchar, á los cuales sus beleños, ó ponzoñas, suele dar á beber.

En vano, al rey desconsolado, Mosior de la Paliza pensaba consolar, al cual se dice quel Rey ninguna respuesta le dió; porque creía que ninguna disculpa bastaba á él siendo vivo, y viéndose con ejército grueso, ver á otro poseer su reino contra su voluntad, y que muriendo por cobrar lo suyo le era á él perpetua fama. Mas al fin, no pudiendo mas facer, aquel dia perdió de vista á Pamplona iendo á dormir dos leguas con tres mil de caballo y diez y siete mil infantes, los mas dellos puestos en órden, entre ellos seis mil alémanes contando, y doce piezas de artillería levando la vía de Bazan (1), camino de Bayona, donde el Dalfin le espera-

(1) Baztan.

ba; y desde el camino tornó á embiar, al duque Dalba, el rey de armas rogándole que los prisioneros, que los dias pasados les habian tomado, los quisiesen rescatar segun usanza de guerra, y que los dolientes, que sus capitanes con poco recado habian dejado, pues era obra piadosa, fuesen curados y no consintiese que fuesen maltratados; y que si por los muertos, que eran hombres principales, viniesen, los cuales como caballeros habian cumplido su deber, le pluguiese dejallos levar. Oído esto por el Duque, como él fuese naturalmente misericordioso, fácilmente se inclinó á las rogarias del Rey diciendo al rey darmas, que dijese al Señor rey D. Juan, que todo lo quel pudiese facer, sin perjuicio del rey de España, que de buena voluntad lo faría, por quel no acostumbraba facer guerra con los dolientes, aquellos matando, ni con los muertos, mas con los caballeros; y que los prisioneros, no solo con el rescate, mas sin él le serviria con ellos. Con esta respuesta el rey darmas se fué.

A la hora el duque Dalba se fué á la posada del duque de Nájara y le dijo todo lo que con el rey darmas le habia contecido, y que los franceses levavan la vía de Bazan casi desbaratados, porque las unas batallas no esperaban á las otras; y que él habia embiado adelante hombres que los caminos les embarazasen; y asimismo á Diego Lopez Dayala, que en Fuenterrabía estaba, para que con la gente

de la tierra saliese á ellos en algunos pasos; y que pues aquel ejército se podia perder, muy á salvo de la gente que los siguiese, le pedia por merced le diese sus caballeros é infantes para ir en su seguimiento, que él confiaba en Dios que sin recebir daño los podria desbaratar, y que le pedia su gente, porque la que él tenia estaba muy quebrantada de hambre y de cansancio, y los caballeros estaban á pie que sus caballos eran muertos; y que los franceses iban tan hambrientos que, puestos los ojos en su tierra, cada uno caminaba cuanto podia; y con esto calló.

El duque de Nájara le respondió que él habia traido aquella gente para socorrelle y facer levantar el cerco de sobre Pamplona, y que ya aquello era fecho no trayendo licencia del Rey para mas; y, aunque la trujéra, que, abrazándose con el proverbio antiguo que cuando los enemigos fuyen se les debe facer la puente de plata y dejallos ir; cuanto mas que iban tan en órden que era imposible alancealles un hombre sin perder otro y que eran cuatro tantos quellos, y quel fin de los franceses no era sinó con el fuir las cosas en una hora por batalla. Mucho altercaron sobresto entrambos duques, dando grandes razones cada uno por su parte. Pedro Lopez de Padilla, que con ellos estaba, suplicaba al duque de Nájara quisiese socorrer con su gente al duque Dalba para ir en el alcánce de los france-

ses, que siendo atajados delante y acometidos por los lados, y despues de ver tan recios enemigos en la rezaga, que no era duda sino que, depuestas las armas, se renderían; porque habia gentes de muchas naciones, y habiendo dos principales gobernadores en su ejército, con la mucha turbacion, no sabiendo tomar consejo en tanta dificultad, ó el fuir ó el rendirse les era el fin postrimero.

Nunca pudieron mover las dichas razones al duque de Nájara de su propósito, pareciéndole farto haber echado los enemigos de los términos de la cibdad sin batalla, sino con sola la vista del socorro; y que, si en el reino perseverase con ejército, él le seguiría en cualquier parte que estuviese fasta les destruir totalmente. El duque Dalba, con asaz enojo, le respondió que no solo los enemigos se habian de lanzar de los términos de la cibdad, pudiéndolo facer, mas de los confines del reino. Y asi el duque Dalba se fué á su posada con farto enojo; y el duque de Nájara, dende en dos dias con toda su gente, se fué á Logroño; y de allí se despidieron todos.

## De como los franceses perdieron su artillería y el duque Dalba se fué de Pamplona en Castilla.

Ido el duque de Nájara, el duque Dalba embió

á llamar al señor de Góngora que es un caballero navarro de mucho esfuerzo y gran astucia; y mandóle que, tomados algunos parientes y amigos suyos, los mas descansados, fuese en seguimiento de los franceses, de manera que no recibiese daño. Él, con alegre voluntad lo acetó, y siguiéndolos, tantos rebatos les dió que nunca sueño los dejó dormir seguro; y el sábado, cuatro de deciembre, dió una mañana sobre trecientos hombres, que de hambre y frio no pudieron seguir á la gran hueste, y muertos y presos, sin escapar ninguno, los trujo á Pamplona, cuya bandera metió por las calles arrastrando, y el capitan preso: éste avisó al Duque que los franceses caminaban por el lomo de una sierra por ir mas fuertes; lo cual conteció asi.

Los franceses, fallando el camino embarazado de muy grandes árboles travesados y de muchas fosas cubiertas de rama (1), donde, siendo *caídos* los caballos, grande empacho á la gente daba para los sacar. Despues apartar las altas hayas de los caminos, un gran impedimento les era, juntamente con el tiempo usando de su natural. Y viendo estos embarazos los franceses, echaron delante de sí

---

(1) Zurita dice, que el señor de Góngora, y algunos capitanes de Navarra y Guipuzcoa, salieron á tomar los pasos y cerrar los caminos, derribando sobre ellos muchos árboles de los bosques de la montaña, haciendo hoyos, y cubriendolos con rama, por ardid antiguo de guerra.

dós mil gabachos con azadones y picos que el camino desembarazasen; mas sobrevenidas sus espías les avisaron que por el camino donde ellos iban estaba mucha gente junta, de guipuscuanos y vizcaínos, en grandes barrancos, donde muy á su salvo podian facer gran daño sin recebille; y que habian visto otras gentes, por cima de la sierra, de hácia Vizcaya.

Estas nuevas pusieron gran desmayo en todos los franceses, y, habido su consejo, acordaron de ocupar la altura de las sierras, porque por alli mas seguro irian; y abiertos nuevos caminos en la sierra, el que primero llevaban dejaron. Esto fué causa que Diego Lopez de Ayala no se viese con los franceses. Los franceses, con la gran priesa, creyendo que el Duque vernía á dar en la rezaga, todo trabajo tomaban por ir mas presto; mas siendo el camino defícil, poco en todo el dia podian caminar por las sierras inusitadas: el artillería no pudiendo caminar como los caballeros, ellos idos, á los alemanes la encomendaron. Los alemanes, hombres usados á grandes frios, y á estar puestos en armas todo lo mas del tiempo, no perdieron su esfuerzo con la ida de los caballeros; á los cuales (1) ni el frio, ni la hambre, ni los continos enemigos, los sacaba de su órden.

---

(1) A los alemanes.

Pues estando ellos en tanta presura una tarde, antes que el sol se pusiese, se mostró sobrellos el señor de Lizaru de la provincia de Guipuscua con trecientos lacayos, y como los alemanes vieron esta gente, creyendo que las provincias fuesen en su órden, á gran paso caminaron; y mientra asi caminaban, dejaron con el artillería dos hombres ligeros que le pegasen fuego contra el señor de Lizaru y su gente; porque en tanto ellos se pudiesen salvar, faciendo pago con el artillería. Hobo efecto el engaño de los alemanes; porque el artillería jugó y los guipuscuanos se tendieron en el suelo: así el artillería no los pudo cojer; y como él estrépido y humo fuese grande, y muy espeso, á gran paso los alemanes ss pudieron poner en lugar seguro. El señor de Lizaru, cuando vido que el artillería no jugaba, primero creyó que algun engaño fuese; mas como viese que tardaban en tirar, y ningun remor de gente oyese, él solo abajó, secreto entre las matas, viendo el artillería sola, arremetió á ella con gran alegría diciendo *España, España:* los suyos á las voces abajáron á él y cabalgaron en el artillería. En esto llegó el señor de Velástegui, al cual Lizaru encomendó el artillería; y él con sus hombres siguió á los alemanes; y aunque todos estaban en salvo, algunos con la gran hambre, no pudiendo caminar, fueron alanzados y muertos: otros muchos fallaron abrazados con los tronco-

nes de los árboles, en ellos los dientes fincados y muertos de hambre: otros mordiendo en la tierra ya espirando: fasta mil alemanes se supo ser muertos de hambre, y de hierro, en solo aquel dia, y de frio; que como los cuerpos tomaba vacíos, el yelo fácilmente los penetraba.

Diego Lopez de Ayála, que en las angosturas de los montes estaba esperando los franceses, supo como por cima de la sierra caminaban, y no pudiendo mas facer se volvia, y en el camino supo ser el artillería perdida, acordó de socorrella porque los franceses no viniesen por ella: dió con su llegada gran esfuerzo al señor de Lizaru y al señor de Velástegui; y luego Diego Lopez proveyó porque los tiros estaban sin caballos, para los llevar de alli, de escrebir al Duque lo que estaba fecho, que le suplicaba le embiase docientas acémilas cargadas de bastimento para llevar el artillería; é como acabó de despachar éste mensagero, por mayor seguridad hizo que á brazos el artillería menuda, que eran ocho sacres, los levasen hasta los pasar un puerto pequeño, donde mas segura estaba; y asi se hizo que en breve fué todo aquesto hecho, salvo los dos cañones y tambien las dos culebrinas, que por su gran pesadumbre non pudieron llevar.

El Duque, vista la carta de Diego Lopez, proveyó luego como él lo escribió y embióle docientas acémilas cargadas de pan y vino y carne, y con

ellas seiscientos infantes de Alava para que con el artillería viniesen, y Diego Lopez se fuese á poner recaudo en Fuenterrabía. Pues como las acémilas llegaron, á gran priesa fueron cargados los tiros y vinieron á Pamplona lunes que fueron trece de deciembre de quinientos y doce años; la cual entró en esta órden. Venian en la delantera quinientos lacayos guipuscuanos que tomaron el artillería: luego venian doce piezas ocho sacres y dos cañones y dos culebrinas, que eran las doce piezas. Estas cuatro piezas mayores estaban llenas de cruces de Jerusalen que el rey Carlo (1) habia hecho cuando, so color de conquistar á Jerusalen, tomó á Roma y á Napoles y toda Italia: algunos creian que estas cuatro piezas eran del duque de Loreina (2) que se llama rey de Jerusalen: tras el artillería venian otros quinientos vizcainos, que Diego Lopez de Ayála embió con ella para mayor seguridad: la retaguardia traian los albaneses que el Duque embió.

El Duque, como supo que el artillería venia, cabalgó con los caballeros que con él estaban aunque eran pocos, que los mas se habian ido ya: unos que, siendo gentiles hombres, se eran idos por se hallar en el alarde de Logroño: otros que se habian ido con Fonséca y con el comendador mayor de Castilla. Y asi, recebida el artillería, en su cora-

(1) Carlos 8.º de Francia.
(2) Lorena.

zon daba gracias á Dios porque, al tiempo que mas sin pensallo estaba, le habia traido á sus manos la mejor parte del ejército frances. Quejábase (1) porque al tiempo que él queria dar en los enemigos, donde esperaba con ayuda de Dios fácilmente desbaratallos, le habia faltado el poder; mas no podiendo remediar á lo ya pasado habló amorosamente al señor de Lizaru y al señor de Velástegui, porque como valientes hombres habian quitado el artillería á los franceses, prometiéndoles mercedes, las cuales el Rey las confirmaria. El artillería fué metida en palacio del Rey con muy gran alegría de la gente.

El rey Don Juan y los franceses, caminando á gran priesa, llegaron á Bayona, donde hallaron al Dalfin que los recibió, no con el alegria que esperaba, mas con la disimulacion que era menester.

El Duque estubo en Pamplona dando forma en su partida, y poniendo recaudo en el reino y en la cibdad, hasta que viniese el alcaide de los Donceles á quien mandaba el Rey que se entregase con toda la tierra, como á hombre de grand seso y esfuerzo, que tal convenia que alli quedase con poderes bastantes para toda la tierra. Esto fecho, domingo decinueve de deciembre, en la tarde, partió el Duque de Pamplona, y con él todos los caba-

(1) El duque de Alba.

lleros dichos, dejando en ella al marques de Villafranca su hijo para que la entregase al alcaide de los Doncéles, como el Rey mandaba.

El Duque, andando su camino, tuvo el dia de la Natividad del Señor en San Juan de Ortéga, y el segundo dia partió de ahí camino de Burgos, donde el Rey le esperaba; y dos leguas de Burgos salieron todos los grandes que en la córte estaban. Otro dia entró en Burgos vestido de un sayon de tela de oro y una capa de lo mismo forrada en carmesí pelo; al cual el Rey salió á rescebir fuera de la cibdad, que fué la mayor victoria que él en aquella jornada habia habido. El Duque como vido al Rey, cuanto veinte pasos, se apeó y fué á besalle el pie: el Rey non lo consintió; mas teniéndole abrazada su cabeza le dió la mano.

Despues de esto el Rey habló muy bien á Pero Lopez de Padilla, porque no cansado, segun su edad, hasta la fin había perseverado. Asimismo habló con mucho amor á los caballeros mancebos que con el Duque venian; y asi holgando llegó á la cibdad, de do fué de la Reina bien rescebido, disimulando el caso con palabras de risa. No menos de todas las damas fué bien festejado. Despues desto el Duque estubo algunos dias en la córte, dando cuenta al Rey de todo lo hecho hasta alli, y el Rey le mostraba mucho contentamiento de sus cosas, en especial en la retirada de Sant Juan del

pie del Puerto y en el cerco de Pamplona, donde con su sufrimiento habia desbaratado los franceses.

Alli el Rey le confirmó muchas mercedes, asi para él como para otros que en aquella jornada habian servido; en especial fizo merced á su fijo Don Diego de Toledo del priorazgo de San Juan con autoridad y consentimiento del Papa Leon décimo (1) y del gran Maestre de Rodas.

Esto acabado, el Duque se fué en su tierra, asi para requerilla de justicia, como para pagar á nuestro Señor algo de los beneficios que del en aquella guerra habia recebido; el cual (2) con larga mano dió á las iglesias, y monesterios, ornamentos, y á muchos pobres largas limosnas. En esto gastó el tiempo que en su tierra estuvo; y, no podiendo reposar sin servir al Rey, á la córte se vino.

## FIN DE LA OBRA.

Este es el fin de la guerra de Navarra, Ilustre y muy magnífico Señor; y si algunos detratores, de que ésta nuestra España abunda, quisieren poner en ella algun objecto, no debe ser admitido como de personas que, sentadas en el teatro reciben

(1) Esto sucedió ya en el año de 1513; pues que Leon decimo no ocupó la silla pontificia hasta 11 de marzo del mismo año.

(2) El duque de Alba.

placer de ver los que en el gimnasio, ó lugar dó se prueban las fuerzas, contienden, mas huyen su ejercicio. Acuérdaseme Señor haber leído, que Agides rey de Lacedemonia tenia un sobrino amador de la seta de Sardanápalo, vicioso rey de Siria: éste, poco curándose de las cosas de la guerra, movido de envidia, profazaba entre los brazos de sus amigas, de los fechos del tio en la guerra contra Antipatro y los macedones; y como este rey Agides, peleando un dia en una batalla, fuese traspasado de tres lanzas y, medio muerto, aun contendiese por defenderse, á la fin dijo, acordándosele de la vida del sobrino contra él; *bienaventurado mi sobrino que entre las hembras, yo triste entre los hombres soy caido.* Pues los que asi, pungidos de envidia, murmuran, abajen del teatro y entren en la palestra, y verán cuanta diferencia ó cuanto es mas difícil el hacer que el decir.

Ninguna cosa hay en ésta vida sin envidia, salvo la pobreza; é cuanto mas virtuoso mas envidiado: no se lee de ningun capitan, que tanto las armas y el trabajo sufriese como el duque de Alba; ni que con mas prudencia tratáse las cosas de la guerra, ni con mas corazon esperáse las afrentas de los enemigos: cultór de la justicia, gran servidor de sus reyes, amador de los virtuosos, grande enemigo de los viciosos; y porqué estender la mano en esto sería escurecer las obras del Duque con la fla-

queza de mi ingénio, suplico á vuestra Señoría perdone el romance, que abrazándome con lo moderno, que es conveniente, deseche el retoricado estillo del Quintiliano.

---

A loor y alabanza de nuestro redentor Jesucristo, y de su bendita madre, aqui se acaba la Conquista de Navarra; la cual fué impresa en la imperial cibdad de Toledo por Juan Varéla de Salamanca; é acabóse primero dia del mes de noviembre año de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y trece años.

# INDICE.

Páginas

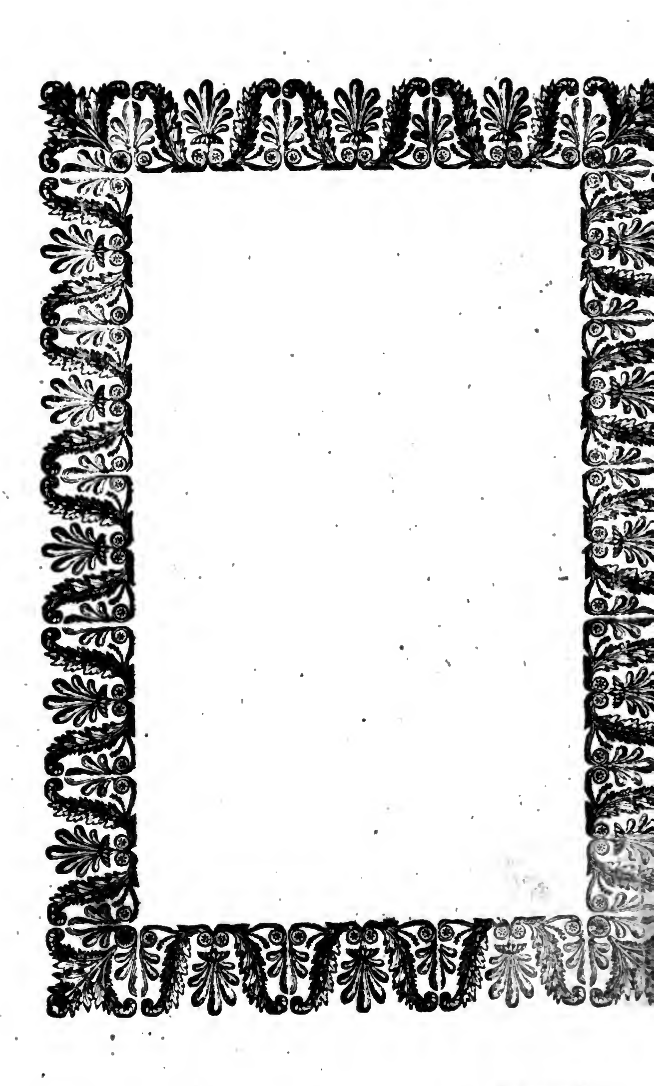
Páginas





## ERRATAS.

| Pag. | líneas | Dice | léase. |
|---|---|---|---|
| 39. | 6. | Cerdeña..... | Cerdána. |
| 45. | 1. | dificuliad... | dificultad. |
| 53. | 22. | Sofisticias... | sofisticas. |
| 60. | 14. | repeso....... | reposo. |
| 88. | 22. | las agentes. | los agentes. |
| 90. | 8. | gan seso.... | gran seso. |
| 92. | 19. | vinicron.... | vinieron. |
| 108. | 4. | ganada; ... | ganada, |
| 156. | 20. | qorque...... | porquè. |
| 201. | 16. | Reiua........ | Reina. |
| 218. | 10. | Castila....... | Castilla. |
| 220. | 21. | Renia........ | Reina. |
| 250. | 15. | ss............... | se. |

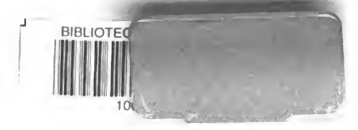







Biblioteca
de Cataluny
Diputació
de Barcelona




BIBLIOTEC
10

